

Juan Domingo Perón

América Latina:
unidos o
dominados

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina

Dirección de Asuntos Culturales

AUTORIDADES

PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA
ALBERTO FERNÁNDEZ

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO
CANCILLER SANTIAGO CAFIERO

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES
EMBAJADOR PABLO ANSELMO TETTAMANTI

DIRECTORA DE ASUNTOS CULTURALES
PAULA VÁZQUEZ

Juan Domingo Perón

América Latina:
unidos o
dominados

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto
Argentina

Dirección de Asuntos Culturales

Perón, Juan Domingo

América Latina : unidos o dominados / Juan Domingo Perón. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 2023.

200 p. ; 23 x 16 cm. - (De la unidad sudamericana)

ISBN 978-987-1767-42-7

1. América Latina. 2. Discursos. 3. Política. I. Título.
CDD 320.098

© 2023, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Primera edición: junio de 2023

Coordinación general: Paula Vázquez, Directora de Asuntos Culturales
Curaduría general de la colección: Víctor Jorge Ramos

Realización gráfica: Editorial Universitaria de Buenos Aires
Diseño de tapa: Alessandrini & Salzman

Este libro fue impreso en los talleres de Multigraphic, Av. Belgrano 520,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina, en noviembre de 2023.
Tirada 300 ejemplares.

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

LOS CAMINOS PARA LA UNIDAD SUDAMERICANA

Santiago Cafiero

En esta obra, que inaugura la Colección de la Unidad Sudamericana, se reúnen los escritos latinoamericanos de Juan Domingo Perón en una edición inédita producida en castellano y en portugués. Entre estos escritos se encuentra su libro *Latinoamérica: ahora o nunca*, de 1967, que contiene las ampliaciones publicadas un año después bajo el título *La Hora de los Pueblos*.

El presente libro se complementa con el texto de una conferencia secreta que el entonces jefe de Estado dictó el 11 de noviembre de ese mismo año en la Escuela Nacional de Guerra ante los altos mandos militares argentinos. En este discurso detalla pormenorizadamente sus intentos por concretar la unidad económica y política con la República Federativa de Brasil y la República de Chile en conjunto con los presidentes Getúlio Dornelles Vargas y Carlos Ibáñez del Campo. También se incluyen otros mensajes por la integración latinoamericana y una selección de artículos aparecidos originalmente en el diario *Democracia*, en 1951 y 1952, bajo el seudónimo de Descartes.

En todos estos escritos observamos una asombrosa vitalidad y actualidad del pensamiento de uno de los más populares y destacados estadistas argentinos que es, paradójicamente, el menos leído y estudiado. Esta obra se propone corregir en parte esa carencia y contribuir así a la formación política de las nuevas generaciones sudamericanas.

No será posible implementar políticas nacionales si no analizamos el contexto internacional y el que históricamente ha marcado la realidad de nuestros países. Afortunadamente podemos contar con estos textos de alguien que dio pasos concretos en pos de esta

tarea de tan inmensa importancia. La acción de su gobierno, como las políticas que implementó, fueron entusiastamente recibidas y suscriptas en los países coloniales y semicoloniales que tiempo después comenzaron a ser conocidos como del “Tercer Mundo”. El general Juan Domingo Perón ya había señalado: “Las ideologías han sido superadas y el dilema ha dejado de ser comunismo o capitalismo para pasar a ser liberación o neocolonialismo”.

Más de medio siglo después, estas palabras continúan siendo relevantes: el colonialismo se ha vuelto más sofisticado y a pesar de las advertencias no hemos logrado aún la liberación ni la unidad. El Fondo Monetario Internacional ha llegado a nuestras tierras con préstamos que reemplazan al de la banca Baring Brothers de 1824. La estrategia es la misma y sólo cambia la fachada. Desde el FMI se maneja, decía Perón, “no sólo la política monetaria, sino también los factores que directa o indirectamente estuvieran ligados a la economía de los asociados. La realidad después se encargó de ir mucho más allá, como podemos ver ahora, cuando llega la hora de los lamentos”.

Estas referencias sobre las metodologías del FMI, junto con las voces de alerta que refieren a la necesidad de salir del “área dólar” para sostener nuestra soberanía monetaria recurriendo incluso al trueque, son temas que hoy están discutiendo nuevamente nuestros presidentes latinoamericanos.

El neocolonialismo se adapta y el camino hacia la independencia ya nos ha sido marcado en incontables ocasiones. En 1946, el presidente Perón le escribió a su par uruguayo, Luis Alberto de Herrera, del Partido Blanco, exhortándolo: “Hay que realizar el sueño de Bolívar. Debemos formar los Estados Unidos de Sudamérica”.

Inspirado por la experiencia llevada adelante a comienzos del siglo XX por José María da Silva Paranhos Junior, el Barón de Río Branco, Perón impulsó la alianza conocida como ABC (Argentina, Brasil y Chile) que no pudo finalmente concretarse, pero que hoy podemos apreciar con el mismo propósito y nuevas iniciales: Mercosur. Esta organización regional es de vital importancia para poder escapar del juego de pinzas internacional en el que nos vemos comprometidos permanentemente.

Esa voluntad integracionista que conllevaba la idea del ABC es similar a la que podemos observar a lo largo de estas páginas en las que, a través de distintos textos y mensajes, Perón insiste en que la división genera el atraso y la dependencia, mientras que la unión es el artífice del crecimiento.

Las antiguas trece colonias que fueron la base de los Estados Unidos de Norteamérica se lanzaron a la liberación al grito de “unión o muerte” y llegaron a conformar lo que en la actualidad se reconoce como principal potencia mundial. La República Popular de China, balcanizada hace un siglo, es hoy la nación de mayor crecimiento económico. Y no muy distintos son los ejemplos de la unificación alemana e italiana que finalmente concluyeron en la Unión Europea.

Con el reciente triunfo electoral del presidente Lula da Silva en Brasil, la presidencia *pro tempore* de Alberto Fernández en el Mercosur y la revitalización de la Unasur, abrigamos la esperanza de que los pasos dados no tendrán marcha atrás. El camino hacia la profundización de nuestra unión debe transitarse firmemente a partir de ahora. Y las divisiones o diferencias menores que impiden nuestro desarrollo deben quedar en el pasado.

El Papa Francisco tiene un pensamiento claro sobre el presente y futuro de nuestros pueblos. Y ha destacado en múltiples mensajes la necesidad de recorrer las vías de la integración hacia “la configuración de la Unión Sudamericana y la Patria Grande latinoamericana, ya que solos, separados, contamos muy poco y no iremos a ninguna parte”, subrayando que este aislamiento representa “un callejón sin salida que nos condenaría como segmentos marginales, empobrecidos y dependientes de los grandes poderes mundiales”.

La Unidad Sudamericana no era una bandera que respondía a la “locura” de Perón, ni a la “avidez” de Bolívar, ni era una “utopía” de San Martín, ni un reflejo del “imperialismo” del Barón de Río Branco: implica un hecho trascendental en el que confluyen todas las respuestas a la fragilidad de nuestros Estados.

El Mercosur ha demostrado su inmensa fortaleza durante tres décadas de unidad, a lo largo de las cuales ninguno de sus integrantes se apartó del objetivo central que no es otro que el bien común. Nadie se quiere ir del Mercosur. Los distintos gobiernos que se sucedieron, de las más diversas ideologías, pudieron manifestar matices y diferencias menores a lo largo de estos años, pero ninguno rompió el Tratado de Asunción firmado en marzo de 1991.

La conformación de un Estado continental, la unidad sudamericana, América Latina concebida como lo que siempre debió ser y no pudo alcanzarse, una sola Nación, todo ello representa una meta inexcusable y un camino irreversible; el tiempo y la organización son cuestiones que dependen de nosotros.

Los latinoamericanos no podemos seguir llamándonos los unos a los otros como extranjeros. Somos compatriotas. Mientras no terminemos de reunirnos en una misma Nación en el vasto territorio continental seguiremos siendo un racimo de países inacabados.

Inspirados en los textos y acciones del general Perón convocamos a un debate en el que no estarán ausentes los ideales de Getúlio Vargas, Carlos Ibáñez del Campo, el Barón de Río Branco, José Gervasio Artigas, Simón Bolívar y José de San Martín.

Necesitamos de estos grandes patriotas para poder llevar a cabo la tarea adeudada de la unificación. Estamos discutiendo una política de Estado a nivel continental. Muchos latinoamericanos buscan su rostro en espejos extranjeros. No los necesitamos para diseñar nuestro destino. El camino será original o no será.

PARTE I

LA HORA DE LOS PUEBLOS

PRÓLOGO

Juan Domingo Perón

Durante casi todo el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, en que el sistema capitalista impuso su ley y se ha ufanado en destacar sus conquistas técnicas y científicas, se ha guardado muy bien de confesar que, aparte del empeño de los técnicos y hombres de ciencia, todo el esfuerzo material ha gravitado sobre las nobles espaldas de los trabajadores y de los pueblos sometidos, a los que jamás les han llegado, en proporción a sus sacrificios, los beneficios de tales conquistas que, en muchos casos, más bien han servido para la destrucción y la muerte.

El despertar de una nueva conciencia social en marcha hace pensar que si en la etapa industrial fue posible la explotación del hombre y de los pueblos sometidos al colonialismo imperialista, en la etapa posindustrial, que ya se anuncia, no será posible seguir con semejantes métodos y sistemas. En este 1968 ya soplan vientos de fronda para los contumaces reaccionarios de otros tiempos: comienza ya “la hora de los pueblos”, caracterizada tanto por la liberación de las naciones del yugo opresor de los imperialismos como por la supresión de la injusticia social.

Tal vez algunas personas que puedan leer este libro lleguen a pensar que se trata de un enemigo de Estados Unidos: nada más lejos de la verdad. Yo no ataco, crítico, y esa crítica no es al país ni al pueblo, ni siquiera a la nacionalidad, sino a los hombres, a quienes la casualidad ha puesto en situación de decidir, que en la política internacional han equivocado el camino de la grandeza, que en otros aspectos han acertado. Hace pocos días, Arnold J. Toynbee, en un artículo del *ABC* de Madrid intitulado “Estados Unidos en crisis”, decía textualmente: “Los Estados Unidos han tenido durante muchos años una falsa sensación

de seguridad, una falsa euforia, que ahora ha quedado destrozada” y no creo que Toynbee sea un enemigo de EE.UU.

Para nosotros, los latinoamericanos, nada sería más placentero que unos Estados Unidos evolucionados, fuertes y ricos, encabecando al Nuevo Continente por derecho propio, siempre que ello se realizara sin detrimento de los demás, sin métodos imperialistas de dominio y explotación, sin insidiosos procedimientos y sin la prepotencia del avasallamiento. En tales condiciones, la defensa solidaria del Continente sería un hecho y hasta se justificaría, en cierta medida, la Doctrina de Monroe. Pero nadie podrá imaginar semejante conducta en países sojuzgados y menos aún para “atacar a Cuba”, “ocupar la República Dominicana” o cooperar en el genocidio de Vietnam del Norte.

Esta misma opinión es compartida por numerosos norteamericanos. No hace mucho, un general estadounidense manifestaba que Al Capone murió en la cárcel por aplicar sus métodos en cuatro distritos de Chicago y, a renglón seguido, se preguntaba: ¿qué merecerían los EE.UU. si los aplicara en el mundo? En el Senado de la Unión se oyen todos los días juicios y críticas parecidos. Yo sé que no tengo derecho a meterme en los asuntos internos de ese país, pero tampoco ignoro que me asiste el más legítimo derecho de enjuiciarle cuando sus hombres se inmiscuyen en los de nuestros países o cuando sus maniobras provocan los graves perjuicios que señalo.

El senador Fulbright ha manifestado en un debate sobre la guerra del Vietnam, que Estados Unidos está siguiendo el mismo camino que los imperialismos griegos y romanos. A lo largo del texto de este libro, el lector encontrará varias veces una afirmación semejante, pues los imperialismos tienen un destino al que, por determinismo histórico, no pueden escapar como lo viene confirmando la historia a lo largo de todos los tiempos. No valen ni la riqueza ni la fuerza para sostenerlos: ni Cartago sobrevivió a Escipión El Africano; ni Roma, el imperio más fuerte que ha producido la humanidad, pudo hacerlo ante su propia decadencia: es que a los imperialismos nadie los tumba de afuera, se pudren por dentro.

Si Roma, en la época de la carreta, tardó más de un siglo en derrumbarse y desaparecer, los imperialismos modernos, en los tiempos del cohete, están ante un proceso más peligrosamente rápido. Roma acentúa su caída con el asesinato de Julio César. Marco Aurelio la detiene merced a su sabiduría y su prudencia; durante los años de su gobierno consigue apuntalarlo, reuniendo en Roma a los

hombres más importantes de las diversas provincias romanas que, al final de las ceremonias, reciben con tal beneplácito sus paternales palabras que regresan a sus lares al grito de “Viva Roma”. Su hijo, que si heredó el imperio no heredó su talento, disconforme con la presunta “debilidad” de su padre, optó por los métodos violentos y cuando los naturales de las distintas regiones pretendieron discutir sus arbitrarias decisiones, no titubeó en mandar una Legión para que le trajera la cabeza del culpable.

También al actual imperialismo podríamos escribirle los Idus de Marzo. Su decadencia puede haber comenzado con el asesinato de Kennedy. Hoy las “Legiones” se llaman “Marines”, pero el espectáculo no ha variado. Cuando señalamos un peligro no es porque nos sintamos enemigos. He deseado más que nada ser veraz y sincero en cuanto trato de enjuiciar. No me ha interesado tanto la dialéctica ni la retórica como la verdad y, la verdad, como dicen los árabes, “habla sin artificios”.

La política suele tener sus características originales; una de ellas es la necesidad de llamar a las cosas por su nombre. Como José Hernández, en su inmortal *Martín Fierro*, anhelo decir con propiedad: Mas naides se crea ofendido, pues a ninguno incomodo: y si canto de este modo por encontrarlo oportuno, *no es para mal de ninguno sino para bien de todos*.

Madrid, agosto de 1968

LIBERACIÓN O NEOCOLONIALISMO

Venimos sosteniendo que la situación actual de nuestros países no es un problema intrínseco que sólo a ellos interese: es la situación del mundo.

Desgraciadamente este mundo en que nos está tocando vivir se debate en un clima de simulación e hipocresía impuesto por el ejemplo y la presión de los imperialismos, que no pueden disimular de otra manera el estado de decadencia en que están cayendo. Este “mundo occidental”, que para mayor escarnio de la verdad se le ha llamado también el “mundo libre”, es sólo un cúmulo de simulaciones de valores inexistentes donde la libertad que debía caracterizarlo se ha convertido en un sofisma insoportable.

Nuestros pobres países, azotados por las arbitrariedades de este “mundo libre”, sufren de las “democracias” creadas mediante un cuartelazo o el asesinato de sus gobernantes, según la regla impuesta por la política imperialista desde el “Pentágono” o el “State Departament” como si fuera posible la existencia de un pueblo o de un hombre libre en una nación esclava. Es que el mundo occidental está enfermo de decadencia y lo amenaza una caducidad indetenible. Lo arrastra el imperialismo yanqui, que está entrando en el período agudo de la caída en que los síntomas se hacen más violentos y evidentes. Si el Imperio Romano, en la época de la carreta, tardó sólo un siglo en descomponerse y desaparecer, los imperios actuales, en la época de los cohetes, sólo podrán tardar unos años. Sus valores ficticios los están ya carcomiendo y la destrucción imperialista se produce siempre por un proceso interno de descomposición porque, como el pescado, comienza a pudrirse por la cabeza.

Y, mientras en Occidente suceden cosas semejantes, un mundo oriental avanza con valores reales sin prisa pero sin pausa. Los hombrillos que dicen conducir a Occidente tiemblan pero no se corrigen. Los maquiavelismos, que hasta ahora han empleado con relativo éxito, comienzan a fallarles y amenazan con llevarlos al abismo. Ni la riqueza, que tampoco salvó a Cartago, ni la fuerza, que de poco sirvió a Roma, serán suficientes para salvarlos: el mundo nuevo ya no va a temer sino a los valores del espíritu que son los únicos permanentes.

El mundo actual, aparentemente dividido en las dos tendencias ideológicas que encabezan ambos imperialismos, está tomando nuevas posiciones, porque hoy se lucha de la misma manera por la liberación tanto al Este como al Oeste de la Cortina de Hierro. Las ideologías han sido superadas y el dilema ha dejado de ser comunismo o capitalismo para pasar a ser *liberación o neocolonialismo*. Cuando en Yalta los imperialismos capitalista y comunista se repartieron el mundo, nació en el mundo mismo el germen de la liberación por la que hoy se lucha en todas partes. La lucha por la liberación es igual en Polonia, Hungría o Bulgaria, que en la Argentina, Brasil o Francia; no interesa el signo bajo el cual se la realiza.

Como Mao encabeza el Asia, Nasser el África y De Gaulle a la vieja Europa, millones de hombres de todas las latitudes luchan en la actualidad por su liberación y la de sus patrias. Este “Tercer Mundo” naciente busca integrarse porque comprende ya que la liberación frente al imperialismo necesita convertirse en una acción de conjunto: éste, como ya hemos dicho, es el destino de los pueblos. Así lo enseña la Historia en el devenir incesante de los imperialismos que, a lo largo de todos los tiempos, azotaron a la humanidad. Hace ya veinte años el Justicialismo anunciaba una “tercera posición” que aparentemente caía en el vacío, pero han pasado los años que no han hecho sino demostrar que estábamos en la verdad, aunque hayamos tenido que pagar el precio de los precursores.

Todo aparece más claro cuando consideramos que el progreso técnico y científico ha empujado a la Tierra, si no en el espacio, por lo menos en el tiempo: lo que pasa en el Polo Norte se sabe diez minutos después en el Polo Sur, y hoy se almuerza en un hemisferio y se cena en otro sin que a nadie le cause la menor extrañeza. Este empujamiento del planeta ha traído como consecuencia la necesidad de contraerlo todo en relación al tiempo y al espacio. Así la política interna ha sufrido también sus consecuencias, pasando a ser una cosa casi provinciana para ser reemplazada por la política

internacional que juega dentro o fuera de los países en la forma más desaprensiva.

Este desarrollo intenso de la política internacional, dentro y fuera de los países, ha impuesto la necesidad de crear los instrumentos para manejarla y así han surgido las “Grandes Internacionales”. El capitalismo y el comunismo no son sino dos de ellas, aparentemente contrapuestas pero, en realidad de verdad, perfectamente unidas y coordinadas. Para comprobarlo, basta recordar 1938, cuando se aliaron para aniquilar a un “tercero en discordia” representado entonces por Alemania e Italia. No es menos elocuente lo que sucedió en la Conferencia de Yalta, en la que ambos imperialismos se ponen de acuerdo y coordinan sus futuras actividades de dominio y explotación. Pero es que todo tiende a internacionalizarse alrededor de ello; lo que, en último análisis, es un triunfo del internacionalismo comunista. La masonería, el sionismo, la Iglesia, las sociedades internacionales de todo tipo, no son sino la consecuencia de esa internacionalización del mundo actual. Son las fuerzas ocultas de la revolución como son las fuerzas ocultas del dominio imperialista.

En la primera quincena del mes de septiembre de 1964 parece iniciarse una nueva etapa de la historia que estamos viviendo: el Gran Mao contesta a la URSS que la China Popular no ha de asistir a la reunión convocada en Moscú porque no comparte la idea de que el socialismo sirva para apoyar al imperialismo soviético que ya ha despojado de su territorio a numerosos países, entre ellos a China, que sostiene su soberanía sobre la Mongolia Exterior. Tampoco considera que el socialismo, que ha sido creado para liberar a los pueblos y a los hombres, pueda servir para esclavizarlos. En otras palabras, que el socialismo, que se consideraba antagónico con el nacionalismo, por su posición internacionalista, ha pasado a ser una cosa casi similar y que, dentro de ese concepto, se puede ser nacionalista y socialista a la vez.

Con lo anterior, el “Tercer Mundo” aumentó y tiende a integrarse en un futuro no lejano. Frente a él jugarán la suerte definitiva, algún día, los imperialismos que van quedando casi aislados frente al odio generalizado de los pueblos, aunque aún puedan contar con la acción de algunos gobiernos cipayos que sirven vergonzosamente sus intereses y dentro de ellos sus fuerzas armadas, que no son sino una continuación de las fuerzas imperiales que, a manera de guardias pretorianas, actúan como verdaderas fuerzas de ocupación frente a la voluntad de lucha de los pueblos que incluso las costean.

La vieja Europa contempla absorta el panorama que ofrece el mundo que antes fuera dirigido por ella. Sus miles de años de historia y de tradición contienen sus impulsos de reacción porque presiente un desenlace que ella ha presenciado muchas veces. Obligada por el imperialismo yanqui y por el soviético, liberó sus colonias en el África y en el Asia, pero no puede ver ahora con buenos ojos que ambos imperialismos inicien su neocolonialismo, como el de Vietnam o el Congo, en los mismos territorios de donde ella debió salir no hace mucho tiempo en nombre de la “libertad” y de la “democracia” putativa que otros invocan ahora para todo lo contrario. Todo parece coincidir en una presión para que se conforme una tercera fuerza tan distante de uno como de otro imperialismo. Todo parece ir coincidiendo en un odio generalizado contra los imperialismos y “muchos perros hacen al final la muerte del ciervo”.

La situación de la República Argentina encaja perfectamente dentro del cuadro que sintéticamente acabamos de describir en lo internacional: es un satélite del imperialismo yanqui, desde 1955, sumisamente subordinado y obediente, encabezado por un gobierno cipayo carente de toda representatividad popular o nacional, que ha entregado sus fuentes de riqueza y su soberanía. Sus fuerzas armadas constituyen, como se ha manifestado en el “Pentágono”, una continuación de las fuerzas yanquis en la tarea de oprimir al Pueblo sirviendo de guardia pretoriana al dominio imperialista, con el inconveniente de que ha de pagarla el propio Pueblo que escarnecen.

Frente a todo ello el Pueblo mantiene una lucha perseverante en procura de su liberación y la de la Patria. El Justicialismo representa, también en este sentido, la única garantía y por eso ha debido enfrentar las persecuciones más monstruosas y despiadadas que van desde los fusilamientos sin juicio hasta el genocidio.

Los defensores de los “Derechos del Hombre” en este “mundo libre” tan mentado han permanecido mudos ante semejantes crímenes, porque han sido cometidos en su nombre y representación. Diez años de lucha incesante, en cambio, nos han depurado y engrandecido porque tenemos la razón, porque defendemos la causa de la Nación y de su Pueblo, contra un enemigo que sólo tiene la fuerza como medio y la infamia como divisa.

Pero las tiranías son transitorias, en cambio los pueblos son permanentes. Nosotros ya hemos triunfado. Nuestros enemigos pueden insultarnos y calumniarnos, pero no tendrán más remedio que hacerlo que nosotros decimos.

LA PENETRACIÓN IMPERIALISTA Y LA TRAGEDIA DEL DÓLAR

Con el juego de dominio de Estados Unidos, nadie duda ya en estos tiempos de que el imperialismo norteamericano, después de contribuir a la destrucción del Imperio Británico, ha tomado el mando del anglosajonismo. Desde la terminación de la Primera Guerra Mundial, ha venido recurriendo a un expansionismo permanente, manifestado más claramente después de la Segunda Guerra, tanto por una ocupación militar como por una penetración económica. Sería largo historiar el desenvolvimiento de estas actividades en el mundo pero, para nuestro objeto, es suficiente con mencionar la situación actual, producto de tales acontecimientos.

En lo concerniente a la ocupación militar, al entrar el año 1968, Estados Unidos tiene esparcidos por el mundo más de un millón de soldados: 350.000 en Europa; 500.000 en Vietnam del Sur; 40.000 en América Central y Sur; 50.000 en Corea del Sur; 40.000 en el Japón. Fuera de esto, Washington ha firmado acuerdos bilaterales con 42 países y mantiene “consejeros militares” en 32; ha establecido grandes bases, con sus guarniciones correspondientes, en 20 naciones diferentes y sostiene una cifra muy elevada –se calcula en 3.000– de minibases esparcidas por todo el mundo de acuerdo con sus compromisos en la OTAN y en la SEATO. La VI y VII flotas, con sus dotaciones humanas, constituyen sus puntales en el Mediterráneo y el Pacífico respectivamente. Muchas otras fuerzas, encubiertas con los nombres de “boinas verdes”, “cascos azules”, etcétera, se encuentran instaladas en Suez, Congo, Chipre, Bolivia, etcétera.

Colateralmente a la ocupación militar, dirigida por el Pentágono, bajo cuya conducción y mando están muchas fuerzas armadas latinoamericanas, verdaderas guardias pretorianas y fuerzas de

ocupación, los capitales realizan su expansión económica y financiera, copando las fuentes de riqueza de los diversos países, con la ayuda de “gobernantes” proclives, previamente colocados allí por el propio imperialismo, algunas veces como “dictaduras militares democráticas” aunque tengan necesidad de asumir la suma del poder público. Y de poco han valido hasta ahora los reclamos de los patriotas y los mercaderes por la defensa de sus naciones y sus intereses: la penetración sigue imperturbablemente su marcha.

Los pretextos para la entrega han sido muchos y muy variados: algunas veces se la cubre con el desarrollo, otras con la ayuda para el progreso, también con la privatización de las empresas estatales, a veces con el aporte de capitales o las inversiones extranjeras, etcétera. Pero, aunque los pretextos pueden ser muchos, nadie se engaña sobre la verdadera causa y si la abyección no está en el imperialismo, que al fin y al cabo cumple sus objetivos, recae infamantemente en los que, teniendo la responsabilidad de los destinos nacionales, son capaces de traicionarlos. No digamos tampoco que esto es nuevo: se lo viene practicando hace ya más de veinte años, en todas partes, con los mismos trucos, ante la pasividad culpable y consciente de los responsables y la ruina progresiva de las naciones que llegan a caer en las redes de la conquista y en las trapisondas delictivas de los que la hacen posible.

No es que, como algunos creen y otros sostienen, sea tan difícil escapar a la trampa tendida por la explotación imperialista, hacia la cual nos impulsa la necesidad o la pobreza. Cuando estas cosas suceden es que media invariablemente el deseo de lucro de los personeros de la entrega, comúnmente encubiertos y disimulados tras un título de “economistas”. Ellos son los que reciben los beneficios porcentuales, en tanto los países son comprados con promesas tan abultadas como el pretendido valor del dólar que las paga comparado con el de las caquéticas monedas vernáculas. Cuando esto se produce, nada escapa ya a la trituradora de la explotación, porque los intereses creados comienzan también a hacer lo suyo a través de los intereses personales, las presiones foráneas, las conveniencias políticas o las necesidades sociales, de las que pocos se ocupan con sinceridad.

El gobernante que anhele oponerse a la infamia no necesita ser muy ducho, ni siquiera entendido, es suficiente con que sea honesto y con sentido común. Cuando el hombre de gobierno “entra en la combinación” no es que sea un ingenuo, sino más bien un sinvergüenza,

porque si las consecuencias son para el país, en cambio el mal nombre recae sobre la conciencia y el honor del que tiene que afrontar la responsabilidad.

Frente a estas formas de timo, en 1946, el Gobierno Justicialista entró con “pie de plomo”, porque en el Consejo Nacional de Posguerra se habían estudiado profundamente y preparado las contramedidas apropiadas para neutralizarlas. Comenzamos por prescindir de los empréstitos, nacionalizamos todos los servicios públicos que estaban en manos de compañías extranjeras, los seguros y reaseguros, los depósitos bancarios, etcétera. La Ley de Radicación de Capitales y Empresas foráneas con limitación de los servicios financieros y muchas otras medidas oportunas.

Muchos de los sospechosos “economistas”, amantes de la “plata dulce”, pusieron el grito en el cielo porque reglamentamos el remanido cuento de los “aportes de capitales”, para esperarlo todo del Pueblo y del trabajo de los argentinos. ¿Cómo explicarán ellos ahora que, precisamente, cuando se tomaron esas medidas, por primera vez en los ciento cincuenta años de nuestra existencia como Nación, la República pudiera poner a punto su economía? Porque en 1955, cuando cayó nuestro gobierno, por primera vez en nuestra historia no teníamos deuda externa, poseíamos una reserva financiera de mil quinientos millones de dólares en oro y divisas, cerrábamos invariablemente nuestra balanza de pagos al exterior con superávit, teníamos una moneda fuerte (a razón de 16 pesos por dólar en el mercado negro), gozábamos de abundante crédito en el exterior y disfrutábamos de un alto nivel de vida, una economía de abundancia, plena ocupación, una industria en franco desarrollo y una producción en aumento para satisfacer la demanda permanentemente impulsada por el mayor consumo.

Tampoco creo que pudieran responder cómo ha sido posible que en los diez años subsiguientes se pudiera pasar del mejor estado económico-financiero conocido en el país, al peor que haya conocido la historia económica de la República. Nosotros sí podemos responder: hicieron todo lo contrario que nosotros, por simple oposición desaprensiva o por otras razones más pecaminosas, y las consecuencias no se hicieron esperar: descapitalizaron al país y luego lo endeudaron. Sólo la dictadura de Aramburu, en dos años, se “tragó” la reserva financiera y contrajo una deuda externa de dos mil millones de dólares, que el gobierno siguiente elevó al doble. Desquiciaron todos los servicios, paralizaron el trabajo y desmontaron la industria

que estaba en marcha provocando la desocupación, arruinaron la economía popular, desanimaron al comercio, envilecieron la moneda y, luego, comenzó la entrega de las fuentes de riqueza al imperialismo. Ahora, que ya no va quedando nada por entregar, parece que se han dispuesto a poner bandera de remate al país.

Seguir comentando este aspecto de la errónea o crapulosa política económica, sería redundar en los que son ya lugares comunes de la entrega, tan conocida en los anales de casi cien años de colonialismo expoliatorio. No somos, como algunos nos califican, países subdesarrollados: somos países esquilados desde afuera y destrozados desde los centros vernáculos de la oligarquía, que sólo se interesan de ganar, sin importarles ni mucho ni poco hacerlo a expensas de una Patria que, aunque esté en todas las bocas, no está sino en contados corazones.

Fuera de la mala intención que repugna al espíritu, es preciso también conocer los trucos de que se valen las fuerzas del colonialismo imperialista para medrar intencionadamente con la desgracia ajena, como asimismo estudiar minuciosamente los capciosos y a menudo insidiosos sistemas que la explotación pone en ejecución con esos fines.

Cuando en 1946 me hice cargo del gobierno, la primera visita que recibí fue la del presidente del Fondo Monetario Internacional que venía a invitarnos a que nos adhiriésemos al mismo. Prudentemente le respondí que necesitaba pensarlo y, de inmediato, destacué dos jóvenes técnicos de confianza del equipo del Gobierno, para investigar a este “monstruo tan peligroso”, nacido según tengo memoria en los sospechosos acuerdos de Breton Hood.¹

El resultado de ese informe fue claro y preciso: en síntesis, se trataba de un nuevo engendro putativo del imperialismo. Yo, que tengo la ventaja de no ser economista, puedo explicarlo de manera que se entienda. La política de las “áreas monetarias”, después del abandono del patrón oro, ha sido fructífera en acontecimientos donde siempre el negocio ha estado de por medio. Mediante diversas maneras de deformar la realidad, se ha conformado ya una larga historia a través del “área esterlina” como del “área dólar” y, aunque el pretexto fuera dar respaldo indirecto a las monedas de los países

1 Se refiere a los acuerdos de Bretton Woods, firmados en julio de 1944. Se supone que “Breton Hood” es una forma irónica de llamarlos. (Nota del Editor)

pobres de reservas de oro, en realidad de verdad todo ha sido una nueva forma de especular con la buena fe de los demás.

Hasta después de la Primera Guerra Mundial existió el “área esterlina” que cobijó a numerosas monedas merced al oro de Inglaterra, que la guerra fue llevando paulatinamente hacia Fort Knox, hasta el extremo de que Gran Bretaña se vio en un grave problema para sostener su área monetaria. Lo intentó hacer fundando el Banco Central de Inglaterra y declarando a renglón seguido que, si antes el área esterlina estaba garantizada por el oro de Inglaterra, ahora lo estaba por el Imperio Inglés. Pero resulta que Estados Unidos en el ínterin había acumulado casi el 80% del oro del mundo y dicta su famosa Ley Fiduciaria, que establecía que quien presentara un dólar en el Banco de la Reserva Federal recibiría su equivalente en oro. Esta promesa que, aunque jamás se cumplió, tuvo la atracción natural suficiente como para forzar hacia el nacimiento del “área dólar”. Es así como, desde ese momento, el dólar pasa a ser la moneda de cambio en el mundo occidental, en tanto la esterlina deja de serlo.

Desde entonces, así como antes todas las semanas, desde la Torre de Londres los ingleses anunciaban el valor oficial del oro, frente al Pueblo y de viva voz, Wall Street se encargó de reemplazarlos en silencio y desde sus oficinas de la Quinta Avenida, fijando el valor de la Onza Troy por el dólar americano sobrevalorado, con un precio político que, no obedeciendo a la ley de la oferta y la demanda en el mercado áureo internacional, les permitiera cobrar un “royalty” en todas las operaciones en que interviniera esta moneda de cambio.

Poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, la pérdida de gran parte de la reserva oro de los Estados Unidos amenazaba gravemente a la existencia del “área dólar”, gravedad que sigue aumentando con los gastos de posguerra, con lo que USA se coloca en situación parecida a la de Inglaterra después de la guerra anterior, si alguna nación conseguía la formación de esa reserva. En consecuencia, era preciso crear el instrumento necesario para consolidar el “área dólar”. El Fondo Monetario Internacional fue la solución. En él participarían la mayoría de los países occidentales, comprometidos mediante una larga contribución al Fondo, desde donde se manejarían todas sus monedas, se fijaría no sólo la política monetaria, sino también los factores que directa o indirectamente estuvieran ligados a la economía de los asociados. La realidad después se encargó de ir mucho más allá, como podemos ver ahora, cuando llega la hora de los lamentos.

He ahí algunas de las razones (aparte de muchas otras) por las cuales el Gobierno Justicialista de la República Argentina no se adhirió al Fondo Monetario Internacional. Para nosotros, el valor de nuestra moneda lo fijábamos en el país, como también nosotros establecíamos los cambios de acuerdo con nuestras necesidades y conveniencias. Para el intercambio internacional recurrimos al trueque y así nuestra moneda real fueron nuestras mercaderías. Ante el falseo permanente de la realidad monetaria internacional y las maniobras de todo tipo a que se prestaba el insidioso sistema creado, no había más recurso que hacerlo así o dejarse robar impunemente.

Ha pasado el tiempo y en casi todos los países adheridos al famoso Fondo Monetario Internacional se sufren las consecuencias y se comienzan a escuchar las lamentaciones. Este Fondo, creado según decían para estabilizar y consolidar las monedas del “Mundo Libre”, no ha hecho sino envilecerlas en la mayor medida. Mientras tanto, los Estados Unidos se encargaban, a través de sus empresas y capitales, de apropiarse de las fuentes de riqueza en todos los países donde los tontos o los cipayos les daban lugar, merced a su dólar ficticiamente valorizado con referencia a las envilecidas monedas de los demás.

EL DESAFÍO AMERICANO

Durante largo tiempo todo esto ha venido sucediendo con la mayor desaprensión de algunos, frente a la ignorancia de otros y ante los intereses de los demás, porque nadie puede suponer que, cuando existen vendepatrias, han de hacerlo por amor al arte o para favorecer a su país vilmente vendido o entregado. En este asunto, nadie puede alegar ignorancia, porque hace más de treinta años se viene realizando un esclarecimiento total sobre semejantes maniobras, ya conocidas por todos y sufridas por la mayor parte de los pueblos de la tierra.

Como es lógico, tenía que llegar el día en que la reacción se produjera y esta saludable reacción tomó fuerza decisiva en Francia, donde el general De Gaulle terminó con el juego de “tirarse la suerte entre gitanos”. En Francia también se oyeron luego voces de esclarecimiento como la del director de *L'Express*, Jean Jacques Servan-Schreiber, en su ya famoso libro *El Desafío Americano*. En él se ponen las cosas a punto, no sólo para Francia sino también para

toda Europa y que servirán para todos los países del globo azotados por los mismos males de la penetración imperialista.

El Desafío Americano anuncia el objetivo imperialista de los Estados Unidos: crear la tercera potencia industrial del mundo –después de USA y la URSS– que será dentro de quince años “la industria americana en Europa”. La importancia de esta penetración no está sólo en su volumen que, en activo fijo, es de 14.000.000.000 de dólares en este momento, sino en el tipo de industrias punta que ha implantado en el Continente. Pero lo más sorprendente está en la financiación de estas aparentes inversiones yanquis. En efecto: el 55% están financiadas con créditos obtenidos en los propios países europeos; el 35%, por subvenciones acordadas por las autoridades de estos mismos países (se ve que aquí también se cuecen habas); y sólo el resto (10%) procede de los Estados Unidos. “En cierto modo –dice Servan-Schreiber– les pagamos para que nos compren”.

El anacronismo mayor sucede aquí, como en nuestros países latinoamericanos, en el hecho de que la desunión provocada por el propio imperialismo, resulta el peor enemigo. Como aquí todavía existe el mito de la inversión de capitales y la radicación de industrias yanquis –indudablemente más adelantadas en el aspecto tecnológico– es inútil que un país aisladamente intente hacerles frente, porque como para USA es indiferente el lugar, si un gobierno les crea dificultades, negocia con otro; y aun se permite jugar al uno contra el otro, para alcanzar mejores condiciones.

La General Motors quiso instalarse en Estrasburgo y como el general De Gaulle le puso problemas, se fueron a Alemania. La Ford había pensado en Thionville, y como el gobierno no estaba de acuerdo, se fue a Bélgica. La Phillips Petroleum, que prefería Burdeos, se estableció en el Benelux; lo que es realmente incomprensible es que aún dentro de la Comunidad Económica Europea sucede lo mismo, pero los socialistas ingleses no han salido mejor que los neocapitalistas del Mercado Común, porque en pleno gobierno de Wilson, la Chrysler ha terminado por controlar a la Rootes, como en España se está quedando con la “Barreiros”, la mejor fábrica de automóviles de este país.

Para comprender mejor las inversiones americanas fuera de su país, nada mejor que poner las cifras a la vista: en 1965, las inversiones yanquis en Alemania ascendían a 2.000.000.000 de dólares. En ese momento, el conjunto del capital de las sociedades cotizadas en bolsa en ese país era del orden de los 3.500.000.000 de dólares. Pero el factor

de mayor interés es el hecho de que las inversiones norteamericanas se hacen en la industria de vanguardia, ahogando así toda posibilidad que en ese campo pueda tener la industria nacional, y creando un obstáculo mayor entre la técnica de punta yanqui y la europea. Hubo un momento en que el Mercado Común, influenciado por la política de De Gaulle, intentó cortar el avance al capital imperialista, pero la comprobación de los desplazamientos hacia Inglaterra, España y Escandinavia lo hizo desistir.

El fenómeno de la implantación americana en Europa no radica sólo en su capacidad financiera, sino de modo muy decisivo en una inteligencia y decisión superiores en el empleo de sus competencias. Así, mientras que las industrias alemana, francesa e italiana están tanteado indecisas en el espacio abierto por el Tratado de Roma, como dudando de exponerse a cara descubierta, las empresas yanquis, después de informarse exhaustivamente sobre las particularidades de la situación, maniobran y se lanzan con la mayor velocidad.

Otras de las extraordinarias enseñanzas que se desprenden del estudio realizado por Servan-Schreiber como del informe de la Organización Hudson, es la importancia total de la educación en el desarrollo de la sociedad moderna. Según ellos, éste es el factor que ha elevado a los Estados Unidos por encima de sus concurrentes. Las cifras que se citan al efecto son bien elocuentes: sobre la base de la población comprendida entre los veinte y los veinticuatro años, seguían, en 1966, estudios universitarios o técnicos superiores el 43% de los norteamericanos; el 24% de los rusos; el 23% de los canadienses; el 11% de los suecos; el 10% de los belgas; el 8% de los alemanes; y según las estadísticas de 1966, en los países componentes del Mercado Común Europeo existían 101.000 diplomados superiores; los Estados Unidos, con una población similar, contaban con 450.000.

El formidable empeño por la enseñanza en general y la democratización de la enseñanza en particular, unido al esfuerzo en el sector de la importación de materia gris, ha puesto a los Estados Unidos en primera fila de la investigación; mientras en Francia el 56% de la población activa son obreros y sus hijos sólo llegan en un 12,6% a los estudios superiores, en Bélgica el 11,5%, en Holanda el 10% y en Alemania el 1,5%, los hijos de obreros en los Estados Unidos lo hacen en una cifra cinco veces superior. En lo que se refiere a cerebros disponibles como a los millones de dólares invertidos, mientras USA subvenciona la investigación con un 4,6% de la renta bruta nacional, Europa se conforma con la mitad (un 2,5%).

Estas diferencias en la investigación en un tiempo en que el trabajo de laboratorio salta casi simultáneamente al mercado, es fundamental. Basta sólo con imaginar que la fotografía tardó ciento doce años en comercializarse; el teléfono cincuenta y seis; la radio treinta y cinco; el radar quince; la televisión doce; la bomba atómica estuvo en condiciones de empleo en seis años; el transistor se comercializó a los cinco y los circuitos integrados que están revolucionando al mundo han tardado sólo tres años en aparecer en el mercado.

Es natural que este libro ha dado una voz de alarma en toda Europa y ha levantado una serie de comentarios, polémicas y discusiones, dentro de las cuales es interesante conocer lo que opinan los jefes de los sectores ideológicos franceses: Mitterrand por la izquierda y Giscard D'Estaing, por la derecha. El diálogo fue apasionante y sus conclusiones marcan claramente la tendencia de estos dos hombres y sus grandes movimientos nacionales: para Giscard D'Estaing "hay que dar a las empresas europeas una dimensión a escala americana para lo que será necesaria la autoridad de una Europa confederada". Mitterrand aprovecha la oportunidad para lanzarse sobre su "caballito de batalla": la democratización de la enseñanza. "Sólo una política tecnológica y una educación democrática permanente y a escala europea, comprendiendo a Inglaterra, puede permitirnos la respuesta al desafío americano", dice Mitterrand.

He aquí cómo se discuten en Europa los grandes problemas continentales y que puede ser una enseñanza para los latinoamericanos que, si bien no cuentan con el progreso ni la cultura europea, tienen en cambio para el futuro los mismos problemas y las mismas amenazas. Si se reflexiona un poco y se rememora en algo a nuestro Gobierno Justicialista a la luz de cuanto venimos mostrando, se podrá comprobar fácilmente la razón que teníamos en muchas de las cosas que hicimos. El Tratado de Complementación Económica Latinoamericana firmado en Chile, con la finalidad de una complementación de integración geopolítica de nuestro Continente, no difería en sus objetivos con lo que hoy se persigue en la Europa Continental.

La enseñanza técnica de las Escuelas de Aprendizaje y Orientación Profesional, con los cursos de aplicación y la Universidad Obrera, creados ya en 1945, como el acceso libre y la enseñanza gratuita para todos los argentinos en las Universidades Nacionales, es la democratización de la enseñanza que recién hoy hace pensar a los europeos como en una necesidad impostergable porque tampoco aquí se ha

realizado lo que nosotros hace más de veinticinco años pusimos en marcha en la República Argentina, aunque luego la depredación gorila haya hecho sentir también allí su furia de destrucción.

Pero, si en esto hemos resultado precursores, mucho más lo hemos sido en resistir la penetración imperialista, a tal punto que barrimos con ella en los nueve años que estuvimos en el Gobierno, merced a lo cual nos fue posible, por primera vez en la historia argentina, después de ciento cincuenta años de coloniaje, poner al día nuestra economía y lanzar al país a la industrialización, después de haber alcanzado la justicia social, la independencia económica y la soberanía nacional. Al contemplar hoy lo que ha ocurrido desde 1955 y lo que está ocurriendo en la actualidad, me dan ganas de llorar.

LA TRAGEDIA DEL DÓLAR

Hasta aquí he tratado de exponer el problema y sintetizar la situación reinante en el mundo de nuestros días en su lucha contra los imperialismos dominantes porque, al mismo tiempo que Europa, aliada de USA contra el peligro de la infiltración ideológica marxista, no olvida de defenderse del expansionismo y la penetración económica del imperialismo yanqui. Veamos ahora, a continuación, la forma en que reacciona Europa contra este último peligro y las consecuencias que esa reacción ha tenido dentro mismo del imperialismo.

Desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, todos los países europeos dejaron hacer a los Estados Unidos que, con el pretexto de la reconstrucción, cumplía sus objetivos expansionistas. Pero, realizada esa reconstrucción, el Viejo Continente no olvidó tomar las medidas necesarias para neutralizar los avances americanos: la Comunidad Económica Europea, su Mercado Común, el Pacto del Carbón, y el Euratón, fueron las más importantes y definidas.

Con ello, se echaron las bases para una Europa unida por lo menos en lo esencial, que pusiera en marcha el objetivo de unos posibles Estados Unidos de Europa. Con ello se habría creado una unidad que, en el futuro, podría enfrentar cualquier intento de dominación. Los demás países de Europa Continental, que se unieron a Inglaterra en la fenecida Asociación Europea de Libre Comercio no eran, por lo menos por ahora, esenciales para esa unidad y todo dependería en el porvenir del éxito que la Comunidad Económica Europea tuviera en el andar del tiempo.

La Francia de De Gaulle, de acuerdo con Alemania, se lanzó abiertamente a la lucha y los demás países de la Comunidad los siguieron. Las primeras acciones fueron solamente económicas, hasta que De Gaulle, que ha tomado en serio la solución de este problema, desalojó a los norteamericanos de la OTAN del territorio francés: primer acto de verdadera hostilidad europea a la penetración imperialista. Desde entonces, la lucha entre Estados Unidos y la Comunidad Europea no ha cesado. Es así que, encarado el problema en unos países más que en otros, toda Europa Continental viene reaccionando con ruido o sin él contra la penetración expansionista.

Las consecuencias inmediatas de esta lucha, no por pacífica menos efectiva, se las puede observar en este momento, que hacen exclamar en Italia que “Johnson ha declarado la guerra a Europa”. La razón de tal afirmación reside en las medidas tomadas por el presidente de los Estados Unidos que representan verdaderas represalias contra la actitud europea que venimos comentando. Tales medidas en plena ejecución son de los siguientes órdenes:

1. Cierre del período expansionista del dólar en el mundo. Prohibición de nuevas inversiones en el extranjero. Cierre del turismo americano al exterior. Cortes en la “ayuda americana”. Cierre total a la fuga de capitales. Nivelación de las balanzas de pago por recargo arancelario a las importaciones en Estados Unidos y premio similar a las exportaciones americanas.
2. Retiro de las fuerzas de ocupación.
3. Economía en los gastos de guerra.

En resumen: defender al dólar, que ha amenazado con desintegrarse.

“No es un cambio básico de la política económica”, asegura Washington, lo que hay que tomar como otras tantas declaraciones oficiales destinadas a “salvar la cara” y “cubrir apariencias”. Ha habido un cambio. Se ha puesto fin, temporal o definitivamente, a un período expansionista del dólar en el mundo. Fue tanto lo que quiso abarcar, que fue mucho más allá de sus propias fuerzas, ahora se repliega para reponerse, antes de que sea demasiado tarde. El empleo de capitales en el exterior había llevado la balanza de pagos americana a un déficit crónico que este año de 1967 alcanza a los 4.000.000.000 de dólares, algo que, a la larga, el país no podía permitirse.

Pero tal déficit no le viene a los Estados Unidos de su comercio. La balanza de pagos comercial del país es positiva porque exporta mucho más de lo que importa, lo que provoca el desequilibrio son las inversiones de las firmas norteamericanas en el extranjero y los gastos militares. Johnson trata ahora de frenar las inversiones, de cortar parte de los gastos de guerra y fomentar las exportaciones. La cosa tiene también sus peligros porque los europeos no están decididos a soportar mayores cargas en un comercio deficitario con los Estados Unidos y, si lo que pretende Johnson es hacer que sus aliados le ayuden indirectamente a financiar la guerra del Vietnam, es muy probable que se lleve un desengaño.

Sin embargo, el objetivo ulterior: la defensa del dólar; es correcto y todo el mundo está de acuerdo en que hay que impedir que esta moneda se desintegre. La incógnita que plantean las medidas mencionadas no es su necesidad, en esto hay acuerdo, sino es su eficacia: está por verse si el remedio no resulta peor que la enfermedad, desencadenando el pánico y acentuando la carrera hacia el oro. “Es muy dudoso que las medidas financieras anunciadas por Washington sean eficaces” ha dicho ya el famoso economista francés Jacques Rueff.

Es que las compañías americanas se habían desmandado comprando compañías extranjeras apoyadas en un cambio demasiado favorable del dólar. El último golpe, por ejemplo, que ahora quién sabe si se realizará, lo planeaba la Gillette con la adquisición de la Braun alemana por 800.000.000 de marcos, cantidad considerable en aquel país, pero que al cambio oficial se queda en una cantidad de 200.000.000 de dólares, nada de extraordinario para Wall Street pero, a la larga, tales facilidades se habían vuelto contra la propia economía americana con la fuerza de un boomerang. Los europeos perdían la propiedad de una industria pero piden, por lo menos, oro en cambio, lo que estaba dejando a los Estados Unidos sin reservas.

De cualquier manera, este parate al expansionismo no puede ser sino favorable a los países del mundo ocupados militarmente o penetrados económicamente, a pesar de que las restricciones de USA tienen el carácter de una acción de castigo contra unos aliados reacios a comprometerse en el Vietnam, todo depende ahora de la manera en que esos aliados sean capaces de reaccionar. Para nosotros, los latinoamericanos, es una amenaza mayor porque, desentendido el imperialismo de otras partes, puede dedicarse más a nuestros países.

Sin embargo, lo que se ha producido en otras partes, puede ser para nosotros de una gran enseñanza, pero es preciso que nuestros pueblos sean capaces de comprender el problema y asimilar esa enseñanza. Es claro que, tratándose de gastos militares, los americanos del norte no tienen problemas en nuestros países, desde que las fuerzas de ocupación se constituyen por nuestras propias fuerzas armadas, que no gravitan sobre las partidas de su presupuesto sino sobre las nobles espaldas del pobre pueblo argentino, como tampoco deben temer déficits en su balanza de pagos en el intercambio, porque el “Gobierno” se cuida bien de acumular déficits, para resultar simpático a la metrópolis. Cuánto más nos valiera un estatuto como el de Puerto Rico, para neutralizar desequilibrios en la balanza de pagos o una fuerza de ocupación como la que vigila a Alemania, porque así, por lo menos, algo lo pagaría USA.

LA LUCHA CONTRA EL NEOCOLONIALISMO

Dentro de este cuadro que he pretendido presentar del mundo de nuestros días, Latinoamérica, y dentro de ella la Argentina, juegan su papel: el imperialismo sabe que nuestros territorios representan las fuentes de las mayores reservas de alimentos y materias primas que, en un mundo superpoblado y superindustrializado, serán las causas de muchas de las luchas futuras. Es natural entonces que su codiciosa mirada esté dirigida también hacia nosotros, lo que explica, en cierta medida, las causas por las cuales tanto el imperialismo como sus agentes vernáculos siguen sosteniendo la necesidad de que nos reduzcamos a continuar siendo un país de pastores y de agricultores, aun cuando el mundo comienza ya a entrar en la etapa posindustrial, como asimismo anhelan que, si algo ha de hacerse en lo industrial, sean ellos los que lo hagan y no nosotros. No obedece a otra cosa la verdadera destrucción que sobre nuestra naciente industria se viene realizando desde 1955 en forma preconcebida y obedeciendo a quién sabe qué diabólico mandato, del que no puede haber estado ausente el imperialismo, cómplice del gorilismo que viene azotando a la República Argentina desde hace ya más de doce largos años.

Esta verdadera depredación, que todos los argentinos vienen presenciando, se complementa con la penetración yanqui que en nuestro país realiza, en pequeño, lo mismo que ha venido haciendo en Europa. No hace mucho (el 25 de setiembre de 1967), la Confederación

de la Industria de la República Argentina, daba a conocer un comunicado de prensa en el que comenzaba diciendo: “La Confederación de la Industria de la República Argentina sigue con suma preocupación el hecho, reiterado en los últimos tiempos, del traspaso de la propiedad de empresas argentinas a capitales extranjeros”.

Hay en esto un gran fondo de ingenuidad por parte de la mencionada Confederación: ¿Para qué creen que se ha llevado arbitrariamente el peso moneda nacional a una proporción de 350 pesos por dólar? ¿Acaso el Fondo Monetario Internacional no ha sido el que aconsejó o impuso semejante medida? Por otra parte, los industriales argentinos tienen dentro sus propios “caballos de Troya”. Es menester tener buena memoria porque si no, se llega a perder hasta el derecho a lamentarse.

Es preciso que nosotros comencemos a llamar las cosas por su nombre: no es un secreto que el imperialismo está empeñado allí, como en todas partes, en copar las fuentes de riqueza; y los que sirven esos intereses, consciente o inconscientemente, son unos traidores a su Patria, ya actúen como fuerzas de ocupación desde las fuerzas armadas, como agentes o “quinta columna” desde el gobierno que han usurpado, por supuesto, con el concurso del propio imperialismo. Seguir con eufemismos disimulatorios es una forma de engañarnos a nosotros mismos.

En el mundo actual, no sólo en nuestro país sino en los cinco continentes, los bandos están claramente definidos: los que anhelan liberar a sus países y los que sirven la causa imperialista del neocolonialismo. Como hemos visto anteriormente, Europa en plena integración continental, sin que tampoco allí falten los “bueyes cornetas”, realiza o trata de realizar su propia liberación. El Asia, empeñada en lo mismo, libra su batalla tanto con Washington como con Moscú. África, por diversos procedimientos, está en lo suyo. Latinoamérica comienza recién a despertar de la macabra pesadilla del entreguismo que viene azotándola desde hace más de un siglo.

Sin embargo, en los cinco continentes la lucha es tanto interna como internacional: los pueblos que intuyen ya su liberación se enfrentan con las fuerzas de ocupación y sus gobiernos entregados; los países comienzan a hacerlo contra los imperialismos dominantes. Esta es la verdadera guerra de nuestros tiempos.

Todo este proceso, que no obedece menos a la evolución social que a los anacronismos imperialistas, impone la necesidad impostergable de las reformas que, a la vez que impulsen a la satisfacción de las nuevas necesidades del mundo y del hombre de hoy, sean capaces

de conformar un estado de defensa permanente contra la acción del neocolonialismo, que será la mejor manera de liberar a las naciones y salvar a los pueblos. Ese parece ser el camino elegido por lo que se ha dado en llamar el “Tercer Mundo”, que no es sino la materialización de la “Tercera Posición” ya anunciada por los justicialistas hace más de veinte años. En ello están empeñadas más de las tres cuartas partes de la población mundial pero, desgraciadamente, aún sin buscar su propia integración, a causa de diferencias ideológicas, prejuicios históricos e intereses parciales. Sin embargo, no podemos quejarnos de cuanto se ha hecho y se sigue haciendo.

Es lamentable, sin embargo, que los dirigentes de este “Tercer Mundo”, a quienes el propio imperialismo les crea todos los días nuevos problemas locales o circunstanciales con la aviesa intención de disociarlos o desviarlos, no hayan podido todavía accionar directamente sobre los objetivos comunes, para lo cual sería preciso previamente la unidad material y espiritual que los sobrepusiera a todo prejuicio negativo a fin de alcanzar una integración histórica, para lanzarse luego decididamente a la conquista de los objetivos, dejando de ser yunque, para pasar a ser martillo.

No es menos necesario desplegar una gran actividad para que millones de predicadores persuadan a los pueblos, sacándolos de la aparente indiferencia en que parecen estar viviendo como producto de sucesivas frustraciones. Es preciso que cada uno de los hombres del Pueblo sea un luchador en la medida de sus fuerzas y posibilidades contra la amenaza de un nuevo colonialismo imperialista, porque en los tiempos normales suelen ser las “élites” las que deciden pero, en los anormales como el que vivimos, sólo deciden los pueblos.

Fuera de estas consideraciones de tipo operativo, es preciso que comencemos a pensar seriamente en el porvenir. Cuando se nos anticipa que toda la intención del imperialismo es reducirnos a un futuro país de pastores y agricultores que nos ocupemos de aportar al mundo comida y materia prima, tiene una lógica explicación: primero, porque ellos serán nuestros proveedores de manufacturas y porque, mientras nos paguen por nuestra materia prima el diez por ciento de su valor, nos hacen pagar por su manufactura el noventa por ciento más de lo que vale, sin contar que así seremos nosotros los que mantengamos su renta por cabeza a un nivel elevado, en tanto nosotros nos quedamos sin trabajo para nuestros obreros.

Por eso, cuando observo que hay argentinos que prefieren que sigamos siendo los proveedores del pan y de la carne para el

mundo, no puedo menos que formarme un pésimo concepto de ellos. La necesidad de industrializar a nuestro país no depende de lo que cada uno sea partidario, sino de las necesidades inevitables de la situación actual. La industrialización no sólo está impuesta por razones de nuestro porvenir sino hasta del propio desarrollo demográfico.

La República Argentina tiene una población que pasa ya los veintitrés millones de habitantes, de los cuales seis millones saturan las necesidades de mano de obra del campo, máxime cuando la máquina tiende cada día más a desalojar al hombre de las tareas agrícolas. Siendo así, por lo menos más de quince millones viven en los centros urbanos. Si no desarrollamos la industria para que ellos tengan trabajo, de qué van a vivir. Tampoco el campo puede prosperar si tiene a sus espaldas el peso de esos quince millones de parásitos.

Pero, por si eso fuera poco, todavía hay tontos que tampoco se dan cuenta de que esto obedece a una evolución que ha llevado paulatinamente a los pueblos de pastores a agricultores, y de agricultores a industriales, debemos pensar en el futuro cercano de un mundo que marcha hacia la etapa posindustrial y que todo este proceso tiene mucho que ver con el bienestar indispensable de los pueblos, que ya no aguantan ni la injusticia ni la miseria.

El siguiente cuadro define el tipo de comunidad por su renta per cápita:

Clasificación de las Sociedades Económicas

Preindustrial (Pastoril y Agraria)	De 50 a 200 dólares per cápita
En proceso de industrialización	De 200 a 600 dólares per cápita
Industrial	De 600 a 1.500 dólares per cápita
Industrial Avanzada (Sociedad de consumo)	De 1.500 a 4.000 dólares per cápita
Posindustrial	De 4.000 a 20.000 dólares per cápita

Cuadro de Herman Kahn

En la actualidad, la renta per cápita es, en los Estados Unidos, de 3.500 dólares; en Europa Occidental, de unos 1.800 dólares; y en la URSS, de 1.000 dólares, con lo que se podrán comprender las cifras citadas en el cuadro de Herman Kahn. Estos sectores de la

humanidad forman actualmente parte de un mismo mundo: el de la sociedad avanzada.

El Hudson Institute predice para dentro de treinta años, salvo mutaciones imprevistas, que Estados Unidos, Japón, Canadá y Escandinavia formarán parte de las sociedades posindustriales; serán luego sociedades industriales avanzadas Europa Occidental, la URSS, Israel, Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Australia y Nueva Zelanda; el resto se distribuye en las categorías inferiores. Y, según esta misma fuente, predice que las condiciones fundamentales de la sociedad posindustrial serán las siguientes:

1. Una renta industrial cincuenta veces superior a la de la sociedad industrial;
2. La actividad económica habrá pasado del sector primario (agricultura) y secundario (producción industrial) al terciario y cuaternario de los servicios;
3. Las empresas privadas habrán dejado de ser la fuente principal de la reacción técnica y científica;
4. Las leyes del mercado jugarán un papel muy inferior a las del sector público y los fondos sociales;
5. El conjunto de la actividad industrial estará planificado por la cibernética;
6. El principal papel del progreso residirá en el sistema de educación y en la innovación tecnológica puesta a su servicio;
7. El factor tiempo y espacio no tendrá ninguna importancia en los problemas de comunicaciones;
8. Las diferencias en la sociedad posindustrial entre los ingresos altos y los bajos, serán muy inferiores a las de la sociedad que conocemos hoy.

En otras palabras, lo que venimos sosteniendo de siempre como necesidad de evolución, para realizar lo que hoy ya podemos ir encaminando con la intención de acompañar al tiempo, sin esperar a que éste tenga después que empujarnos. Por otra parte, sólo podremos vencer al imperialismo en la medida que seamos capaces de luchar para colocarnos tecnológicamente a su altura. Sabemos cómo puede hacerse, todo depende de que seamos capaces de realizarlo.

He querido dar todos estos antecedentes informativos para que cada uno de los argentinos, como de los latinoamericanos, juzguen por sí y, sobre todo, para que hagan su examen de conciencia, porque

el fenómeno histórico que tenemos frente a nosotros no es sólo un hecho material que interese aisladamente a la economía, sino también un asunto moral que hace al patriotismo y a la dignidad de todos nosotros y de nuestras patrias.

En todos los tiempos han existido cipayos y vendepatrias, colonizadores y sometidos, metrópolis y colonias, pero los tiempos que vivimos son definitorios de nuestros destinos, porque si quedamos rezagados en la evolución o retrasados en el desarrollo que es consubstancial con el tiempo, no podremos pretender otro futuro que el que merecen los retardados.

Hace ya veinticinco años el Justicialismo dejó allí impresas muchas verdades, que el tiempo se ha encargado de evidenciar de la manera más elocuente con lo que nos está pasando y, si la contrarrevolución de 1955 consiguió detener nuestra marcha, no ha logrado en cambio destruir ninguna de esas verdades. El Pueblo Argentino, a pesar de la arbitrariedad opuesta a la razón y de la violencia represiva, no ha defecionado en el apoyo de sus convicciones, logradas en la propia experiencia que ha vivido y sufrido.

Todos los que de alguna manera se sientan dirigentes, todos los que tengan una responsabilidad moral frente a la historia que ha de juzgarnos, todos los que amen a su Patria y se sientan capaces de luchar por ella, tienen un puesto de lucha en la decisión del destino que nos es común. Que cada uno quiera poner su corazón, y aun su vida, al servicio de esta causa, es lo único que puede salvarnos, porque nadie ha de realizarse en una Argentina que no se realice.

PLAN DE PENETRACIÓN IMPERIALISTA EN IBEROAMÉRICA

Frente a la experiencia vivida, sería ingenuo pensar que los Estados Unidos vayan a poner en peligro su economía y su moneda para ayudar al “Mundo Libre” y dispersar un millón y medio de hombres de sus tropas para “asegurar la democracia y la libertad”. Si eso es así, debemos pensar que lo disimulan muy bien. En efecto, bastaría un ligero análisis de sus acciones para persuadirnos de que su plan de expansión, penetración y ocupación, tiene un objetivo puramente imperialista, con muy distintas finalidades que las que se pretenden hacer aparecer con una publicidad y una propaganda a base de sofismas.

Hemos tratado, de una manera general, su expansión y penetración económica en el mundo porque, en cierto modo, es su acción generalizada y una de las maneras utilizadas como punto de partida para las demás acciones de un neocolonialismo y, si bien es cierto que su acción de conjunto se ha dejado sentir en todo Occidente, no lo es menos que en Hispanoamérica es donde se tiene una mayor experiencia al respecto, porque se la ha sentido más cerca y realizada en una forma más directa y prepotente.

Por eso, no hemos querido dejar de anotar algunas circunstancias y cuestiones que hacen a su conducta y procedimientos, como producto de la experiencia recibida. USA sigue en nuestro Continente un plan perfectamente establecido desde la terminación de la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de someter, de una u otra manera, a todos los países iberoamericanos, en forma de poder contar con ellos de modo incondicional, por la captación si es posible y si no por su copamiento liso y llano.

El pretexto ha sido normalmente el comunismo. Y así como en Europa, exagerando el peligro, pudo atar a casi todos los países al

Pacto del Atlántico Norte en la OTAN; en el Atlántico Sud, buscó hacer lo mismo con nosotros. Agitando también el fantasma de la penetración comunista en el interior de los países, ha intentado siempre utilizar el mismo pretexto para poder intervenir en los asuntos internos de los países latinoamericanos.

Sólo así ha podido llegarse al estado actual de entrega y sumisión que, prácticamente, resulta todo un Continente que vive como una colonia yanqui, sumisa y obediente, con muy pocos gestos que puedan recordar que un día se trató de naciones libres, independientes y soberanas.

No hay exageración en nuestro juicio, porque existen elocuentes muestras de avasallamiento, que ponen en evidencia flagrante cuanto antes venimos afirmando. No hace mucho tiempo, la República Dominicana fue testigo de un desembarco y de una ocupación militar por los “marines” yanquis, sin que mediara ni el más elemental sentido de protesta de los demás países de la Organización de Estados Americanos (OEA) ante la invasión y ocupación de un país asociado, unilateralmente realizadas por otro país americano, formalmente comprometido a no intervenir en los asuntos internos de otro país allí asociado.

Pero no sólo se realizó un abuso semejante, sino que a la arbitrariedad inadmisibile del imperialismo se sumó luego la obsecuencia e indignidad de otros países. Ese es el estado lamentable en que se encuentra el Continente, como consecuencia de la existencia de “gobiernos” carentes de los más elementales valores esenciales, para enfrentar la arbitrariedad y la violencia que se está empleando para dominar.

También trataremos de explicar aquí las causas por las cuales pueden existir conductas tan deplorables y actitudes tan desdorosas por parte de los hombres de Estado, que parecen haber renunciado a los más elementales atributos que la dignidad de sus cargos impone, para ceder en cambio a los más bajos intereses y defecciones más indignas.

Se ha llegado a tales extremos mediante un proceso paulatino que obedece a un plan ya en ejecución desde hace muchos años en procura de:

1. Copamiento de los gobiernos;
2. Copamiento de las Fuerzas Armadas;
3. Copamiento de la economía y los sectores económicos;

4. Copamiento de las organizaciones sindicales;
5. Copamiento de los sectores de opinión pública en la masa popular.

Este proceso, ya en ejecución, ha provocado una serie interminable de hechos y circunstancias que sirven mejor para evidenciar la situación actual, con el desenvolvimiento de sus episodios, de una elocuencia superior a cuanto podríamos enjuiciar y que deseamos exponer a nuestros lectores, para que cada uno de ellos pueda juzgar por sí. Tan grande ha sido la impunidad que, en numerosas ocasiones, se ha prescindido de todo encubrimiento o disimulación, para obrar con la mayor desaprensión e impudicia.

EL COPAMIENTO DE LOS GOBIERNOS

a) Cuando se entregan

En los casos de gobiernos dóciles, normalmente representantes de las oligarquías vernáculas, el imperialismo no tiene dificultades para su copamiento. Normalmente, es su servicio diplomático quien se encarga de hacerlo con la cooperación de todos los organismos internacionales orquestados desde hace mucho en la función imperialista, con agentes pagos y obedientes, extraídos de los propios horizontes oligárquicos o de personeros políticos y técnicos a su servicio.

En estas condiciones, no cuesta mucho al imperialismo tomar posesión con intermediarios, estrechamente vigilados y controlados por su servicio de informaciones y las numerosas instituciones controladas por la CIA (bibliotecas, empresas, bancos, agregados de embajadas, etcétera), que actúan en el país no sólo con esa misión sino prácticamente con la de dirigir todo el sistema.

Alcanzado el objetivo de apoderarse del poder y manejarlo, se procede a la planificación correspondiente, no con los objetivos del país sino hacia los designios y finalidades fijadas por el imperialismo. A cambio de eso, USA asegura la estabilidad de su gobierno títere, mediante todo su apoyo político y toda su presión económica. Entre tanto, la penetración continúa hasta copar los diferentes factores de poder, ayudada a veces por el propio gobierno y empleando todos

los poderosos medios en manos del imperialismo, desde la acción publicitaria hasta la intimidación o la violencia.

Cuando un país ha sido sometido por este medio, no tiene salvación posible, por lo menos a corto plazo. Los pueblos, que son en realidad “los que reciben las bofetadas”, acumulan presión y comienzan a producirse explosiones esporádicas, materializadas por las guerrillas o luchas irregulares.

El caso de Sandino, en Nicaragua, es un ejemplo que no tiene desperdicio. Como suele ocurrir en estos casos, este patriota se levanta en armas ante el intento de invasión de las fuerzas imperialistas. Después de larga lucha armada, triunfa sobre su enemigo y libera a su Patria de tal amenaza. Todo el mérito de esta hazaña se debe principalmente a él, y sus enemigos lo saben. Terminada la guerra, se hace una comida en Managua, a la cual concurre invitado especialmente Sandino. Terminada la fiesta, festejando la paz alcanzada, Sandino abandona el local sin siquiera sospechar de que haya podido ser traicionado, pero no tarda en ser detenido en la calle. Sus aprehensores lo entregan acto seguido y, de inmediato, lo asesinan.

Este hecho, conocido por toda América, no es ni el primero ni el único: Pancho Villa no tuvo mejor suerte, y murió asesinado en circunstancias un tanto misteriosas. Hace poco, el doctor Ernesto Guevara no tuvo suerte diferente, porque a pesar de todo el teatro que se hizo, nadie duda de que la mano asesina, porque él sobrevivió herido al combate, no es difícil de individualizar entre los gringos que merodeaban alrededor de su cadáver mientras se hacía la macabra y miserable exhibición. Como ellos, muchos más, a los que nos referiremos más adelante.

Es claro que a cada uno de los héroes que se empeñaron en la defensa de su Patria se les ha colgado el rótulo de moda: “comunista”. Pero es indudable que si el imperialismo es el culpable de semejantes fechorías, realizadas con finalidad tan repugnante, no tiene sino la culpa de ello que se explica por sus incalificables designios, en cambio los nacionales de cada uno de los países que se prestan desde el Gobierno para que tales crímenes se cometan, cargan no sólo con la responsabilidad, sino también con el estigma más infamante para un ciudadano.

b) Cuando no se entregan

Cuando el gobierno se resiste a la entrega que le impone el imperialismo, la operación se realiza en dos tiempos: el primero para

“tumbar” ese gobierno; el segundo, para colocar uno nuevo, digitado e impuesto por el propio imperialismo en coalición con las fuerzas “cipayas” que invariablemente operan desde adentro. A menudo, las Fuerzas Armadas, que desgraciadamente en nuestros países suelen convertirse en guardias pretorianas del imperialismo, accionan en estos casos mediante el soborno de los jefes, a favor de las ventajas materiales que suelen exigir a sus nuevos amos. Ésa es una verdad irrefutable, porque la experiencia es abrumadora en el sentido de afirmarlo. Es precisamente por eso que, a continuación, citaremos algunos de los casos más conocidos de esta clase de subversiones militares que, invariablemente, terminan en dictaduras militares o civiles, al servicio irrestricto de los “hermanitos del Norte”.

La costumbre de “comprar los amigos” es la norma que guía a los imperialistas yanquis, que todavía no han asimilado aquello de que “Roma no paga traidores” con que, veinte siglos antes, otro imperialismo se lamentaba de la triste experiencia que arroja esta inmoralidad y que evidencia que los que proceden mal terminan por sucumbir víctimas de su propio mal procedimiento.

Dicen que cuando Napoleón Primero, en 1897, regresa a París, después de vencer a los austríacos y conquistar Italia y el Piamonte, es recibido con grandes fiestas en Versalles. Él concurre a las mismas invariablemente acompañado por uno de los generales ayudantes, el que mantiene una apostura tan rígidamente militar que intriga a una francesita que un día se atreve a preguntarle: “Mi general, ¿cómo hace usted el amor?”. El general, sin perder su apostura y con gran seriedad le contesta: “Señorita, yo no hago el amor, lo compro hecho”.

Siempre he pensado que a los yanquis les pasa lo mismo que al general de Napoleón: ellos no hacen amistades; las pretenden comprar hechas. Es claro que como el amor del general, comprado hecho, las amistades que los yanquis compran tienen el signo fatal del deshonor. De las conspiraciones para voltear gobiernos, preparadas y dirigidas por el imperialismo, tenemos ejemplos para todos los gustos: porque pocos han sido los países de la América Ibérica que no hayan pasado, una o varias veces, por ese trance.

En Brasil: El Presidente Getúlio Vargas, depuesto dos veces por esta clase de conspiraciones armadas en el State Department porque nunca fue “santo de su devoción”, como consecuencia de no haberse entregado y haber luchado siempre por la liberación de su Patria de las garras imperialistas. A Vargas le han seguido en la misma suerte, y por las mismas razones, los presidentes Janio Quadros y

Joao Goulart, hasta que, finalmente, el imperialismo encontró a su hombre: el “mariscal” Castello Branco, que realmente parecía hecho a medida para traicionar y que quedará en la historia del Continente como el modelo más perfecto de “cipayismo”.

En Venezuela: El presidente Pérez Jiménez fue víctima de lo mismo: una conspiración militar, inspirada y ayudada por el imperialismo. Las causas: por no entregarse y haber cometido la “irreverencia” de aumentar los beneficios que correspondían a Venezuela en la explotación petrolífera de sus yacimientos. Es natural que sus sucesores fueran a la hechura del “mariscal” Castello Branco, y desde entonces las relaciones con el imperialismo son excelentes, aunque Venezuela haya sido sacrificada moral y materialmente.

En Colombia: El general Gustavo Rojas Pinillas siguió la misma suerte ante la consabida conspiración, inspirada en el mismo origen y con idéntica finalidad. En todos estos casos, con la llegada de la férula imperialista ha llegado también la miseria popular y el desbarajuste integral de los países que son, en último análisis, los que pagan los platos rotos, pero esto es lo que menos interesa al imperialismo.

En Argentina: Como en los casos antes citados, el Gobierno Justicialista fue víctima de la misma conspiración internacional, orquestada por el imperialismo coaligado con la oligarquía argentina, utilizando el soborno en los sectores de las fuerzas armadas proclives a la seducción por el dinero o utilizando la difamación, la diatriba y la calumnia para los que obedecen y se influyen más con una insidiosa propaganda. Cualesquiera sean las circunstancias, las consecuencias son las mismas: ante un gobierno que no se entrega al neocolonialismo, se le prepara el consabido “golpe de Estado”, utilizando todos los medios y recursos necesarios. El caso argentino es sólo “un botón más para muestra”.

Siguen a los anteriores los casos de Perú, el Ecuador, Bolivia, Guatemala, República Dominicana, etcétera. Que, por razones de brevedad, preferimos no comentar. En cada uno de ellos, en última síntesis, no se ha hecho sino confirmar la existencia del mencionado Plan: o entregar el país o tener que enfrentar el golpe de Estado, para ser reemplazados por otro gobierno de tendencia colonialista.

Sin embargo, no todo termina siempre en eso: los asesinatos suelen estar a la orden del día. El fin del presidente Villarroel en Bolivia; del general Trujillo; el del coronel Castillo Armas; el de los patriotas dominicanos; el fusilamiento del general Valle en la Argentina, junto con numerosos jefes, oficiales y suboficiales; como el de muchos más,

cargan sobre la conciencia de los ejecutores, pero no cargan menos sobre la de los instigadores. El caso de los hermanos Diem en Vietnam del Sur se ha repetido con frecuencia en la América hispánica. Esto parece ser ya una técnica del imperialismo.

Yo tengo suficiente experiencia al respecto porque he sido objeto de varios atentados, tanto en Panamá como en Venezuela, donde desde la Embajada Argentina por orden del embajador (general Toranzo Montero), a la usanza de los gangsters americanos, se colocó una bomba en mi automóvil, lo que ocasionó la declaración de “persona no grata” al embajador y terminó en la ruptura de relaciones, ante la tonta insistencia del gobierno gorila de Buenos Aires.

EL COPAMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS

Normalmente esta operación se realiza con el pretexto de la Defensa Continental. Se procede primero al conveniente “ablandamiento”; luego, a la captación de los comandos; para terminar luego con un “lavado de cerebros”, realizado mediante variados procedimientos.

El caso de la Argentina es un ejemplo elocuente: antes de 1955, el imperialismo, empeñado en provocar el golpe de Estado que depusiera al Gobierno Justicialista, no ahorró contribución alguna que, en muchos casos, se convirtió en abundante dinero destinado al soborno de los “jefes revolucionarios” que, en cierta medida, transformaron la conspiración en una verdadera “industria de la revolución”.

En este proceso ya se comenzó a dominar a los “comprometidos” que, habiendo aceptado dinero, no quedaron ya en condiciones de desobedecer, como generalmente ocurre en estos casos. La Marina estaba descontada porque, obedeciendo a los ingleses, jamás perteneció a la Argentina: mantuvo, como en la actualidad, una posición opuesta al Ejército, por depender de otra inspiración y comando.

Esta fue la iniciación. Producida la “Revolución Libertadora” y ocupado el gobierno, casi de inmediato, comenzaron las reuniones de presidentes, primero en Panamá, Costa Rica, etcétera, “para tratar asuntos de la Defensa Continental”. Terminado este “trabajo”, comenzaron ya las reuniones de los comandantes en Jefe, los cursos de jefes y oficiales en los Estados Unidos, las visitas, las prebendas, los regalos, etcétera, que se aprovecharon para un verdadero “lavado de cerebro”.

Así se fue operando un cambio fundamental, más que nada, por la designación de los comandos proclives a la entrega, que fueron desarrollando en el Ejército una concepción muy distinta sobre la misión de las fuerzas armadas. La intensificación de este trabajo terminó con una misión militar yanqui (asesores militares), que se instaló en el segundo piso del Ministerio de Guerra, desde donde ha de haber “asesorado” también a los gobiernos militares o a los que se convirtieron en “gobiernos paralelos” que han venido actuando en la Casa Rosada desde 1955.

También en el Vietnam del Sur todo comenzó con los “asesores militares” que, sin duda, debieron tener participación en la rebelión de las fuerzas militares que depusieron y asesinaron a los hermanos Diem, para tomar luego el poder. Es así que los Estados Unidos, de incidente en incidente, han sido llevados a una guerra que les costará lágrimas de sangre.

La técnica empleada en la captación de las fuerzas armadas ha sido siempre la misma. Por ese medio USA ha conseguido, gratis, fuerzas de ocupación en los mismos países que ha deseado dominar. El caso argentino no difiere de lo ocurrido en el Vietnam del Sur, sino en los detalles de ejecución: rebelaron a las fuerzas armadas, depusieron al gobierno y asesinaron a sus gobernantes. Es que el imperialismo no perdona. A mí no me asesinaron, no porque les faltaran deseos o instrucciones, sino porque no pudieron.

Actualmente, en nuestro país, la dictadura militar parece cumplir bien la misión que le han asignado. Si se le ocurriera proceder bien, tendría que enfrentar el mismo destino de los que lo intentaron antes. Es la consecuencia de contraer compromisos fuera de la conciencia.

EL COPAMIENTO DE LOS SECTORES ECONÓMICOS

Ya al exponer los métodos de la “Penetración Imperialista” en el mundo hemos dado la suficiente explicación de sus procedimientos, pero no estará de más referirnos particularmente a lo que sucede en América Latina a ese respecto. En nuestro continente se ha procedido de manera diferente de lo ocurrido en Europa. Mientras en este continente la penetración ha sido puramente económica en la mayor parte de los países, en la América Hispana se ha tendido a un copamiento integral que, actualmente, está en ejecución. Ello no quiere decir que cuando en Europa han encontrado campo propicio,

no se hayan empeñado en coparlo todo, como ha sucedido en varios países, en los cuales el embajador de USA es más bien una suerte de virrey, como a menudo lo llama el Pueblo.

Los trucos utilizados para la penetración económica en la América Latina, sobre los que ya hemos hablado extensamente en los capítulos anteriores, intentan cubrir una realidad irrefutable: el hambre, la miseria y el dolor de los pueblos explotados, tanto por el capitalismo y las oligarquías vernáculas, como por el imperialismo. El subdesarrollo, producto tanto de uno como de otros de los explotadores, sólo podría suprimirse mediante la liberación.

Pero esa liberación, a esta altura de los acontecimientos, sólo puede alcanzarse, por lo que venimos viendo, mediante una lucha cruenta, lo que se infiere no sólo de la contumacia de las fuerzas del mal, sino también del avance de la conquista y colonización en que está empeñado el imperialismo. El caso de Cuba debe ser suficientemente elocuente para el futuro de los que aspiren a alcanzar la liberación salvadora.

En el continente latinoamericano existe una protesta unánime contra los sistemas yanquis de explotación, disimulados por las “ayudas”, la “inversión de capitales” y la “radicación de empresas”: ¿por qué, entonces, los Estados Unidos sí, como dicen todos los días, proceden de buena fe, no se enojan un día y dejan a todos nuestros países librados a su propia suerte? Así ellos también podrían ocuparse mejor de los graves problemas que están comprometiendo su porvenir.

La penetración económica imperialista forma parte de un plan que no admite divisibilidades: lo económico forma parte integral de la penetración general indispensable para la conveniente presión en el tiempo y en el espacio. Lo comprueba el hecho de que allí donde no ha podido emplear el argumento económico, ha debido recurrir a la fuerza, insidiosamente utilizada, pero incapaz de cubrir las apariencias que la condenan. Por eso, el arma de la presión económica, en los países proclives a la entrega, es la preferentemente empleada, máxime cuando desde los gobiernos se procede en complicidad con la penetración imperialista.

Sería largo extendernos en la explicación de los métodos de acción y formas de ejecución empleados en las distintas ocasiones y circunstancias que, por otra parte, hemos expuesto largamente en los capítulos correspondientes. Sin embargo, no estará de más aclarar que, en lo que respecta a Hispanoamérica, la coerción económica no

es lo más peligroso, si se tienen en cuenta los demás copamientos que venimos mencionando y que colocan a nuestros países en la indefensión más absoluta. El copamiento económico, que en nuestra América avanza pavorosamente con la toma de las fuentes de riqueza de todo orden, contribuye de una manera determinante al dominio que se desea llegar a ejercer.

La integración económica sería sin duda una de las mejores defensas, pero, persuadido de ello, el imperialismo impedirá por todos los medios su realización, ya sea impidiendo la constitución de la comunidad económica continental, como también realizándola a su servicio, como se ha intentado ya hace poco en Punta del Este. Todo lo anterior parece confirmar la necesidad de lanzarse cuanto antes a una lucha por la liberación, sin la cual no será posible ni poner a punto nuestras economías, ni realizar la integración continental para defendernos adecuadamente.

COPAMIENTO DE LAS ORGANIZACIONES SINDICALES

No ha pasado inadvertida para el imperialismo la existencia en nuestro país de una organización sindical, tan importante por su cohesión y organización, que ha pasado a ser un “factor de poder” en la comunidad argentina. Por eso no desean dejar a este sector, tan importante, sin intentar por lo menos coparlo como lo han venido haciendo con todas las demás fuerzas.

Este intento no es nuevo: desde 1947 han venido intentando la penetración por medio de sus propias organizaciones internas (CIO y AFL) o los engendros internacionales como la ORIT o el CIOLS, creados para enfrentar a la Federación Mundial de Trabajadores de Praga, de tendencia comunista. Hasta ahora habían tropezado con la impenetrabilidad de nuestras organizaciones, conducidas por dirigentes honestos y capacitados.

Buscando vencer ese obstáculo, en los últimos tiempos han puesto en marcha distintos organismos como el Banco Interamericano de Fomento, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Agregado Obrero Norteamericano a la Embajada yanqui de Buenos Aires, distintos organismos de la OEA, creados precisamente con designios desconocidos pero sospechosos, y otros expedientes diversos.

Por estos diversos medios y con métodos similares a los ya mencionados para el copamiento de las fuerzas armadas, se trata en la

actualidad de conmover la organización sindical, aprovechando a los dirigentes venales que, mediante el consabido soborno, puedan prestarse a la entrega de los trabajadores argentinos. Es indudable que, en el procedimiento que se sigue, existe un gran fondo de ingenuidad, producto de la ignorancia y del desconocimiento del medio en que pretenden actuar.

Pueden algunos dirigentes sindicales ceder a la tentación pero, con ello, frente a una masa adoctrinada y politizada convenientemente, es probable que lo único que consigan sea la destrucción de esos dirigentes, con lo que le harán aún un bien a las organizaciones. Si hay algo en el país que el imperialismo no podrá copar jamás es a su Pueblo y, dentro de él, a su Clase Trabajadora, que tiene un claro concepto de la defensa de sus conveniencias.

Dentro de las aspiraciones imperialistas de copamiento de los sectores sindicales, con el apoyo directo del gobierno, se han creado unos cursos de “Capacitación para Dirigentes” propiciados por la OEA que tienen la misión de realizar un “lavado de cerebros” similar al que han realizado con los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas. De la misma manera, frente al éxito obtenido con los cursos de militares en Estados Unidos y visitas de oficiales, han recurrido al mismo procedimiento con los dirigentes sindicales, lo que demuestra que está en marcha una “Operación Dirigentes Sindicales” en la que entran muchas acciones coordinadas con designios inconfesables.

Pero lo que resulta inexplicable para los que conocemos el Movimiento Obrero Argentino, es que haya dirigentes que, con la concreción yanqui de la creación de su Escuela de Formación de Dirigentes, hayan hecho desaparecer las antiguas Escuelas Sindicales que cada uno de los gremios tenía, como asimismo la Confederación General del Trabajo. Pero esto no debe preocuparnos mayormente porque la masa observa y vigila. Al final, cada uno tendrá su merecido.

De la misma manera se ha formado en Buenos Aires un ambiente peligroso sobre las organizaciones importadas que, con distintos rúbricos y diversos promotores, están atrayendo a dirigentes sindicales hacia otros fines que los específicos de su misión sindical. Con ello se procura “agrandar” el predicamento de esos dirigentes en forma de poderlos utilizar más convenientemente aún en otras funciones más acordes con la necesidad de penetración imperialista.

La constitución hace poco tiempo de la “Asamblea del Comité de Acción para la Integración Latinoamericana” es un intento más de cuanto venimos diciendo. Si bien el título no dice mucho, en cambio

los asistentes a la mencionada asamblea evidencian con toda claridad de qué se trata. Frente a la insidia que se emplea, utilizando encubrimientos y simulaciones de los matices más variados, se ha llegado a la necesidad de desconfiar, de desconfiar siempre. Así son los métodos del imperialismo.

Los dirigentes sanos, honestos y capaces, no pueden caer en semejantes trampas. Los venales que obran con “sobre-entendimientos” no son nunca peligrosos, si la corrupción no se generaliza. Sin embargo, cuando como en el caso argentino, obra la circunstancia de la entrega del gobierno y de las Fuerzas Armadas al imperialismo, es preciso que, sin pérdida de tiempo, todos los dirigentes sindicales se pongan a la defensa de sus organizaciones, impidiendo, por todos los medios, la proliferación de los “dirigentes importantes” que todos los días “sacan los pies del plato” con diversos pretextos, persuadidos de que en tales excrecencias está siempre oculta una venalidad inaceptable.

No creo que ni la presión gubernamental ni las tentaciones imperialistas puedan conmover la solidez del Movimiento Sindical Argentino. Todo lo más que puede ocurrir es que algunos dirigentes se destruyan si delinquen contra la lealtad que deben a sus compañeros, que han de juzgarlos y sancionarlos, ahora o cuando puedan hacerlo. De lo que podemos estar seguros, a esta altura de los acontecimientos, es que un movimiento sindical organizado no puede apoyar a un gobierno que en todos sus actos demuestra que trata de destruirlo, y menos aún si, como en el caso presente, se tiene la persuasión de que está entregando el país al imperialismo.

COPAMIENTO DE LOS SECTORES POPULARES

Este ha sido siempre un intento vano del imperialismo que, por antonomasia, resulta el anti-pueblo. Sin embargo, no cesa en su empeño de lograrlo a través de los partidos políticos demoliberales que, durante largo tiempo, o estuvieron engañados o se dejaron engañar. La llegada de la “hora de los pueblos” con el despertar de la evolución que conmueve al mundo, ha quitado al imperialismo la posibilidad de aspirar siquiera al más insignificante resquicio por donde colarse.

Descartadas las fuerzas políticas de la oligarquía que representan una minoría insignificante y los grupos que acompañan a la dictadura militar que no son mayores, podemos afirmar que el resto

de la ciudadanía, que representa el 90% de la población argentina, no sólo es enemiga del imperialismo, sino que también conoce sus intenciones y procedimientos que provocan su aversión instintiva. Los sectores industriales, como comerciales y de la producción, están también enfrentados con la dictadura militar en su mayoría, pero no lo están menos con el imperialismo, impulsados por una experiencia “en cuero propio” que no les deja duda al respecto.

El Justicialismo ha podido ser despojado del gobierno, pero sus verdades no han podido ser destruidas, como su experiencia ha cundido entre todos los que han sufrido las consecuencias de los “libertadores” y los “salvadores de la Patria” que han labrado sucesivamente la desgracia y la miseria del pueblo como la ruina de no pocos hombres de empresa, que creyeron en sus sofismas y simulaciones.

Como el imperialismo ha comenzado a darse cuenta de que nadie puede ya gobernar en el mundo sin contar con el concurso organizado del Pueblo, se afana por copar los diversos estamentos políticos y sociales que lo componen, sin percatarse de que ésta es una tarea absolutamente impracticable para los imperialismos. Si su propaganda puede abrir todas las puertas, deberá persuadirse un día, cuando ya sea tarde, de que ésta es una de esas puertas que no ceden.

LA AMENAZA DE LA FUERZA

El imperialismo, engolosinado con lo que ha conseguido en el dominio de los gobiernos y de las fuerzas armadas, que le ha permitido usar a estas como fuerzas de ocupación en sus propios países, ha querido ir más allá mediante la creación de una “Fuerza Interamericana de Paz” que, en realidad de verdad, pudiera servir para ser utilizada para obligar por la violencia, en nombre de la OEA (vale decir del imperialismo), a los países del Continente que anhelaran liberarse. Tendrían así, además de las fuerzas de ocupación gratis, un contingente de tropas para acciones punitivas, barato y a la mano.

Dice el doctor José María Velasco Ibarra (*Propósitos*, del 16 de febrero de 1966): “La carta de la OEA no prevé intervenciones de ninguna especie en la vida interna de los países americanos ni crea instituciones supranacionales. Esta Carta se propone tan sólo impedir la agresión bélica por parte de una nación americana o extracontinental contra otra nación americana; crea la cooperación

activa contra la guerra internacional y en bien del desarrollo de los pueblos del Continente dentro del respeto absoluto a la autonomía de cada uno de ellos”.

Es precisamente por esto que el imperialismo viene intentando la modificación de la Carta de la Organización de Estados Americanos, y lo conseguirá si como hasta ahora cuenta con el apoyo de gobiernos cipayos, como el de la mentada “Revolución Argentina”.

Sigue el doctor Velasco Ibarra: “La creación de una Fuerza Interamericana de Paz no sería sino una constante amenaza contra los legítimos movimientos internos de los países latinoamericanos con el pretexto de impedir el comunismo en América Latina. El presidente Kennedy, en un discurso desgraciado del 20 de abril de 1961 ante la Sociedad Americana de Editores de Diarios, sentó la teoría del nuevo imperialismo interventor con el pretexto de impedir el establecimiento del comunismo en los países latinoamericanos. La creación de la Fuerza Interamericana de Paz sería una reforma radical en el espíritu que inspiró la Carta de la OEA. La última intervención en la República Dominicana –prosigue Velasco Ibarra– fue un escándalo vergonzoso e inmoral. Se habla del Mundo Libre y Cristiano, y con pretextos innobles, el Fuerte, desafiando todas las instituciones positivas, invade a la nación pequeña y termina por imponer la inestabilidad de sus caprichos”.

Todo esto es de sobra sabido y sufrido. Pero el imperialismo sigue adelante, sin que nadie se anime a pararle los pies, mientras él, con la mayor desvergüenza insiste una y otra vez, como si nadie sospechara de su artera y desdorosa intención. Es que, en tanto subsista la entrega, por la sumisión de los gobiernos que sufren nuestros países, nada constructivo en orden a la liberación podrá realizarse. Entre tanto, los pueblos siguen teniendo la palabra.

LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

TEl 11 de noviembre de 1953, siendo en ese entonces presidente de la República, pronuncié un discurso en la Escuela Nacional de Guerra, que adoptó un carácter secreto. La discreción que rodeó dicho discurso estaba justificada por la importancia política y diplomática del mismo. Su texto completo fue editado por el Ministerio de Defensa Nacional en un folleto de 17 páginas, en cuya tapa figura impresa la palabra “Reservado”. Cada ejemplar editado fue numerado y registrado el nombre del destinatario. Un ejemplar del fascículo, probablemente merced a los buenos oficios de los servicios de informaciones de Estados Unidos, logró ser conocido por algunos políticos opositores emigrados en Montevideo y difundido en esta capital bajo la forma mimeografiada, como “prueba” del “imperialismo argentino”.

Pero hasta hoy su texto era desconocido por el público. Lo damos a conocer por primera vez, a quince años de haberse pronunciado, por cuanto consideramos que mi situación actual, el fallecimiento del general Ibáñez y del ex presidente Vargas, permiten darlo a publicidad en calidad de documento histórico y como testimonio de un momento de la historia diplomática latinoamericana.¹

1. El libro *La Hora de los Pueblos* fue publicado en 1968, pero en octubre de 1966 el texto del discurso había sido publicado por primera vez en la revista *Izquierda Nacional*. Al fin de este capítulo se reproduce una carta del general Perón a Jorge Abelardo Ramos donde se reconoce esa situación. (N. del E.)

Señores:

He aceptado con gran placer esta ocasión para disertar sobre las ideas fundamentales que han inspirado una nueva política internacional en la República Argentina.

Es indudable que, por el cúmulo de tareas que yo tengo, no podré presentar a ustedes una exposición académica sobre este tema, pero sí podré mantener una conversación en la que lo más fundamental y lo más decisivo de nuestras concepciones será expuesto con sencillez y con claridad.

Las organizaciones humanas, a lo largo de todos los tiempos, han ido, indudablemente, creando sucesivos agrupamientos y reagrupamientos. Desde la familia troglodita hasta nuestros tiempos eso ha marcado un sinnúmero de agrupaciones a través de las familias, las tribus, las ciudades, las naciones y los grupos de naciones, y hay quien se aventura ya a decir que para el año 2000 las agrupaciones menores serán los continentes.

Es indudable que la evolución histórica de la humanidad va afirmando este concepto cada día con mayores visos de realidad. Eso es todo cuanto podemos decir en lo que se refiere a la natural y fatal evolución de la humanidad. Si ese problema lo transportamos a nuestra América surge inmediatamente una apreciación impuesta por nuestras propias circunstancias y nuestra propia situación.

Es indudable que el mundo, superpoblado y superindustrializado, presenta para el futuro un panorama que la humanidad todavía no ha conocido, por lo menos en una escala tan extraordinaria. Todos los problemas que hoy se ventilan en el mundo son, en su mayoría, producto de esta superpoblación y superindustrialización, sean problemas de carácter material o sean problemas de carácter espiritual. Es tal la influencia de la superproducción y es de tal magnitud la influencia de la técnica y de esa superproducción, que la humanidad, en todos sus problemas económicos, políticos y sociológicos, se encuentra profundamente influida por esas circunstancias.

Si ese es el futuro de la humanidad, es indudable que estos problemas irán progresando y produciendo nuevos y más difíciles problemas emergentes de las circunstancias enunciadas.

Resulta también indiscutible que la lucha fundamental en un mundo superpoblado es por una cosa siempre primordial para la humanidad: la comida. Ese es el peor y el más difícil problema a resolver.

El segundo problema que plantea la industrialización es la materia prima: valdría decir que en este mundo, que lucha por la comida y por la materia prima, el problema fundamental del futuro es un problema de base y fundamento económicos, y la lucha del futuro será cada vez más económica, en razón de una mayor superpoblación y de una mayor superindustrialización.

En consecuencia, analizando nuestros problemas, podríamos decir que el futuro del mundo, el futuro de los pueblos y el futuro de las naciones estará extraordinariamente influido por la magnitud de las reservas que posean: reservas de alimentos y reservas de materias primas. Eso es una cosa tan evidente, tan natural y simple, que no necesitaríamos hacer uso ni de la estadística ni, menos aún, de la dialéctica para convencer a nadie.

Y ahora, viendo el problema práctica y objetivamente, pensamos cuáles son las zonas del mundo donde todavía existen las mayores reservas de estos dos elementos fundamentales de la vida humana: el alimento y la materia prima.

Es indudable que nuestro continente, en especial Sudamérica, es la zona del mundo donde todavía, en razón de su falta de población y de su falta de explotación extractiva, está la mayor reserva de materia prima y alimentos del mundo. Esto nos indicaría que el porvenir es nuestro y que en la futura lucha nosotros marchamos con una extraordinaria ventaja respecto de las demás zonas del mundo, que han agotado sus posibilidades de producción alimenticia y de provisión de materias primas o que son ineptas para la producción de estos dos elementos fundamentales de la vida.

Si esto, señores, crea realmente el problema de la lucha, es indudable que en esa lucha llevamos nosotros una ventaja inicial, y que en el aseguramiento de un futuro promisorio tenemos halagüeñas esperanzas de disfrutarlo en mayor medida que otros países del mundo.

Pero precisamente en estas circunstancias radica nuestro mayor peligro, porque es indudable que la humanidad ha demostrado –a lo largo de la historia de todos los tiempos– que cuando se ha carecido de alimentos o de elementos indispensables para la vida, como serían las materias primas y otros, se ha dispuesto de ellos quitándolos por las buenas o por las malas; vale decir, con habilidosas combinaciones o mediante la fuerza. Lo que quiere decir, en buen romance, que nosotros estamos amenazados a que un día los países superpoblados y superindustrializados, que no disponen de alimentos ni de materia prima, pero que tienen un extraordinario poder, jueguen ese poder

para despojarnos de los elementos de que nosotros disponemos en demasía con relación a nuestra población y a nuestras necesidades. Ahí está el problema planteado en sus bases fundamentales, pero también las más objetivas y realistas.

Si subsistiesen los pequeños y débiles países, en un futuro no lejano podríamos ser territorio de conquista como han sido miles y miles de territorios desde los fenicios hasta nuestros días. No sería una historia nueva la que se escribiría en estas latitudes; sería la historia que ha campeado en todos los tiempos, sobre todos los lugares de la tierra, de manera que ni siquiera llamaría mucho la atención.

Es esa circunstancia la que ha inducido a nuestro gobierno a encarar de frente la posibilidad de una unión real y efectiva de nuestros países, para encarar una vida en común y para planear, también, una defensa en común. Si esas circunstancias no son suficientes, o ese hecho no es un factor que grave decisivamente para nuestra unión, no creo que exista ninguna otra circunstancia importante para que la realicemos. Si cuanto he dicho no fuese real, o no fuese cierto, la unión de esta zona del mundo no tendría razón de ser, como no fuera una cuestión más o menos abstracta o idealista.

Señores: es indudable que desde el primer momento nosotros pensamos en esto; analizamos las circunstancias y observamos que, desde 1810 hasta nuestros días, nunca han faltado distintos intentos para agrupar esta zona del Continente en una unión de distintos tipos.

Los primeros surgieron en Chile, ya en los días iniciales de las revoluciones emancipadoras de la Argentina, de Chile, del Perú. Todos ellos fracasaron por distintas circunstancias. Es indudable que, de realizarse aquello en ese tiempo, hubiese sido una cosa extraordinaria. Desgraciadamente, no todos entendieron el problema, y cuando Chile propuso eso aquí a Buenos Aires, en los primeros días de la Revolución de Mayo, Mariano Moreno fue el que se opuso a toda unión con Chile. Es decir, que estaba en el gobierno mismo; y en la gente más prominente del gobierno, la idea de hacer fracasar esa unión. Eso fracasó por culpa de la Junta de Buenos Aires.

Hubo varios después que fracasaron por diversas circunstancias. Pasó después el problema a ser propugnado desde Perú, y la acción de San Martín también fracasó. Después fue Bolívar quien se hizo cargo de la lucha por una unidad continental, y sabemos también cómo fracasó. Se realizaron después el primero, el segundo y el tercer Congreso de México con la misma finalidad. Y debemos confesar que todo eso fracasó, mucho por culpa nuestra. Nosotros fuimos los que

siempre, más o menos, nos mantuvimos un poco alejados, con un criterio un tanto aislacionista y egoísta.

Llegamos a nuestros tiempos. Yo no querría pasar a la historia sin haber demostrado, por lo menos fehacientemente, que ponemos toda nuestra voluntad real, efectiva, leal y sincera para que esta unión pueda realizarse en el Continente. Pienso yo que el año 2000 nos va a sorprender o unidos o dominados; pienso también que es de gente inteligente no esperar que el año 2000 llegue a nosotros, sino hacer un poquito de esfuerzo para llegar un poco antes del año 2000, y llegar un poco en mejores condiciones que aquéllas que nos podrá deparar el destino mientras nosotros seamos yunque que aguantamos los golpes y no seamos alguna vez martillo; que también demos algún golpe por nuestra cuenta.

Es por esa razón que ya en 1946, al hacer las primeras apreciaciones de carácter estratégico y político internacional, comenzamos a pensar en ese grave problema de nuestro tiempo. Quizá en la política internacional que nos interesa, es el más grave y el más trascendente; más trascendente quizá que lo que pueda ocurrir en la guerra mundial, que lo que pueda ocurrir en Europa, o lo que pueda ocurrir en el Asia o en el Extremo Oriente; porque éste es un problema nuestro, y los otros son problemas del mundo en el cual vivimos, pero que están suficientemente alejados de nosotros. Creo también que en la solución de este grave y trascendente problema cuentan los pueblos más que los hombres y que los gobiernos.

Es por eso que, cuando hicimos las primeras apreciaciones, analizamos si esto podría realizarse a través de las cancillerías actuantes como en el siglo XVIII, en una buena comida, con lucidos discursos, pero que terminan al terminar la comida, inoperantes e intrascendentes, como han sido todas las acciones de las cancillerías de esta parte del mundo desde hace casi un siglo hasta nuestros días; o si habría que actuar más efectivamente, influyendo no a los gobiernos, que aquí se cambian como se cambian las camisas, sino influyendo a los pueblos, que son los permanentes, porque los hombres pasan y los gobiernos se suceden, pero los pueblos quedan.

Hemos observado, por otra parte, que el éxito, quizá el único éxito extraordinario del comunismo, consiste en que ellos no trabajan con los gobiernos, sino con los pueblos, porque ellos están encaminados a una obra permanente y no a una obra circunstancial.

Y si en el orden internacional quiere realizarse algo trascendente, hay que darle carácter permanente, porque mientras sea

circunstancial, en el orden de la política internacional no tendrá ninguna importancia. Por esa razón, y aprovechando las naturales inclinaciones de nuestra doctrina propia, comenzamos a trabajar sobre los pueblos, sin excitación, sin apresuramientos y, sobre todo, tratando de cuidar minuciosamente, de desvirtuar toda posibilidad de que nos acusen de intervención en los asuntos internos de otros Estados.

En 1946, cuando yo me hice cargo del gobierno, la política internacional argentina no tenía ninguna definición. No encontramos allí ningún plan de acción, como no existía tampoco en los ministerios militares ni siquiera una remota hipótesis sobre la cual los militares pudieran basar sus planes de operaciones. Tampoco en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en todo su archivo, había un solo plan activo sobre la política internacional que seguía la República Argentina, ni siquiera sobre la orientación, por lo menos, que regía sus decisiones o designios.

Vale decir que nosotros habíamos vivido, en política internacional, respondiendo a las medidas que tomaban los otros con referencia a nosotros, pero sin tener jamás una idea propia que nos pudiese conducir, por lo menos a lo largo de los tiempos, con una dirección uniforme y congruente. Nos dedicamos a tapar los agujeros que nos hacían las distintas medidas que tomaban los demás países. Nosotros no teníamos iniciativa.

No es tan criticable el procedimiento, porque también suele ser una forma de proceder, quizá explicable, pues los pequeños países no pueden tener en el orden de la política internacional objetivos muy activos ni muy grandes; pero tienen que tener algún objetivo.

Yo no digo que nos vamos a poner nosotros a establecer objetivos extracontinentales para imponer nuestra voluntad a los rusos, a los ingleses o a los norteamericanos; no, porque eso sería torpe. Vale decir que en esto, como se ha dicho y sostenido tantas veces, hay que tener la política de la fuerza que se posee o la fuerza que se necesita para sustentar una política.

Nosotros no podemos tener lo segundo y, en consecuencia, tenemos que reducirnos a aceptar lo primero, pero dentro de esa situación podemos tener nuestras ideas y luchar por ellas para que las cancillerías, que juegan al estilo del siglo XVIII, no nos estén dominando con sus sueños fantásticos de hegemonías, de mando y de dirección.

Para ser país monitor –como sucede con todos los monitores– ha de ser necesario ponerse adelante para que los demás lo sigan. El problema es llegar cuanto antes a ganar la posición o la colocación,

y los demás van a seguir aunque no quieran. De manera que la hegemonía no se conquista. Por eso, nuestra lucha no es, en el orden de la política internacional, por la hegemonía de nadie, como lo he dicho muchas veces, sino simplemente y llanamente la obtención de lo que conviene al país en primer término; en segundo término, lo que conviene a la gran región que encuadra el país y, en tercer término, el resto del mundo, que ya está más lejano y a menor alcance de nuestras previsiones y de nuestras concepciones.

Por eso, bien claramente entendido, como lo he hecho en toda circunstancia, para nosotros: primero la República Argentina, luego el Continente y después el mundo. En esa posición nos han encontrado y nos encontrarán siempre, porque entendemos que la defensa propia está en nuestras manos; que la defensa, diremos relativa, está en la zona continental que defendemos y en que vivimos, y que la absoluta es un sueño que todavía no ha alcanzado ningún hombre ni nación alguna de la tierra. Vivimos solamente en una seguridad relativa, pensando, señores, en la idea fundamental de llegar a una unión en esta parte del Continente.

Habíamos pensado que la lucha del futuro será económica; la historia nos demuestra que ningún país se ha impuesto en ese campo, ni en ninguna lucha, si no tiene en sí una completa, diremos, unidad económica. Los grandes imperios, las grandes naciones, han llegado desde los comienzos de la historia hasta nuestros días, a las grandes conquistas, a base de una unidad económica. Y yo analizo que si nosotros soñamos con la grandeza –que tenemos obligación de soñar– para nuestro país, debemos analizar primordialmente ese factor en una etapa del mundo en que la economía pasará a primer plano en todas las luchas del futuro.

La República Argentina sola, no tiene unidad económica; Brasil solo, no tiene tampoco unidad económica; Chile solo, tampoco tiene unidad económica; pero estos tres países unidos conforman quizá en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro, porque toda esa inmensa disponibilidad constituye su reserva.

Éstos son países reserva del mundo. Los otros están quizá a no muchos años de la terminación de todos sus recursos energéticos y de materia prima; nosotros poseemos todas las reservas de las cuales todavía no hemos explotado nada.

Esa explotación que han hecho de nosotros, manteniéndonos para consumir lo elaborado por ellos, ahora en el futuro puede

dárseles vuelta, porque en la humanidad y en el mundo hay una justicia que está por sobre todas las demás justicias, y que algún día llega. Y esa justicia se aproxima para nosotros; solamente debemos tener la prudencia y la sabiduría suficientes para prepararnos a que no nos birlen de nuevo la justicia, en el momento mismo en que estamos por percibirla y por disfrutarla.

Esto es lo que ordena, imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y Argentina.

Es indudable que, realizada esta unión, caerán a su órbita los demás países sudamericanos, que no serán favorecidos ni por la formación de un nuevo agrupamiento y probablemente no lo podrán realizar en manera alguna, separados o juntos, sino en pequeñas unidades.

Apreciado esto, señores, yo empecé a trabajar sobre los pueblos. Tampoco olvidé de trabajar a los gobiernos, y durante los siete años del primer gobierno, mientras trabajábamos activamente en los pueblos, preparando la opinión para bien recibir esta acción, conversé con los que iban a ser presidentes, por lo menos, en los dos países que más nos interesaban: Getúlio Vargas y el general Ibáñez.

Getúlio Vargas estuvo total y absolutamente de acuerdo con esta idea, y en realizarla tan pronto él estuviera en el gobierno. Ibáñez me hizo exactamente igual manifestación, y contrajo el compromiso de proceder lo mismo.

Yo no me hacía ilusiones porque ellos hubieran prometido esto, para dar el hecho por cumplido, porque bien sabía que eran hombres que iban al gobierno y no iban a poder hacer lo que quisieran, sino lo que pudieran. Sabía bien que un gran sector de esos pueblos se iba a oponer tenazmente a una realización de este tipo, por cuestiones de intereses personales y negocios, más que por ninguna otra causa.

¡Cómo no se van a oponer los ganaderos chilenos a que nosotros exportemos sin medida ganado argentino! ¡Y cómo no se van a oponer a que solucionemos todos los problemas fronterizos para la internación de ganado, los acopiadores chilenos, cuando una vaca o un novillo, a un metro de la frontera chilena hacia el lado argentino, vale diez mil pesos chilenos, y a un metro hacia Chile de la frontera argentina, vale veinte mil pesos chilenos! Ése que gana los diez mil pesos no va a estar de acuerdo nunca con una unidad de este tipo. Cito este caso grosero para que los señores intuyan toda la gama inmensa de intereses de todo orden que se desgranán en cada una de las cosas que come el pobre “roto” chileno y que producen ellos.

Ese mismo fenómeno sucede con el Brasil. Por esta razón, nunca me hice demasiadas ilusiones sobre las posibilidades de ello; por eso seguimos trabajando por estas uniones, porque ellas deberán venir por los pueblos.

Nosotros tenemos muy triste experiencia de las uniones que han venido por los gobiernos; por lo menos, ninguna en ciento cincuenta años ha podido cristalizar en alguna realidad. Probemos el otro camino que nunca se ha probado para ver si, desde abajo, podemos ir influyendo en forma determinante para que esas uniones se realicen.

Señores: sé también que el Brasil, por ejemplo, tropieza con una gran dificultad: es Itamaraty, que constituye una institución supergubernamental. Itamaraty ha soñado, desde la época de su Emperador hasta nuestros días, con una política que se ha prolongado a través de todos los hombres que han ocupado ese difícil cargo en el Brasil. Ella los había llevado a establecer un arco entre Chile y el Brasil; esa política debe ser vencida con el tiempo y por un buen proceder de parte nuestra.

Debe desmontarse todo el sistema de Itamaraty y deben desaparecer esas excrescencias imperiales que constituyen, más que ninguna otra razón, los principales obstáculos para que el Brasil entre a una, diremos, unión verdadera con la Argentina.

Nosotros con ellos no tenemos ningún problema, como no sea ese sueño de la hegemonía, en el que estamos prontos a decirles: son ustedes más grandes, más lindos y mejores que nosotros; no tenemos ningún inconveniente. Nosotros renunciamos a todo eso, de manera que ese tampoco va a ser un inconveniente. Pero es indudable que nosotros creíamos superado en cierta manera ese problema.

Yo he de contarles a los señores un hecho que pondrá perfectamente en evidencia cómo procedemos nosotros y por qué tenemos la firme convicción de que al final vamos a ganar nosotros, porque procedemos bien. Porque los que proceden mal son los que sucumben víctimas de su propio mal procedimiento: por eso, no emplearemos en ningún caso ni los subterfugios, ni las insidias, ni las combinaciones raras, que emplean algunas cancillerías.

Cuando Vargas subió al gobierno me prometió a mí que nos reuniríamos en Buenos Aires o en Río y haríamos ese tratado que yo firmé con Ibáñez después; el mismo tratado. Ése fue un propósito formal que nos habíamos trazado. Más aun, dijimos: “Vamos a suprimir las fronteras, si es preciso”. Yo “agarraba” cualquier cosa, porque estaba

dentro de la orientación que yo seguía y de lo que yo creía que era necesario y conveniente.

Yo sabía que acá yo lo realizaba, porque cuando yo le dijera a mi Pueblo que quería hacer eso, yo sabía que mi Pueblo querría lo que yo querría en el orden de la política internacional, porque ya aquí existe una conciencia político-internacional en el Pueblo y existe una organización. Además, la gente sabe que, en fin, tantos errores no cometemos, de manera que tiene también un poco de fe en lo que hacemos.

Más tarde Vargas me dijo que era difícil que pudiéramos hacerlo tan pronto, porque él tenía una situación política un poco complicada en las Cámaras y que antes de dominarlas quería hacer una conciliación. Es difícil eso en política; primero hay que dominar y después la conciliación viene sola. Son puntos de vista; son distintas maneras de pensar.

Él siguió un camino distinto y nombró un gabinete de conciliación, vale decir, nombró un gabinete donde por lo menos las tres cuartas partes de los ministros eran enemigos políticos de él y que servirían a sus propios intereses y no a los del gobierno. Claro que él creyó que esto en seis meses le iba a dar la solución; pero cuando pasaron los seis meses el asunto estaba más complicado que antes. Naturalmente, no pudo venir acá; no pudo comprometerse frente a su Parlamento y frente a sus propios ministros a realizar una tarea que implicaba ponerse los pantalones y jugarse una carta decisiva frente a la política internacional mundial, a su pueblo, a su Parlamento y a los intereses que había que vencer.

Naturalmente, yo esperé. En ese ínterin es elegido presidente el general Ibáñez; la situación de él no era mejor que la situación de Vargas, pero en cierta manera llegaba plebiscitado en todo lo que se puede ser plebiscitado en Chile, con elecciones muy sui géneris, porque allá se inscriben los que quieren; y los que no quieren, no; es una cosa muy distinta a la nuestra.

Pero él llega al gobierno naturalmente. Tan pronto llega al gobierno, yo, conforme con lo que habíamos conversado, lo tanteé. Me dice: “De acuerdo; lo hacemos”. ¡Muy bien! El general fue más decidido, porque los generales solemos ser más decididos que los políticos. Pero antes de hacerlo, como yo tenía un compromiso con Vargas, le escribí una carta que le hice llegar por intermedio de su propio embajador, a quien llamé y dije: “Vea, usted tendrá que ir a Río con esta carta y tendrá que explicarle todo esto a su presidente. Hace dos años nosotros nos prometimos realizar este acto. Hace más

de un año y pico que lo estoy esperando, y no puede venir. Yo le pido autorización a él para que me libere de ese compromiso de hacerlo primero con el Brasil y me permita hacerlo primero con Chile. Claro que le pido esto porque creo que estos tres países son los que deben realizar la unión”.

El embajador va allá y vuelve, y me dice, en nombre de su presidente, que no solamente me autoriza a que vaya a Chile, liberándome del compromiso, sino que me da también su representación para que lo haga en nombre de él en Chile. Naturalmente ya sé ahora muchas cosas que antes no sabía; acepté sólo la autorización, pero no la representación.

Fui a Chile, llegué allí y le dije al general Ibáñez: “Vengo aquí con todo listo y traigo la autorización del presidente Vargas, porque yo estaba comprometido a hacer esto primero con él y con el Brasil, de manera que todo sale perfectamente bien y como lo hemos planeado, y quizá al hacerse esto se facilite la acción de Vargas y se vaya arreglando así mejor el asunto”.

Llegamos, hicimos allá con el ministro de Relaciones Exteriores todas esas cosas de las cancillerías, discutimos un poco –poca cosa– y llegamos al acuerdo, no tan amplio como nosotros queríamos, porque la gente tiene miedo en algunas cosas y, es claro, salió un poco retaceado, pero salió. No fue tampoco un parto de los montes, pero costó bastante convencer, persuadir, etcétera.

Y al día siguiente llegan las noticias de Río de Janeiro, donde el ministro de Relaciones Exteriores del Brasil hacía unas declaraciones tremendas contra el Pacto de Santiago: “que estaba en contra de los pactos regionales, que ésa era la destrucción de la unanimidad panamericana”. Imagínense la cara que tendría yo al día siguiente cuando fui y me presenté al presidente Ibáñez. Al darle los buenos días, me preguntó: “¿Qué me dice de los amigos brasileños?”.

Naturalmente que la prensa carioca sobrepasó los límites a que había llegado el propio ministro de Relaciones Exteriores, señor Neves da Fontoura. Claro, yo me callé; no tenía más remedio. Firmé el tratado y me vine aquí. Cuando llegué me encontré con Gerardo Rocha, viejo periodista de gran talento, director de *O Mundo* en Río, muy amigo del presidente Vargas, quien me dijo: “Me manda el presidente Vargas para que le explique lo que ha pasado en el Brasil. Dice que la situación de él es muy difícil; que políticamente no puede dominar; que tiene sequías en el Norte; heladas en el Sur; y a los políticos los tiene levantados; que el comunismo está muy

peligroso; que no ha podido hacer nada, en fin, que lo disculpe, que él no piensa así y que si el ministro ha hecho eso, que él tampoco puede mandar al ministro”.

Yo me he explicado perfectamente bien todo esto; no lo justificaba, pero me lo explicaba por lo menos. Naturalmente, señores, que planteada la situación en estas circunstancias, de una manera tan plañidera y lamentable, no tuve más remedio que decirle que siguiera tranquilo, que yo no me meto en las cosas de él y que hiciera lo que pudiese, pero que siguiera trabajando por esto.

Bien, señores. Yo quería contarles esto, que probablemente no lo conoce nadie más que los ministros y yo; claro está que son todos documentos para la Historia, porque yo no quiero pasar a la Historia como un cretino que ha podido realizar esta unión y no la ha realizado. Por lo menos quiero que la gente piense en el futuro, que si aquí ha habido cretinos, no he sido yo sólo; hay otros cretinos también como yo, y todos juntos iremos en el “baile del cretinismo”.

Pero lo que yo no quería es dejar de afirmar, como lo haré públicamente en alguna circunstancia, que toda la política argentina en el orden internacional ha estado orientada hacia la necesidad de esa unión, para que, cuando llegue el momento en que seamos juzgados por nuestros hombres –frente a los peligros que esta disociación producirá en el futuro–, por lo menos tengamos el justificativo de nuestra propia impotencia para realizarla.

Sin embargo, yo no soy pesimista; yo creo que nuestra orientación, nuestra perseverancia, va todos los días ganando terreno dentro de esta idea, y estoy casi convencido de que un día lo hemos de realizar todo bien y acabadamente, y que tenemos que trabajar incansablemente por realizarlo.

Ya se acabaron las épocas del mundo en que los conflictos eran entre dos países. Ahora los conflictos se han agrandado de tal manera y han adquirido tal naturaleza que hay que prepararse para los “grandes conflictos” y no para los “pequeños conflictos”.

Esta unión, señores, está en plena elaboración; es todo cuanto yo podría decirles a ustedes como definitivo. Estamos trabajándola, y el éxito, señores, ha de producirse; por lo menos, nosotros hemos preparado el éxito, lo estamos realizando, y no tengan la menor duda de que el día que se produzca yo he de saber explotarlo con todas las conveniencias necesarias para nuestro país, porque, de acuerdo con el aforismo napoleónico, el que prepara un éxito y lo conquista, difícilmente no sabe sacarle las ventajas cuando lo ha obtenido.

En esto, señores, estoy absolutamente persuadido de que vamos por buen camino. La contestación del Brasil, buscando desviar su arco de Santiago a Lima, es solamente una contestación ofuscada y desesperada de una Cancillería que no interpreta el momento y que está persistiendo sobre una línea superada por el tiempo y por los acontecimientos; eso no puede tener efectividad.

La lucha por las zonas amazónica y del Plata no tiene ningún valor ni ninguna importancia; son sueños un poco ecuatoriales y nada más. No puede haber en ese sentido ningún factor geopolítico ni de ninguna otra naturaleza que pueda enfrentar a estas dos zonas tan diversas en todos sus factores y en todas sus características.

Aquí hay un problema de unidad que está por sobre todos los demás problemas, y en estas circunstancias, quizá muy determinantes, de haber nosotros solucionado nuestros entredichos con Estados Unidos, tal vez esto favorezca en forma decisiva la posibilidad de una unión continental en esta zona del continente americano.

Señores: como ha respondido el Paraguay, aunque es un pequeño país; como irán respondiendo otros países del Continente, despacito, sin presiones y sin violencias de ninguna naturaleza, así se va configurando ya una suerte de unión. Las uniones deben realizarse por el procedimiento que es común: primeramente hay que conectar algo; después, las demás conexiones se van formando con el tiempo y con los acontecimientos.

Chile, aun a pesar de la lucha que deben sostener allí, ya está unido con la Argentina. El Paraguay se halla en igual situación. Hay otros países que ya están inclinados a realizar lo mismo. Si nosotros conseguimos ir adhiriendo lentamente a otros países, no va a tardar mucho en que el Brasil haga también lo mismo, y ése será el principio del triunfo de nuestra política.

La unión continental a base de Argentina, Brasil y Chile está mucho más próxima de lo que creen muchos argentinos, muchos chilenos y muchos brasileños; en el Brasil hay un sector enorme que trabaja por esto.

Lo único que hay que vencer son intereses; pero, cuando los intereses de los países entran a actuar, los de los hombres deben ser vencidos por aquéllos; ésa es nuestra mayor esperanza. Hasta que esto se produzca, señores, no tenemos otro remedio que esperar y trabajar para que se realice: y ésa es nuestra acción y esa es nuestra orientación. Muchas gracias.

CARTA DEL GENERAL PERÓN A JORGE ABELARDO RAMOS

Madrid, lunes 29 de mayo de 1967

Señor Don Jorge Abelardo Ramos

Estimado Amigo:

A mi regreso de un viaje de “manzanillización” a Sevilla, me encuentro con su carta y los ejemplares No. 3 y 4 de la revista “Izquierda Nacional” que tuvo Usted la amabilidad de enviarme. Le agradezco su recuerdo: he leído con todo interés el material, sin desperdicio, de su contenido que comparto en un todo porque la verdad habla sin artificios. Una izquierda nacional, en la que orgullosamente me cuento, que sale a la palestra con verdades como puños sin preocuparse de que, en nuestros días, lo más peligroso suele ser decir la verdad. Llega poco a poco el día en que todos comenzamos a “hablar el mismo idioma” como iniciación de una unidad y solidaridad que está ya tardando en llegar y que será la única manera de encarar una liberación impostergable.

“La Segunda Revolución Libertadora”, excelente artículo de una verdad aterradora. La tan mentada “Revolución Argentina” es efectivamente la “Segunda Revolución Libertadora” aunque sus consecuencias serán provechosas para nuestro Pueblo. No sé si nosotros habremos sido demasiado buenos pero los que nos han sucedido han sido tan malos que, en último análisis, venimos resultando óptimos. Estos nuevos “salvadores de la Patria” no harán sino confirmar el viejo refrán castellano: “Detrás de mí vendrán los que grande me harán”, lástima grande que sea el Pueblo inocente el que ha de pagar las consecuencias.

Desde la distancia y con la información que poseo puedo apreciar que desde el 28 de junio hasta el relevo de los primeros ministros, la dictadura militar se ha debatido en una lucha sorda dentro de su “gobierno” entre los grupos interesados en copar el poder “detrás del trono” en la que han intervenido desde los grupos nacionalistas clericales hasta los de gorilas contumaces, pasando, como ustedes dicen, por los sectores de una versión inorgánica de los intereses de la burguesía nacional y las exigencias de la oligarquía vacuna. Mientras ello sucedía, la acción monopolista foránea y sus “cipayos” vernáculos, se encargaban de crear en el país un estado económico que obligara a la dictadura a caer en sus manos. El nombramiento de Krieger Vasena, conocido agente de los monopolios, demuestra que esos son los intereses que han vencido. Sus declaraciones iniciales y su acción ulterior están demostrando que no puede quedar lugar a dudas.

Sobre el asunto de mi conferencia reservada del 11 de noviembre de 1953 que aparece publicada en el N° 3 de la revista “Izquierda Nacional” es absolutamente real. Nuestra política internacional estaba orientada hacia una integración geopolítica y hacia una integración histórica. La primera con los siguientes objetivos: suprimir los límites para un mejor aprovechamiento económico y técnico de América Latina; para formar luego un núcleo de países en condiciones de tratar sin desventajas con las grandes potencias (EE.UU. y Rusia); para impedir que nos siguieran dividiendo en provecho de esos intereses; para elevar el “standar” de vida de nuestros habitantes y para echar las bases de los futuros Estados Unidos de Sudamérica. La integración histórica en un “Tercer Mundo” para consolidar nuestras liberaciones por una unidad y solidaridad continental latinoamericana.

Cuando se firmó el tratado de Santiago de Chile, parecía que todos nuestros países lo firmarían y así lo hicieron en su mayoría, hasta que intervinieron fuerzas extracontinentales y “metieron un palo en la rueda” a través de la acción de Brasil y de Perú. Los norteamericanos formaron luego, por manos cipayas, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, con la finalidad de enterrar nuestro intento de integración, lo mismo que hizo Inglaterra cuando se formó la Comunidad Económica Europea.

Ahora son los yanquis los que en Punta del Este propugnan la integración pero esta vez se trata de una “integración sometida” es decir, un estatuto colonial, bajo la presión y al servicio de nuestros “hermanitos del Norte”. Es que la ALALC estaba destinada al mismo fracaso de la Comunidad Europea de Libre Comercio, creada por Inglaterra bajo la dirección norteamericana, que acaba de derrumbarse ante las efectividades económicas del Mercado Común Europeo hasta el extremo de que Inglaterra y sus seis acompañantes, mendigan ahora el permiso para ser admitidos en la Comunidad Económica Europea.

En 1953, pese al cipayismo dominante, estuvimos a un paso de realizarlo. Desde entonces hasta ahora, se ha perdido terreno. Espero que la juventud sudamericana tomará nuestro “testimonio” y lo llevará a su destino. Si no es así, pasarán muy malos ratos.

Con referencia al momento actual argentino, todo parece articularse alrededor de la situación económica y sus consecuencias sociales. El Plan Krieger Vasena se evidencia cada día más como un gran camelo nacional. Los inevitables intereses creados y el temor de la gente impiden que ese plan sea desenmascarado lisa y llanamente, pero por sobre todo el temor que parece haberse apoderado de importantes

sectores de opinión independiente, es un temor sutil e invisible que, en último análisis, no hace más que reflejar la presencia de un formidable aparato de represión que no se muestra desembozadamente pero que realmente existe y actúa en las formas más imprevisibles.

La toma del poder por un sector del mismo sistema —en este caso las fuerzas armadas— al margen del Pueblo en la actualidad cuesta mucha plata. En el pasado, el cambio más o menos violento del poder no alteraba esencialmente el ritmo económico, pero hoy las cosas son muy distintas, máxime si ese golpe, como se ve cada día, se realiza contra el Pueblo. Eso es precisamente lo que estos ingenuos “dictadores de bolsillo” no alcanzan a comprender y se afanan en soluciones que no serán tales mientras tal estado de cosas siga imperando.

De afuera no viene ni vendrá un cobre. El famoso crédito “Stand By” por 400 millones de dólares está destinado pura y exclusivamente para equilibrar, en caso necesario, la balanza de pagos desfavorable, es decir, son dólares para pagar a los acreedores extranjeros, para que éstos no dejen de cobrar, pero no significan ni un centavo de inversión productiva para el país. Esto es elemental, no sólo no se dice sino que, por el contrario, tal operación aparece publicitada como un éxito financiero del gobierno. Es que todo es así: pura simulación, pero si la simulación puede engañar a los tontos, que son muchos, en cambio no arrima soluciones, que es precisamente lo que se necesita.

Frente a lo que se avecina indefectiblemente en los próximos meses, con poco que supiéramos hacer nosotros y, si es posible, el resto de las fuerzas ciudadanas que hayan cedido al temor por la intimidación gorila, todo se pondría en excelentes condiciones. Me temo sin embargo la indecisión que ya se manifiesta en los sectores políticos de radicales que se reducen, como siempre, a lanzar manifiestos intrascendentes e inoperantes o los sectores del socialismo cipayo, lleno de simulaciones inconfesables.

La unión de toda la ciudadanía formando un frente civilista que supiera oponerse al frente militar oligárquico tendría posibilidades insospechables. Ya el 17 de octubre de 1945 demostramos claramente que, si el poder militar es fuerte, es en cambio muy frágil frente a la resistencia inteligente de un Pueblo decidido a proceder con la misma inteligencia, mediante un poder que permanece oculto pero al que todos temen.

Nuestro problema sigue siendo el mismo: una conducción capacitada. Yo he designado para la conducción táctica al compañero Mayor Don Bernardo Alberte. Es como yo, un político aficionado pero

un conductor profesional que domina la teoría, la técnica y la práctica de la conducción. Era uno de los hombres de reserva que tenía el Peronismo y que se lo ha empleado por lo crítico de la situación actual. Yo lo conozco profundamente y sé que posee valores efectivos. Si todos le “ponen el hombro”, estoy absolutamente persuadido de su éxito. El Peronismo me ha pedido siempre que nombre un jefe que sea tal y que me represente: lo he hecho con él. Espero que todos le obedezcan y le ayuden.

Le ruego que haga llegar mis afectuosos saludos a los amigos del Partido Socialista de la Izquierda Nacional con mis mejores deseos por el éxito futuro.

Un gran abrazo. Juan Perón

EL MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO Y LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Cuando se habla de la “Alianza para el Progreso”, lo primero que uno ha de preguntarse es para quién será el progreso porque, en realidad de verdad, la ayuda hasta ahora ha sido aparentemente para nuestros países, en tanto el progreso ha sido sólo para los Estados Unidos de Norteamérica, como ha venido ocurriendo con lo de la “Buena Vecindad” en la que, mientras nosotros hemos debido ser los buenos, ellos han sido los vecinos.

En 1956, los 95 “países pobres”, recibieron en concepto de esta pseudoayuda para su desarrollo una suma aproximada de 6.000 millones de dólares en total. Pero, naturalmente, esta suma no ha sido un donativo, como se pretende hacer aparecer, sino un préstamo con sus correspondientes plazos, amortizaciones y leoninos intereses, aparte de estar sometidos a compras forzadas en el país prestamista.

En realidad, la mayor parte de esta pretendida ayuda se destina a pagar amortizaciones e intereses vencidos de los empréstitos anteriores.

La demostración más clara de lo anterior está en el hecho de que, en 1962, los citados 95 países tenían una deuda exterior de 25.000 millones de dólares, en tanto que en 1966 –cuatro años después– su deuda se ha elevado a los 41.000 millones de la misma moneda. En otras palabras: USA ha hecho una conveniente y segura inversión de sus capitales sobrantes, mientras los “países pobres” están cada día más hipotecados económicamente y más sometidos políticamente: he ahí la ayuda para el progreso.

Y no es cuestión de que esto se me ocurra a mí: lo dicen oficialmente los propios norteamericanos en su *The American Political Science Review*, de junio de 1962, página 309: “La ayuda a otros países

no puede considerarse justificada si se la considera como una medida aislada. La ayuda estará solamente justificada si pasa a formar parte de las medidas políticas del país suministrador, ligadas a la situación política en el país beneficiario, y tendientes a ejercer determinada influencia en esta situación. En este sentido, la ayuda a otros países no se diferencia en nada de las medidas diplomáticas, militares o de propaganda. Todos estos medios son un arma política de la Nación”.

Si analizamos detenidamente la existencia de organizaciones internacionales americanas, en las que se trate el llamado “panamericanismo”, se podrá observar con claridad la tendencia norteamericana hacia la formación de un bloque continental en el que el imperialismo lleva la voz cantante para poner en ejecución las anteriores afirmaciones en lo político, como la dominación en lo económico, mediante un sistema aparentemente dirigido a una confraternidad inexistente.

A continuación mencionamos las distintas organizaciones con sus fines aparentes, para luego poder mencionar los designios reales.

La Organización de los Estados Americanos (OEA)

Todos los esfuerzos de los Estados Unidos han estado dirigidos siempre a afirmar la doctrina de Monroe –América para los americanos– y las organizaciones que ha promovido sin solución de continuidad llevan en germen esa finalidad. Sin embargo, frente a la inclinación natural de Hispanoamérica, no ha tenido más remedio que proceder lentamente y por etapas sucesivas. Veamos sintéticamente la cronología del desarrollo de tales actividades bajo la inspiración yanqui:

1889-1890: Reunión del “Congreso Panamericano” (I Conferencia), reunida en Washington y a la que asisten todos los Estados americanos, convocados por los Estados Unidos. Objeto: activar las relaciones amistosas entre los Estados a través de las relaciones comerciales. Se crean la “Unión Internacional de Repúblicas Americanas” y la “Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas”, ambas con sede en Washington, esta última fue el origen de la “Unión Panamericana” (1910).

1901-1902: II Conferencia en México con asistencia de todos los Estados americanos. Se tratan asuntos comerciales.

1906: III Conferencia, en Río de Janeiro, con asistencia de la representación de 17 de los Estados americanos. Se aprueban resoluciones sobre codificación de derecho internacional.

1910: IV Conferencia, en Buenos Aires, con asistencia de todos los Estados, excepto Bolivia, se otorga carácter de organismo permanente a la “Unión de las Repúblicas Americanas”, cuyo órgano ejecutivo es la “Unión Panamericana”.

1923: V Conferencia, en Santiago de Chile, con asistencia de todos los Estados, excepto México, Bolivia y Perú. Se aprueba el “Tratado Gondra”, que crea una “Comisión Investigadora” para conflictos bélicos entre los Estados americanos.

1928: VI Conferencia, en La Habana, con asistencia de todos los Estados, se aprueban soluciones sobre Derecho Internacional Público y Privado. Se promueve un debate de carácter político provocado por la intromisión norteamericana en ciertos países iberoamericanos. La cuestión de “no intervención” fue aplazada por presión norteamericana a la siguiente conferencia.

1933: VII Conferencia, en Montevideo, con asistencia de todos los Estados, menos Costa Rica. Se aprueba la cláusula de “No Intervención” con ciertas reservas impuestas por los Estados Unidos. Ante la grave situación europea se convoca a una Conferencia Extraordinaria (diciembre de 1936). Se aprueba la aceptación sin reservas de la “Doctrina de no intervención”. Se acuerda establecer un frente común para el mantenimiento de la paz en el continente.

1938: VIII Conferencia, en Lima, concurren todos los Estados y se acuerda ratificar el principio de solidaridad americana y la “Doctrina de no intervención”. Se conviene la consulta para la acción común en caso de amenaza común. Entre 1939 y 1942 se realizan tres Reuniones de Cancilleres, la “Conferencia Interamericana” sobre problemas de la guerra y de la paz (México, 1945) y la “Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Seguridad y la Paz Continental” (Río de Janeiro, 1947).

1948: IX Conferencia, en Bogotá, con asistencia de todos los Estados. Se crea el sistema regional actual en el que se estructuran los distintos países de la OEA como un bloque de naciones independientes dentro de las Naciones Unidas. Se aprueba la “Carta de Organización de los Estados Americanos” y el “Pacto de Bogotá” sobre solución pacífica de los conflictos.

1954: X Conferencia, en Caracas, con asistencia de todos los Estados, excepto Costa Rica. Se firma la “Declaración de Caracas” en la que reafirman los principios de la “Carta de la OEA”. Se aprueba una propuesta de Foster Dulles de condena al comunismo, se estudian

los problemas económicos de posguerra y se firman acuerdos sobre asilo territorial y diplomático.

1959: Funcionando desde la “Declaración de Caracas” (1954) en conferencias regulares de la OEA, el organismo correspondiente toma las decisiones. Así, en 1959, se aprueba el acta de creación del Banco Interamericano de Desarrollo.

1960: Se imponen sanciones económicas a la República Dominicana; se firma el “Acta de Bogotá” sobre ayuda multilateral; se establece el “Comité de Coordinación de las Actividades de la OEA”.

1961: Se crea en Punta del Este la “Alianza para el Progreso”.

1962: Se expulsa a Cuba de la OEA.

1964: Se reintegra Bolivia a la OEA.

1965: Se aprueba la creación de un Comando Interamericano.

1966: Estados Unidos presenta un proyecto de reforma de la OEA que incluirá una Asamblea General anual y tres consejos.

1967: En Buenos Aires, Conferencia de Cancilleres, en la que se propone la reforma de la “Carta de la OEA” prevista en la Conferencia de 1965 en Río de Janeiro. Del 12 al 14 de abril se reúnen en Punta del Este los jefes de Estado que convienen la realización de un programa que haga posible la “Integración Económica de las Américas” con el voto en contra del Ecuador, asunto que trataremos en el acápite siguiente de este capítulo.

Otras organizaciones americanas colaterales de la OEA

“Organización de los Estados Centroamericanos” (ODECA), fundada en virtud de la “Carta de San Salvador”, como consecuencia de los acuerdos adoptados por los ministros de Relaciones Exteriores de Guatemala, Nicaragua y Costa Rica, el 14 de octubre de 1951. Organismo compuesto de un “Consejo Supremo”, integrado por los presidentes de los cinco Estados; un “Consejo de Defensa”, formado por los ministros del ramo; un “Consejo Legislativo”, tres diputados por cada país, para unificar leyes centroamericanas; un “Consejo Económico”, que regula el Mercado Común Centroamericano; la “Carta de Justicia Centroamericana”; un Consejo Cultural y Educativo; y la “Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores” que se celebra cada dos años si no se la convoca extraordinariamente a solicitud de tres de los miembros.

“Alianza para el Progreso”. Sede Washington, creada en Punta del Este el 17 de agosto de 1961 a propuesta del presidente Kennedy, fue

suscripta por todos los Estados americanos, excepto Cuba. Sus fines son establecer un programa de cooperación y ayuda para resolver los problemas económicos y sociales de los países latinoamericanos; elevar la renta individual en todos ellos durante los diez años de duración del programa; y perfeccionar y reforzar las instituciones democráticas.

“Asociación Latinoamericana de Libre Comercio” (ALALC), fundada en Montevideo, el 18 de febrero de 1960, con una vigencia de doce años para la “zona de libre comercio”. Sus fines son: establecer una Zona de Libre Comercio mediante la restricción gradual (8% anual) de los derechos de importación de un 75% de los artículos objeto de su comercio, hasta la desaparición de los aranceles en el plazo previsto de 12 años. Con ello se piensa llegar al Mercado Común Latinoamericano.

“Asociación Económica Centroamericana” (AECA). Creada en febrero de 1960 por El Salvador, Guatemala y Honduras. Se extiende luego a Nicaragua. Tratado por veinte años. Fines: crear un Mercado Común Centroamericano, mediante la reducción progresiva de tarifas.

“Tratado General de Integración Económica Centroamericana”, firmado el 13 de diciembre de 1960 en Managua. Es la consecuencia lógica de la existencia del Mercado Común antes mencionado.

“Banco Interamericano de Desarrollo” (BID), fundado el 8 de abril de 1959.

“Banco Centroamericano de Fomento” (BCAF), fundado el 13 de diciembre de 1960.

“Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina” (CEPAL), fundada en marzo de 1948 en Santiago de Chile.

“Consejo Interamericano Económico y Social” (CIES), establecido en la Conferencia de Bogotá (1949), constituye uno de los organismos permanentes de la OEA. Se reúne en Washington.

“Consejo Interamericano de Jurisconsultos” (CIJ), fundado en 1939, sede Río de Janeiro. Fines: servir de cuerpo consultivo en asuntos jurídicos y promover el desarrollo de la codificación del derecho internacional público.

“Oficina Interamericana de Defensa” (OID), con sede en Washington y dependiente de la OEA, tiene a su cargo el estudio de las medidas de coordinación de la defensa continental.

“Tratado de Río de Janeiro”, firmado el 2 de setiembre de 1947, por los miembros de la OEA. Fines: asegurar la defensa del hemisferio occidental.

“Asociación Interamericana de Educación” (AIDE), creada en 1962 con carácter independiente de los gobiernos. Fines: fomentar el conocimiento mutuo de los problemas culturales y educativos.

“Mercado Común Latinoamericano”, creado en la última reunión de Presidentes en Punta del Este y que trataré a continuación.

Todo este proceso organizativo, que lleva setenta y ocho años de desarrollo y que comienza con el “Congreso Panamericano”, para alcanzar en 1910 la “Unión Panamericana”, no ha servido sino “para arrimar el ascua a la sardina” del imperialismo durante todo ese tiempo. Como se podrá observar, comenzamos por un inocente propósito “de activar las relaciones amistosas entre los Estados, a través de las relaciones comerciales”, pero pasando por la formación de un bloque de naciones dentro de la ONU, en la IX Conferencia, llegamos a la aplicación de sanciones a algunos países y a la expulsión de otros, como a la formación de un “Comando Interamericano” y el intento de la formación de un mercado común, prácticamente manejado por los Estados Unidos.

Todos estos instrumentos internacionales, que prácticamente nos ligan al imperialismo, nos complican determinadamente en problemas en los que nuestros países nada tienen que ver y que emergen de la actitud y conducta que sigue el país monitor. Y si consideramos que, aparte de ello, la intervención solapada de los Estados Unidos de Norteamérica en los asuntos internos de nuestros países es la principal causa de la perturbación crónica que sufren, se podrá formar una opinión clara de la finalidad oculta de tantos organismos y conferencias.

El caso de la República Argentina es una elocuente demostración de las anteriores afirmaciones: como el Gobierno Justicialista no le hizo el juego al de los Estados Unidos y, al contrario, se opuso a sus intentos de penetración y dominio, ese país se convirtió en el centro de conspiración; y su gobierno y distintas autoridades, en colaboradores directos de los que atentaron permanentemente contra el gobierno legal y constitucional de la República Argentina. Todas, o casi todas, las organizaciones que hemos mencionado como participantes del sistema interamericano fueron, a su vez, elementos obedientes a las insinuaciones y opresiones en contra de nuestro país.

La existencia de “gobiernos latinoamericanos” dócilmente obedientes a los mandatos imperialistas han ido disminuyendo, y la consecuencia ha sido su reemplazo por dictaduras militares que responden al “Pentágono” o al State Department, como consecuencia

de que han sido promovidos desde allí y tienen el correspondiente “OK” del imperialismo. Esos militares, que tan ignominiosamente se han sometido, han transformado a las fuerzas armadas en tropas de ocupación de sus propias patrias y convertido al país en un triste satélite del imperialismo, además de estar entregando sus fuentes de riqueza a la expansión y penetración del mismo. Esa es una verdad que ya no se discute en nuestros países.

Frente a conductas semejantes, podemos observar de parte del imperialismo, más que una perseverancia, una verdadera contumacia tendiente a una dominación efectiva de nuestro continente, impidiendo toda relación extracontinental que presuponga un factor coadyuvante a la liberación de nuestros países.

El caso reciente de Cuba, desde su punto de vista, ha de haber sido una comprobación de cuanto vienen sosteniendo. Esta ha sido también una explicación clara y elocuente de por qué el imperialismo ha sido un enemigo permanente del hispanoamericanismo por un acercamiento real y efectivo de nuestros países con la Madre Patria, que comenzó hace un siglo y medio, mediante la “Leyenda Negra”, creada y desarrollada por el anglosajonismo para cortar todo posible acuerdo que pudiera oponerse a sus designios colonialistas.

En eso han sido congruentes. La formulación de la ya famosa “Doctrina de Monroe” en 1823, el 2 de diciembre, con motivo de sus acuerdos con Rusia, declara: “En las discusiones a que han dado lugar esos intereses y en los arreglos que podrán darle término, se ha juzgado propia la ocasión de afirmar como principio, en el que están envueltos los derechos e intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han asumido y conservado, no pueden considerarse sujetos a futura colonización por ninguna potencia europea... Corresponde a nuestra franqueza y a las relaciones amistosas que existen entre aquellas potencias, declarar que consideramos peligrosa para nuestra paz y seguridad toda tentativa de ellas para extender su sistema a una porción cualquiera de este hemisferio”.

Pero es interesante que, 142 años después, la Cámara de Representantes fija la “Doctrina Johnson” que completa la declaración de Monroe: “Cualquier dominación subversiva o la amenaza de la misma, viola los principios de la Doctrina de Monroe y la seguridad colectiva, según se define en las actas y resoluciones hasta ahora aprobadas por las repúblicas americanas, y en cualquiera de estas situaciones, cualquiera de las partes contratantes del Tratado

Interamericano de Ayuda Recíproca puede, en el ejercicio de la defensa propia o colectiva, que pudiera llegar al uso de la fuerza armada, y de acuerdo con las declaraciones y principios antes citados, tomar medidas para sofocar o combatir la intervención, la dominación, el control y la colonización en cualquier forma, por las fuerzas subversivas conocidas como comunismo y sus agentes en el hemisferio occidental”.

Como puede verse, esta última declaración, que ha sido débilmente protestada por algún país que más que nada quiso “salvar la cara”, ha dejado en pie la posibilidad de la intervención yanqui, incluso por medio de la fuerza armada, sin necesidad de consulta previa con los propios países damnificados. Si se pretendiera algo más monstruoso, en orden al respeto de la soberanía de los países, no creo que pudiera encontrarse. Todo ello ha sido posible mediante sucesivos acuerdos insidiosamente aprobados en las conferencias de los representantes del imperialismo con los agentes cipayos que le sirven en los distintos países. Por eso, cuando existe una Organización de los Estados Americanos (OEA), en la que tales aberraciones pueden producirse, no se puede sino pensar en la necesidad de provocar, por el medio que sea, los remedios heroicos que corresponden.

Hace poco tiempo, se ha editado en Montevideo –ediciones Tauro– un libro extraordinario del escritor Don Pablo Franco, *La influencia de los Estados Unidos en América Latina*, donde se pueden encontrar conceptos justos sobre este tema que actualmente inquieta a todos los Centro y Sur Americanos. Son los escritores jóvenes que honran las letras argentinas no sólo por lo que dicen, sino también por lo que sienten. El que se interese por este tema, no encontrará nada mejor.

EVOLUCIÓN E INTEGRACIÓN

Hace más de veinte años, el Justicialismo ponía en marcha en la Argentina tres acciones que eran, en realidad, parte del contenido ideológico y doctrinario que le daba forma: la evolución hacia nuevas estructuras, la integración geopolítica y la integración histórica.

Sobre la evolución, los argentinos tienen fehacientes comprobaciones, no sólo por el bien que entonces acarrearon a la comunidad, sino también por el desastre que provocaron en el país los que se animaron a destruir nuestro orden. Pero, por si ello fuera poco,

una rápida observación de lo que está pasando en el mundo actual nos presentará a los justicialistas como precursores de lo que está siendo un socialismo nacional cristiano que terminará con las viejas estructuras políticas, económicas y sociales en todos los continentes. La Iglesia, generalmente tan conservadora, en sucesivas encíclicas ha tratado de ponerse al día en esta evolución que nosotros, los justicialistas, concebimos y ejecutamos hace ya más de veinte años.

En lo referente a la integración geopolítica, que en el mundo moderno ha pasado a ser una palabra de orden en el despertar de los continentes, también hemos sido precursores, porque la primera comunidad económica que lleva a la formación del Mercado Común Europeo, con miras a los Estados Unidos de Europa, comienza en 1958 con el Tratado de Roma, en tanto nosotros ya en 1949 realizábamos en Chile las primeras gestiones hacia un tratado de complementación económica con miras a una comunidad económica latinoamericana, con los mismos objetivos. A este tratado se adhirieron la mayor parte de los países, hasta que el imperialismo, que no desea nuestra integración, utilizando a los “cipayos” de adentro y a sus satélites de afuera, trató de dejarlo sin efecto y anular su resurgimiento con la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) que ni permite la unificación ni puede asegurar el libre comercio que, en un mundo organizado en mercados comunes, es algo que no tiene razón de ser.

En la integración histórica, también fuimos precursores: en 1946 lanzábamos desde Buenos Aires nuestra “Tercera Posición”, que cayó aparentemente en el vacío. Pero han pasado veinte años y hoy, las dos terceras partes del mundo puján por colocarse en ella, y ha surgido el “Tercer Mundo” que agita ya a los cinco continentes. Ello es lógico, por tratarse de una guerra de liberación; sin embargo, y a pesar de la presión imperialista, al Este o al Oeste de la famosa cortina se sigue luchando activamente por una integración indispensable, no para liberarse, sino para consolidar esa liberación.

El ejemplo lo tenemos en la Argentina que, durante los diez años de Gobierno Justicialista, fue libre y soberana, pero la coalición de la sinarquía internacional con los “cipayos” vernáculos la aplastaron, lo que demuestra que un país se puede liberar aisladamente, pero esa liberación no se podrá consolidar a menos que nos integremos en ese “Tercer Mundo”.

Los justicialistas hemos pagado, tanto en la evolución como en las integraciones geopolítica e histórica, el precio que siempre pagan

los precursores, pero nuestra ideología y nuestra doctrina están en pie, cada día con mayor vigencia, mientras surge una “Revolución Argentina” que cabestrea mansamente al imperialismo que se está combatiendo en todas partes, como se lo ha hecho por todos los pueblos y a lo largo de todos los tiempos, desde los fenicios hasta nuestros días.

Si algo doctrinario se busca mencionar en el peronismo, todo nace en estas tres grandes líneas inspiradoras de cuanto hemos tratado de hacer en el campo efectivo de las reformas integrales, que hoy no obedecen a las premisas trasnochadas de algunos ideólogos pasados de moda, sino a las realidades que la vida moderna nos presenta todos los días como imperativos insoslayables.

Como la experiencia es la parte más efectiva de la sabiduría, antes de entrar a tratar el tema del Mercado Común Latinoamericano, he querido mencionar nuestra experiencia al respecto que, para que sea más elocuente, he tratado de presentarla ligada a los fenómenos que le son colaterales. Nada más lejos de nuestra intención que hacer propaganda barata a nuestro sistema ni a nuestra ideología que, creados para la Argentina, obedecen a sus necesidades y a las condiciones originales de su vida y desenvolvimiento.

En 1950, cuando el Justicialismo estaba en auge en la Argentina, fuimos invitados por algunos simpatizantes de diversos países latinoamericanos para realizar una “Internacional Justicialista” con la idea de extender nuestra ideología hacia otros países del continente.

Nuestra respuesta fue negativa, porque consideramos entonces inapropiado que una doctrina nacionalista se transformara en ideario internacional. Seguimos pensando lo mismo, pero ofrecemos a los hermanos de América del Sur nuestra experiencia, nuestras ideas, por si, de alguna manera, pudieran serles útiles en sus casos y situaciones particulares. Eso es todo.

LA IDEA DE UNA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA

La idea de una Comunidad Hispanoamericana nace con la independencia de nuestros países. Primero desde Chile y Perú, luego, por inspiración de Bolívar, llegan los primeros intentos que siempre fracasan por diversas circunstancias. La oposición, preciso es confesarlo, está preponderantemente en Buenos Aires, que mantenía, por diversas razones, un criterio un tanto aislacionista. No fueron más

afortunados los tres congresos realizados en México con la misma intención, como tampoco el tratado de unión firmado por Colombia y Perú, abierto a la firma de los demás países del continente, que afirmaba: “Todos los Estados de la antigua Hispanoamérica, unidos, fuertes y poderosos, apoyando juntos la causa de la independencia”.

No podemos afirmar que existieran entonces interferencias concretas extracontinentales, pero la afirmación de Bolívar es realmente sugestiva: “Parece como si la propia Providencia hubiese destinado a los Estados Unidos para, en nombre de la propia libertad, cubrir América con las lacras de la miseria”. Mucho más explícito resulta el libro de Z. Romanova, *La Expansión Económica de Estados Unidos en América Latina* que, refiriéndose al mismo tema, expresa: “Al analizar la expansión económica de los EE.UU. en América Latina, hay que detenerse especialmente en el examen del Mercado Común en América Latina. El imperialismo yanqui no sólo ha deformado la estructura económica de los países latinoamericanos, sino que ha aislado a estos países. El principio de ‘dividir para reinar’ ha sido uno de los predilectos en el arsenal de recursos colonialistas del imperialismo yanqui. Es el que mejor ha ayudado a los monopolios estadounidenses para apoderarse de las riquezas naturales de las naciones latinoamericanas y a supeditarlas a su economía”.

Los hechos parecen confirmar en parte estas afirmaciones: ya en 1820 se intenta constituir una “alianza comercial general” auspiciada por los Estados Unidos en la que lleva la voz cantante el secretario de Estado, Henry Clay, con la afirmación: “Podemos crear un sistema del cual seremos centro y en el cual toda la América del Sud actuará con nosotros. Con respecto al comercio seremos los más beneficiados: este país se convertirá en el depósito del comercio del mundo” (Rodney Arismendi, *Para un prontuario del dólar*).

Otros numerosos intentos de crear “alianzas comerciales” se suceden en los años siguientes, que confirman la intención de los Estados Unidos de satisfacer el anhelo latinoamericano de su integración a base de una unidad comercial dependiente del Gran País del Norte. Así, en 1861, se trata de agrupar a los países del Caribe; en 1889, se lo trata de hacer por la “Unión Arancelaria Continental” en la primera Conferencia Panamericana de ese año, en la cual está patente la intención de desplazar a Europa para que los Estados Unidos sean el único proveedor de Latinoamérica. Los esfuerzos del entonces secretario de Estado de la Unión, James Blaine, fracasaron ante la firme decisión de los Estados latinoamericanos.

Así entramos en el siglo XX; bajo el signo de la famosa “Doctrina Monroe” se intenta permanentemente, siempre con los mismos resultados, la integración americana, en la que Latinoamérica sería el caballo y USA el jinete. Ello es precisamente lo que ha impedido la realización de toda integración continental. La existencia de la “Organización de los Estados Americanos” ha sido una permanente campaña por los viejos designios, si bien con resultados bastante limitados en lo que a integración se refiere, porque todos los países de la América Trigueña han tratado de evitar, de una manera u otra, la absorción del Norte.

Durante la Primera y Segunda guerras mundiales se acentuaron los intentos de uniones económicas. Así, en 1939 se constituye el Consejo Interamericano Económico y Financiero; y, terminada la Segunda Guerra Mundial, en 1948, en la primera sesión de la Comisión Económica de la ONU para América Latina, se tratan los problemas comerciales de Latinoamérica; y en la CEPAL, en 1949, se trata la creación de un sistema de *clearing* interamericano, a lo que se opuso EE.UU.

En estas circunstancias, el gobierno argentino promueve la integración latinoamericana mediante el Tratado de Complementación Económica firmado en Santiago de Chile, entre este país y la Argentina, pero que quedó abierto a la adhesión de los demás países con la finalidad de intentar una comunidad económica sudamericana. A este tratado se adhirieron sucesivamente Bolivia, Paraguay, Ecuador, Colombia y Venezuela. Se estaba en los trabajos de extender la firma a los demás países, dentro de los cuales, ya sea por influencia ajena o por suspicacias propias, existían dificultades notorias.

En ese Tratado de Complementación Económica se perseguía inicialmente interesar a los países hermanos del continente en una acción económica común de mutua defensa, como punto de partida para una integración ulterior de mayores alcances, con los siguientes objetivos:

- Crear, gracias a un mercado ampliado, sin fronteras, las condiciones más favorables para la utilización del progreso técnico y la expansión económica;
- Para evitar divisiones que pudieran ser utilizadas para explotarnos aisladamente;
- Para mejorar el nivel de vida de nuestros doscientos millones de habitantes;

- Para dar a Latinoamérica, frente al dinamismo de los “grandes” y el despertar de los continentes, el puesto que debe corresponderle en los asuntos mundiales;
- Para crear las bases de los futuros Estados Unidos de Sudamérica.

La impresión que personalmente tuve cuando observamos que el asunto no progresaba, es que alguien de afuera “nos había metido un palo en la rueda”, porque la oposición venía especialmente de algunos países considerados entonces en poder de “Gobiernos Cipayos”. Sin embargo, para esa misma época, el problema del Mercado Común de los países latinoamericanos cobra inusitada preocupación a través de la cual se llega a la primera intentona de la sesión de la CEPAL, en 1956. Es allí donde se designaron dos comisiones de expertos para elaborar un tratado del Mercado Común y estudiar un convenio multilateral de pagos. Este intento, que resultó un verdadero “Parto de los Montes”, dio por resultado la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC).

De esa manera, bajo la dependencia virtual de los Estados Unidos, con sus agentes pagos que hacen como “economistas”, comenzaría a funcionar este engendro de integración que suprimiría las tarifas aduaneras en el comercio recíproco, reanimaría el comercio interamericano y el robustecimiento industrial. Da la casualidad que, casi simultáneamente en Europa, frente a la creación de la Comunidad Económica Europea que había de conducir al Mercado Común Europeo de los seis (Francia, Alemania, Holanda, Italia, Bélgica y Luxemburgo), nacía también, propiciada por Inglaterra, la Asociación Europea de Libre Comercio, “de los siete”, cuya finalidad estaba claramente dirigida a destruir la anterior, aunque pasado el tiempo y ante el fracaso total de la segunda, hemos visto deambular al primer ministro inglés por las cancillerías de los seis, pidiendo ser admitido en el Mercado Común, como también ha ocurrido a los demás miembros de la Asociación Europea de Libre Comercio.

A la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio le está pasando lo mismo que a su similar europea y, ante tal amenaza a “curarse en salud”, por iniciativa de los Estados Unidos en Punta del Este, creando el Mercado Común Latinoamericano. Si esto no es en realidad una maniobra que intenta reeditar los pensamientos abrigados desde 1820, que hemos mencionado, parecería serlo. La Conferencia de Punta del Este, según lo trascendido, ha puesto el tono en la necesidad de organizar una comunidad económica que

podiera ser el camino hacia una integración geopolítica que, en el mundo moderno, ha pasado a ser una necesidad, que ha de realizarse en las comunidades continentales en procura de una integración política.

Como siempre, Europa nos ha dado el ejemplo organizando, a través del Tratado de Roma de 1958, la Comunidad Económica Europea que dio origen al Mercado Común Europeo, mediante el cual se está consolidando una unidad geopolítica que llevará indefectiblemente a los Estados Unidos de Europa.

MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO

Según todo parece indicarlo, la Reunión de Jefes de Estado Americanos en Punta del Este ha sido auspiciada por la “Alianza para el Progreso”, que se ha encargado de toda la publicidad antes, durante y después de la Conferencia, lo que si no justifica, por lo menos explica, la presencia del presidente de los Estados Unidos en una reunión que sólo podía concernir a los países latinoamericanos.

En este concepto, y según rige el texto de las declaraciones, este proyecto de Mercado Común es auspiciado por todos los presidentes de América (no de Latinoamérica) y supervisado por la Organización de los Estados Americanos (OEA) y, en consecuencia, en síntesis, contiene:

Declaración de los presidentes de América

“Los presidentes de los Estados Americanos y el primer ministro de Trinidad y Tobago, reunidos en Punta del Este;

“Resueltos a dar una expresión dinámica y concreta a los ideales de la unidad latinoamericana y de la solidaridad de los pueblos americanos, que inspiraron a los creadores de nuestras patrias;

“Decididos a convertir este propósito en una realidad de nuestra propia generación, de conformidad con las aspiraciones económicas, sociales y culturales de nuestros pueblos;

“Inspirados en los principios fundamentales del sistema interamericano, especialmente los contenidos en la Carta de Punta del Este, en el Acta económico-social de Río de Janeiro y en el Protocolo de Buenos Aires de reforma a la Carta de la Organización de los Estados Americanos;

“Conscientes de que la consecución de los objetivos nacionales y regionales del desarrollo se funda esencialmente en el esfuerzo propio;

“Convencidos, sin embargo, de que para alcanzar tales fines se requiere la colaboración decidida de todas nuestras naciones, el aporte complementario de la ayuda mutua y la ampliación de la cooperación externa;

“Empeñados en dar un vigoroso impulso a la Alianza para el Progreso y acentuar su carácter multilateral con el fin de promover el desarrollo armónico de la región a un ritmo más acelerado que el registrado hasta el presente;

“Reunidos en el propósito de robustecer las instituciones democráticas, de elevar el nivel de vida de nuestros pueblos y asegurar su progresiva participación en el proceso de desarrollo, creando para esos efectos las condiciones adecuadas, tanto en el plano político, económico y social como en el sindical;

“Dispuestos a mantener una armonía de confraternidad americana en la cual la igualdad racial debe ser efectiva:

“Proclaman:

“La América Latina creará un Mercado Común.

“Construiremos las bases materiales de la integración económica latinoamericana mediante proyectos multinacionales.

“Aunaremos nuestros esfuerzos para acrecentar, sustancialmente, los ingresos provenientes del comercio exterior de América Latina.

“Modernizaremos las condiciones de vida de nuestra población rural, elevaremos la productividad agropecuaria en general y aumentaremos la producción de alimentos, tanto para beneficio de América Latina como del resto del mundo.

“Impulsaremos decididamente la educación en función de desarrollo.

“Pondremos la ciencia y la tecnología al servicio de nuestros pueblos.

“Incrementaremos los programas de mejoramiento de la salud de los pueblos americanos.

“América Latina eliminará gastos militares innecesarios.”

Todo esto va precedido por una Declaración del presidente de los Estados Unidos que, por su parte, declara su firme apoyo a esa prometedora iniciativa latinoamericana.

De acuerdo con ello, los presidentes latinoamericanos acuerdan crear, en forma progresiva a partir de 1970, el Mercado Común Latinoamericano, que deberá estar sustancialmente en funcionamiento en un plazo no mayor de quince años.

El Mercado Común Latinoamericano se basará en el perfeccionamiento de los dos sistemas de integración existentes: la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y el Mercado Común Centroamericano (MCCA).

Todo este proceso responderá también a lo ya preestablecido en las “Medidas Comunes a los Países Miembros de la Organización de los Estados Americanos (OEA)”, para lo que la “Alianza para el Progreso” otorgará las “ayudas” de acuerdo con lo dispuesto en la “Carta de Punta de Este”.

LA SIMULACIÓN Y LA REALIDAD

En otras palabras, un nuevo sofá-cama en el que se dormirá mal y se sentará peor. Si la verdadera intención de los Estados Unidos es la manifestada por su presidente, que “declara su firme apoyo a esa prometedora iniciativa latinoamericana”, ¿por qué no comienza ya con el apoyo definitivo y efectivo, prescindiendo meterse en un asunto que no le concierne?

O se hace el Mercado Común Americano, en cuyo caso los Estados Unidos con todo derecho pueden intervenir, después de ponerse en las mismas condiciones de sus asociados o, de lo contrario, deja tranquilos a los países latinoamericanos para que, por sí, formen una comunidad económica que dé nacimiento, después de resolver los numerosos problemas emergentes de esa integración, a un mercado común latinoamericano, desligado de compromisos que nada tienen que ver en la integración que se persigue.

Una de las circunstancias más curiosas que se han presentado en esta “Reunión” a la que concurriría, según se dijo, Estados Unidos para ofrecer su ayuda, fue el hecho de que muy pocos días antes del viaje del presidente Johnson a Punta del Este, el Senado de la Unión le cerraba toda posibilidad de dar u ofrecer una ayuda económica a los países latinoamericanos. Pocos han sido los que no han sospechado que esta negativa estaba precisamente inspirada en la propia voluntad del señor Johnson.

Una comunidad económica latinoamericana que tienda a la formación de un mercado común, tropezará con graves problemas que ha de resolver para poner de acuerdo a los diversos países, sin lesionar a ninguno de sus intereses y favorecer a todos económicamente, como ha sucedido en el mejor ejemplo que tenemos: el Mercado Común Europeo. Por eso, es previo a toda idea de formación de un mercado común, la constitución de una comunidad económica que estudie y resuelva todas las situaciones antagónicas que se opongan al bien general, porque, de otra manera, nada permanente puede obtenerse en este orden de ideas. La comunidad económica es el medio, el mercado común es su consecuencia.

Si la intención de los jefes de Estados Americanos ha sido sólo la formación de un mercado común, con lo que se ha hecho sólo demuestran el poco alcance que se ha tenido al plantearlo, porque los tiempos que corren van mucho más lejos que una simple combinación mercantil que, por las formas empleadas, será, en la mayor parte de los casos, intrascendente e inoperante. Cuando, obedeciendo a los imperativos de la evolución de la humanidad, despiertan los continentes y vemos a Europa, Asia, África, unirse firmemente, nosotros, los latinoamericanos, no podemos contemplar sin dolor el espectáculo de Punta del Este, donde dieciocho presidentes hispanoamericanos se reúnen de la mano del de los Estados Unidos para establecer una asociación ambigua y limitada, sin otro alcance que obtener una ayuda que les obligará a someterse.

Por eso, este “Mercado Común Latinoamericano” nace con su cordón umbilical que lo somete a la Organización de los Estados Americanos, a sus diversas y sospechosas convenciones, a la ayuda para el progreso y, por ende, a los Estados Unidos de Norteamérica. Todas estas esperanzas de ayuda parece convertirles en mendicantes incapaces de labrar su propio destino, sin la independencia ni la soberanía, que son los atributos de la verdadera grandeza de los pueblos que, como los hombres, son grandes por su dignidad y no por su riqueza.

La Comunidad Latinoamericana y su Mercado Común sólo podrán alcanzar el destino que les concierne si son capaces de constituir una integración real, que no sólo piense en el futuro, sino que también anhele realizarlo. Para ello será preciso que comience a hacer su propia historia, como lo soñaron nuestros libertadores y no como pretenden hacerlo nuestros mercaderes. El materialismo cartaginés que se infiere de todo lo actuado en Punta del Este, descubre eloquentemente el sello de una mediocridad inocultable.

Si una Comunidad Latinoamericana aspira a realizar su destino histórico no puede terminar en una integración económica, es preciso que, además, piense en el mundo que la circunda para evitar divisiones que los demás pueden utilizar para explotar a sus pueblos; elevando el nivel de vida de sus doscientos millones de habitantes, para dar a Latinoamérica, frente al dinamismo de los “grandes” y al despertar de los continentes, el puesto que le corresponde en los asuntos mundiales y para ir pensando ya en su integración política futura, si no quieren sucumbir a la prepotencia de los poderosos.

El año dos mil nos encontrará unidos o dominados, la mayor lucha de este mundo superpoblado y superindustrializado será por la comida y la materia prima. El mejor destino futuro estará en manos de los que tengan la mayor reserva de ambas. Pero la historia prueba que, cuando los “grandes” han necesitado ambas cosas, las han tomado de donde existían, por las buenas o por las malas.

Nosotros, los latinoamericanos, disponemos de las mayores reservas, porque nuestros países están todavía vírgenes en la explotación, pero también por eso el futuro se nos presenta más amenazador. Si no nos unimos para constituir una comunidad que nos ponga a cubierto de semejante amenaza, el futuro ha de hacernos pagar caro tal desaprensión, porque los pueblos que no quieren luchar por su libertad, merecen la esclavitud.

Pero lo más original, si no fuera lo más sospechoso, es la apatía que los jefes de Estado sienten por la ayuda económica de los Estados Unidos, que sólo consiste en las dos únicas formas hasta ahora conocidas, fuera de lo que se trata de materiales y armamentos militares. En efecto, las dos formas son: los empréstitos y la radicación de empresas yanquis. La ayuda técnica no es gratuita, sino que los países que la solicitan deben pagarla a través de los técnicos y, generalmente, a precio muy elevado.

Cuando en 1946 asumí el gobierno de mi país, me apresuré a declarar en la Plaza de Mayo, ante una muchedumbre cercana al millón de argentinos, que “me cortarían una mano antes de firmar un empréstito”. Lo dije para cerrar toda puerta abierta a la tentación, y lo cumplí al pie de la letra: durante mis dos períodos de gobierno no firmé un solo empréstito. Los argentinos trabajando me ofrecieron el mejor empréstito, el que se hace con el propio esfuerzo de un pueblo que tiene dignidad y las demás cosas que hay que tener.

Recibí un país que tenía una deuda externa de tres mil quinientos millones de dólares, y entregué el gobierno habiendo saldado

totalmente esa deuda y contando con una fuerte reserva financiera, después de haber incorporado al patrimonio nacional bienes por una ingente suma, representados por los servicios públicos, la creación de una marina mercante de más de un millón doscientas mil toneladas, una flota aérea nacional, más de cien mil obras públicas, un pueblo con el más alto nivel de vida de toda su historia, una economía popular de abundancia, en cambio de la economía de miseria que había recibido nueve años antes.

Los Estados Unidos no sólo no nos ayudaron sino que nos sabotearon sin solución de continuidad e hicieron todo lo posible por impedir nuestro progreso. ¡Cómo podrá explicarse que en los únicos diez años que la Argentina prescindió de toda ayuda americana, fue la única vez que consiguió poner a punto su economía, a pesar de la guerra que éstos le hicieron!

Cómo podría ahora creerles que van a ayudar a los países latinoamericanos con sus empréstitos y su radicación de industrias, cuyos trucos conozco al dedillo y que fue la causa de que, durante mi gobierno, evitáramos ambas cosas. En efecto, nuestros países no son “subdesarrollados”, como se llama ahora a las naciones sindicadas como incivilizadas, sino que, como consecuencia de confiar en esas “ayudas”, hemos sido descapitalizados primero y endeudados luego, porque los americanos del Norte hicieron primero los países pobres y luego inventaron la ayuda para el progreso, que no es tal ayuda, sino una especulación más para seguir sumiéndonos en la pobreza, como muy bien lo había ya afirmado Bolívar hace un siglo y medio.

En cada empréstito que se hace en los Estados Unidos, al firmarlo ya se va perdiendo la mitad. Ello resulta especialmente de la sobrevaloración que el dólar tiene como consecuencia de que, a pesar de ser una moneda con respaldo áureo, fija el valor del oro por el dólar fiduciario y no el valor de éste por el oro que representa; es decir, tiene un precio político. Bastará que cualquiera pregunte en el Banco de la Reserva Federal el valor de la onza troy y le dirán treinta y cinco dólares, pero si intenta comprar una, tendrá que recurrir al mercado negro y se encontrará con que allí, donde el precio obedece a la ley de la oferta y la demanda, la onza troy cuesta de cuarenta y dos a cuarenta y cinco dólares. Es que el área dólar es un servicio de respaldo áureo, que este país, que dispone de oro, da a la moneda de los países que carecen de este metal; pero este respaldo no es gratis, aunque el “royalty” correspondiente se cobre de la manera ingeniosa que antes decimos.

En consecuencia, cuando se hace un empréstito, ya al firmarlo se va perdiendo un 25% por esta sobrevaloración del signo monetario yanqui. Como el empréstito ha de hacerse efectivo mediante un crédito para ser utilizado en los Estados Unidos, no es posible hacer licitación internacional y será preciso comprar a precios de catálogo que, generalmente, son el 15% más altos que los de licitación internacional; hay que agregar un 15% más de pérdidas. Si le sumamos el transporte que ha de hacerse por lo menos la mitad en barcos norteamericanos y el seguro en puerto de embarque, se tendrá, en números redondos, otro 10% de disminución, con lo que el poder adquisitivo del empréstito se ve reducido a sólo el 50% de lo que el Pueblo tiene que pagar luego, con sus intereses correspondientes.

Es así como los amantes de la “plata dulce” llegan a endeudar a sus países en beneficio de una verdadera usura internacional.

Si esta causa de endeudamiento es inaceptable, no lo es menos la forma en que nuestros países son descapitalizados mediante el cuento de la radicación de industrias o establecimientos comerciales. Hay casos realmente inauditos. Los ejemplos lo aclaran todo, solía decir Napoleón.

En la República Argentina, el caso del frigorífico Smithfield es aleccionador; esta empresa se instala en Avellaneda en 1895, trae al país un millón de libras (que al cambio de ese tiempo representaba 11.250.000 pesos moneda nacional) en bienes de capital. Luego obtiene hasta cien millones de pesos en préstamos sucesivos del Banco Nación Argentina pero, cuando gira sus beneficios anualmente, lo hace mediante servicios financieros por una suma que representa el 10% de su capital total, 111.000.000 de pesos, con lo que el primer año repatria el capital importado y sigue luego descapitalizando al país a razón de más de 11.000.000 por año.

Casi todas las empresas extranjeras que se radican en nuestros países proceden de forma similar, cuando no recurren a muchas otras maniobras aún más perjudiciales y mediante las cuales se llega a descapitalizaciones incalculables.

Si consideramos que el mal de nuestros países radica expresamente en su descapitalización y su endeudamiento, del que jamás se logra salir, podremos apreciar las ventajas que pueden acarrear las ayudas prometidas que, además, nos obligan a menudo a someternos a exigencias sociales y políticas que, por intermedio del famoso Fondo Monetario Internacional, llegan por el conducto económico

que, en manera alguna, puede justificar una entrega ignominiosa o una subordinación que raya en la infamia.

Si en una comunidad latinoamericana, con su consecuencia, un Mercado Común Latinoamericano, no sirve para eliminar las causas de los latrocinios que venimos señalando, como para impedir el endeudamiento y la descapitalización, que son nuestros males permanentes, ¿de qué puede valer? Si, como en el caso de lo propuesto en Punta del Este, se auspician estas “ayudas”, se llega al colmo de la impudicia.

No es este el camino que, de buena fe, puede ofrecer el presidente de los Estados Unidos como verdadera ayuda a Latinoamérica. Antes habría que pensar en nivelar las balanzas de pagos con precios justos a sus materias primas y una exportación sin el agio y la especulación a que se somete a estos países en la adquisición de productos manufacturados, como asimismo haciendo que las empresas yanquis que se radican en Latinoamérica lo hicieran como un medio de ayudar al desarrollo de nuestros países y no como una forma de descapitalizarnos permanentemente, cuando no de penetrarnos y explotarnos. Cuando se afirma que la «ayuda» ha de ser por la «actividad privada», ya podemos saber de qué se trata.

Durante mi gobierno, aparte de haber suprimido todo empréstito, se dictó una Ley que establecía que los servicios financieros en divisas, que debían recibir anualmente los capitales extranjeros radicados en el país, no podrían ser superiores al 8% del capital importado y que, pasado los cinco años, podían repatriar, además, su capital a razón del 20% por año. Los primeros que pusieron el grito en el cielo fueron precisamente éstos que ahora pretenden ayudarnos.

Cuando después de nueve años de gobierno justicialista, la Argentina había alcanzado el estado económico más floreciente de toda su historia, sin deuda externa, por primera vez en sus ciento cincuenta años de existencia, con una industria en franco desarrollo, una economía popular con alto poder adquisitivo y un estado financiero equilibrado con una reserva financiera apreciable, como asimismo con un alto nivel de vida y una inflación detenida, los Estados Unidos se convirtieron en el centro de conspiración contra nuestro gobierno, porque este país no sólo no nos ayudó, sino que cuando nos ayudamos nosotros, no dejó nada por hacer para hundirnos.

Comenzó por declararnos una “dictadura” a pesar de haber sido elegidos por una mayoría abrumadora, en las elecciones más libres y sanas que conoce la historia política argentina. En cambio, luego

caímos como consecuencia de una conspiración, en la que no estuvo ausente el gobierno de USA, que apoyó y ayudó a los engendros gubernativos de Aramburu, que sólo en dos años dejó una deuda externa de 2.000 millones de dólares, y de Frondizi, que en otros dos años llevó esa deuda al doble.

Por eso, cuando me hablan a mí de la “ayuda para el progreso” y rememoro lo que nos ha ocurrido en estos últimos veinte años, no puedo menos que dar rienda suelta a mi justa indignación. Ahora, el presidente de los Estados Unidos, haciendo las veces de “Padre Eterno”, pretende en Punta del Este que creamos en su palabra paternal, cuando la más dura experiencia nos aconseja precisamente lo contrario.

Pensar que bajo semejantes auspicios se pueda alcanzar una integración a la cual tengamos algo que agradecerle, es como pedirle peras al olmo. Un Mercado Común Latinoamericano, signado por una aberración semejante, no puede llegar a nada que no sea la entrega y la sumisión, pagadas con esperanzas al vil precio de la necesidad provocada que, en último análisis, se cargarán sobre las nobles espaldas de los pueblos traducidas en hambre, miseria y dolor.

PARTE II

MENSAJES POR LA UNIDAD

“JAMÁS HE DEFENDIDO CAUSAS INCONFESABLES”*

A migos chilenos: vengo de una tierra donde se ha afirmado por nuestro intermedio en forma permanente, que nuestro gobierno hará lo que quiera su pueblo y no defiende otro interés que el interés del pueblo.

En nombre y por mandato de ese pueblo, cuya dignidad está en la custodia de su propio valor y merecimiento, os traigo el abrazo cariñoso de esa alma multitudinaria que hoy se abre al corazón del pueblo chileno conjuntamente con sus brazos, para estrecharlo en un cariñoso y fraterno abrazo de todos.

Yo no soy un caudillo político. Traigo en mi vida como el máspreciado honor el haber sido declarado por mis compañeros trabajadores argentinos, el primer trabajador de la República.

En nombre de ese pueblo trabajador, que está siempre tan sólido y tan profundamente metido en mi corazón, traigo para los compañeros chilenos este abrazo que sintetiza la solidaridad de los que trabajan acá por la grandeza de Chile y de los que trabajan y se sacrifican allá por la grandeza y la felicidad de los argentinos.

La suspicacia ha preguntado en muchos idiomas cuál es el objeto que traía al presidente de la República Argentina en su viaje a Chile. Yo jamás he defendido causas inconfesables. Las únicas causas que caben en el corazón de los hombres honrados son las causas confesables. Me trae a esta tierra, como siempre, una causa ampliamente confesable y que en presencia del ilustre mandatario de Chile, quiero

* Discurso pronunciado en Santiago de Chile al firmarse el convenio con el hermano país, el 22 de febrero de 1953.

decirla con el lenguaje simple del pueblo a este maravilloso pueblo de O'Higgins.

Nosotros pensamos en nuestra tierra que antes de ir a buscar amigos a muchos miles de kilómetros de distancia, preferimos buscarlos en los que tienen con nosotros una historia común, y que en nombre de la dignidad de nuestras patrias, han de observar la imagen libre por todos los siglos. Por eso la iniciativa del Excelentísimo Señor Presidente de Chile colmó mi corazón de argentino y de americano.

Me trae a esta tierra, para decirlo delante de su pueblo, que hace treinta años que lo conozco y lo admiro, que compartimos similares ideas de hermandad y de solidaridad en nuestras patrias, que hace treinta años que conozco su honradez y su hombría de bien, y que hace treinta años, siendo mi amigo, lo llevo en lo más profundo de mi corazón. Y, compañeros, yo que creo representar al pueblo de mi patria, y que tengo la convicción de que él representa al pueblo de la suya, he llegado a esta tierra para decirle, como dicen los amigos, que le traigo el corazón abierto de mi patria. No somos mercaderes. Somos patriotas y somos amigos.

Con la altivez de los pueblos libres venimos a decirle a este ilustre hombre de Estado, que disponga de nosotros, porque pensamos que en estos tiempos, mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar.

Vivimos tiempos de indecisiones. Mi pueblo, de quien cumplo un mandato implícito y explícito, de quien yo soy sólo un humilde instrumento, pero creo interpretar profundamente el sentir de los argentinos si declaro en este acto solemne que pensamos que la historia de los pueblos es la lucha del pueblo por su libertad y por su justicia. Que creemos que los pueblos no pueden vivir sin esa justicia y sin esa libertad. Que pensamos que a lo largo de nuestra propia vida, hemos visto empeñarse luchas sucesivas en nombre de esa justicia y de esa libertad, en cuyo holocausto han inmolado millones de seres humanos y que terminadas ellas vemos que ni la justicia ni la libertad brillan hoy en este mundo de vergüenza y de ignominia.

Nuestros trabajadores, pensando en esa justicia y en esa libertad, que nunca llega a este mundo frente al horizonte preñado de amenazas, donde también se piensa que la futura lucha será por la justicia y la libertad, han decidido conquistar por sí y en su tierra su propia justicia y su propia libertad.

No queremos ya la justicia con ojos vendados. No queremos la libertad con aire acondicionado. Queremos la justicia para nuestro

pueblo y la libertad para nuestro pueblo y para nuestra patria. Por ello luchamos y por ello moriremos, si es preciso, porque pensamos siempre con la vieja sentencia de que es mejor, en defensa de la libertad y en defensa de la justicia, morir de pie que vivir de rodillas.

Ese pueblo, que mantiene en alto las banderas de nuestra reivindicación, se afirma en la necesidad de que el gobierno cumpla el mandato de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, que nos manda a los mandatarios argentinos cumplirlo en procura de la felicidad del pueblo y de la grandeza de la Nación, que ha estampado en su Constitución todas nuestras obligaciones y nuestros derechos, en procura de más libertad y de una justicia mejor, dice al pueblo de Chile por mi intermedio, como yo se lo dije al ilustre amigo general Ibáñez, que los argentinos tenemos una sola palabra, tenemos un solo sentimiento que refleja al latido de nuestros corazones.

En esta hora solemne de nuestros pueblos, lo digo en nombre de esa patria que los argentinos unidos con los chilenos ofrecen su cooperación, ofrecen todo lo que tienen, sin pedir nada, y sin exigir nada; solamente venimos a buscar el cariño de este maravilloso pueblo de Chile, y ese cariño nos resarcirá de todo lo que el futuro pueda ofrecernos como sacrificio para servir al amigo hasta la última hora.

Quien haya pensado mal, prejuzgó; estos acuerdos son en defensa de nuestra conveniencia, de nuestra historia y de nuestro sentimiento. No estamos contra nadie, no pensamos en nadie, y todas las suspicacias que se hayan podido inventar al calor de la calumnia y de la ignominia, no llegan a los hombres que están decididos a cumplir honradamente con su deber.

UNIÓN ECONÓMICA ARGENTINO-CHILENA*

La acción exterior de la República en el año administrativo fenecido alcanzó su ápice en la Declaración de Santiago, suscripta el 21 de febrero, entre el Jefe del Estado y el Excelentísimo Señor Presidente de la República de Chile, general don Carlos Ibáñez del Campo.

Ese trascendental instrumento internacional, que ha de complementarse próximamente con tratados completos previstos en su texto, materializa los anhelos justicialistas de comprensión internacional, de amistad y colaboración con los pueblos americanos y de unidad latinoamericana bajo los principios invariables de respeto a la autodeterminación de los pueblos y a la independencia económica y la soberanía política de los Estados.

Ya al asumir el mando el general Ibáñez fue dable apreciar las corrientes de acercamiento que en múltiples órdenes de la vida argentino-chilena se abrían camino hacia concreciones promisorias. El gobierno argentino estuvo representado en ese fausto acontecimiento del país hermano por el titular de la cancillería, y fue así que la visita que el Jefe del Estado realizó a Chile entre el 20 y el 25 de febrero del corriente año estaba precedida de un estrechamiento de relaciones altamente significativo para la unidad latinoamericana.

La cordialidad del gobierno y el pueblo chilenos para con los mandatarios argentinos durante su visita a Santiago, Valparaíso, Concepción y los Andes, compromete definitivamente

* Extractado de la Reseña General de Actividades correspondiente al mensaje del General Perón al inaugurar el Período Ordinario de Sesiones el 1° de mayo de 1953.

el reconocimiento del gobierno argentino. Y en la inteligencia y la seguridad de que el pueblo argentino rubrica la gestión cumplida allende los Andes, el gobierno argentino se ha comprometido a su vez para cumplir en unión del hermano pueblo chileno el magno programa fijado en Santiago.

Animados mutuamente de parejos sentimientos fraternales y de un espíritu de recíproca adhesión, el gobierno firmó con el gobierno chileno la siguiente acta:

“Reunidos en el Palacio de la Moneda, a los 21 días del mes de febrero de 1953, el excelentísimo Señor Presidente de la República de Chile, general Carlos Ibáñez del Campo, y el excelentísimo Señor Presidente de la República Argentina, general Juan Perón, declaran solemnemente:

“Que ambos gobiernos sumarán sus esfuerzos para alcanzar los ideales comunes e irrenunciables de sus pueblos, concretando así el espíritu que animó la unión de Chile y la Argentina, en las gestas históricas de la Independencia;

“Que inspirados en los principios comunes de soberanía política, justicia social e independencia económica, juzgan urgente adoptar medidas tendientes a alcanzar los objetivos de progreso y bienestar de sus pueblos por intermedio de la acción común y coordinada de sus gobiernos;

“Que esta unidad de acción puede desde ya traducirse en medidas que integren y vigoricen a sus economías, por lo que deciden establecer la unión económica de los dos pueblos interpretando así su unánime sentir y firme voluntad;

“Convencidos de que a través de la suma de los recursos financieros, el establecimiento de un Mercado Común, la movilización de las industrias comparativamente más productivas y la coordinación del desarrollo económico de los dos países podrá lograrse un aumento de la producción total mucho mayor que la que resultaría de la acción aislada de Chile y la Argentina, el esfuerzo conjunto permitirá que ambas naciones eleven más efectiva y rápidamente sus niveles de vida, con lo que los dos altos mandatarios dan adecuada expresión a su preocupación constante por incrementar los ingresos reales de sus respectivos pueblos;

“Persuadidos de que la Unión Económica chileno-argentina es asimismo realización del ideal panamericano de cooperación

entre las naciones del Continente, razón por la cual dejan aclarado que esta Unión se hallará abierta a la adhesión de los demás pueblos hermanos;

“Dispuestos a aunar esfuerzos para la defensa de sus intereses comunes, resuelven:

“Primero: Ambos gobiernos concertarán planes económicos orientados al logro de los objetivos contenidos en la presente Declaración, que permitan llevar a su mayor amplitud el intercambio comercial; coordinar las respectivas producciones y el comercio de sus artículos, aumentando los saldos exportables; impulsar el proceso de industrialización mediante el aporte de capitales y de todo otro recurso al alcance de los respectivos gobiernos; y complementar, en suma, las economías de Chile y de Argentina.

“Segundo: Como parte fundamental de estos planes económicos, los gobiernos de Chile y de Argentina negociarán en un plazo de ciento veinte días desde esta fecha, un Tratado que conduzca a la eliminación gradual de los derechos de aduana, impuestos, márgenes de cambio, tasas excesivas y toda otra medida que grave o restrinja la importación o la exportación entre los dos países.

“Tercero: Además, dentro del mismo plazo, los gobiernos de Chile y de la Argentina se pondrán de acuerdo para facilitar en todo lo posible los pagos entre ambos países, particularmente para derogar, modificar las disposiciones vigentes sobre tipos de cambio, movimiento de fondos, distribución de divisas, trámites administrativos y bancarios que dificulten dichos pagos.

“Cuarto: El sistema precedente, al cual es anhelo de Chile y de Argentina que adhieran los otros países limítrofes, será susceptible de integrarse con los demás Estados del Continente.

“En fe de lo cual, firman la presente Acta, en doble ejemplar, siendo ambos textos igualmente auténticos.”

“Fdo.: Juan Perón

Fdo.: Carlos Ibáñez del Campo

“Rfdo.: Jerónimo Remorino

Rfdo.: Arturo Olavarría

A fin de estimular y obtener la franca manifestación de los sentimientos latentes en el pueblo argentino, el Jefe del Estado al exponer, a su llegada, los frutos de su visita a Chile, fijó en los siguientes conceptos el deber argentino para con el pueblo chileno:

“Primero: Cada argentino debe saber que los pueblos de Chile y de Argentina, conservando la plenitud de sus soberanías nacionales, son real y efectivamente pueblos hermanos y en consecuencia debemos trabajar por la grandeza de Chile y por la felicidad de su pueblo con la misma fe y con el mismo amor con que trabajamos por nuestra propia felicidad.

“Segundo: Desde hoy los chilenos serán considerados compatriotas por todos los argentinos, y esta debe ser una consigna de honor nacional.

“Tercero: Cada argentino debe comprometerse a trabajar en su puesto por el acercamiento espiritual y material de los pueblos de Argentina y Chile.

“Cuarto: El Gobierno, el Estado y el pueblo argentinos arbitrarán todos los recursos y medios que contribuyan a consolidar en Chile la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, del mismo modo que luchamos por las nuestras, porque ellas son las únicas bases de la unión comprometida.

“Quinto: La unión argentino-chilena no ha excluido ni excluye la futura adhesión de los pueblos hermanos de América sobre las mismas bases de justicia social, independencia económica y de soberanía política.

“Cada argentino debe saber que esta es una acción constructiva, que no tiene finalidades ofensivas, que no está dirigida contra nadie y que tiene como único objetivo la felicidad y la grandeza de los pueblos que la componen o compongan en el futuro.

“Sexto: Las organizaciones económicas, sociales y políticas del pueblo argentino habrán de promover la máxima vinculación posible con sus similares chilenas, a fin de realizar una acción armónica y solidaria en defensa de los intereses comunes. El Gobierno prestará el más amplio apoyo a estas vinculaciones entre los pueblos hermanos.

“Séptimo: La legislación general argentina deberá corresponder en lo futuro a la unión de los pueblos de Chile y de Argentina.

“Octavo: Los organismos del Gobierno y del Estado, en la Nación y en las provincias, particularmente en las provincias y territorios limítrofes con la hermana República de Chile, coordinarán su acción con sus similares chilenos, sobre la base de real y leal solidaridad.

“Noveno: Todo acto contrario a los intereses comunes de la unión de los pueblos argentino y chileno será considerado

por los argentinos como una falta de honor en relación con el compromiso contraído.

“Décimo: Los pueblos de Argentina y de Chile son depositarios absolutos de esta alianza puesta bajo la protección de Dios fuente de todo amor, de toda justicia y de toda libertad.

“Cada argentino debe estar persuadido de que la vigencia y el desarrollo de esta unión asegurarán la grandeza de América y la felicidad de nuestros pueblos.”

TRATADO APROBADO POR LOS CONGRESOS DE CHILE Y ARGENTINA

Hasta aquí, el Acta de Santiago, primera herramienta para el logro de la integración latinoamericana. Con posterioridad, el 8 de julio de 1953, fue dado a conocer el texto del Tratado de Unión Económica Argentino-Chileno, aprobado por los parlamentos de ambos países, dado que sus regímenes eran perfectamente constitucionales.

Decía así:

“En cumplimiento de lo prescripto en el Acta de Santiago de Chile, suscripto el 21 de febrero pasado, y de conformidad con los principios en ella estatuidos, en virtud de los cuales los Gobiernos de Argentina y de Chile se comprometen a coordinar sus esfuerzos para alcanzar los ideales de solidaridad que animarán la unión de Argentina y de Chile en las gestas históricas de la independencia y teniendo en cuenta que las nuevas condiciones que rigen la vida de los pueblos exigen a los gobiernos desarrollar y orientar las actividades económicas de manera que garanticen la Soberanía Política, la Justicia Social y la Independencia Económica para sus pueblos, los Presidentes de las Repúblicas de Argentina y de Chile, Excelentísimo General Juan Domingo Perón y Excelentísimo General Carlos Ibáñez del Campo, en ejercicio de sus funciones soberanas, convienen el siguiente Tratado de Unión Económica Argentino-Chileno: “Artículo 1. La Unión Económica Argentino-Chilena será ejecutada de acuerdo con las normas fundamentales que se señalan en el presente Tratado y en la forma y condiciones que establezcan los Convenios que acuerden las partes contratantes.

“Artículo 2. Las normas fundamentales a que se refiere el artículo anterior, son las siguientes:

En materia de complementación económica: la concertación de planes económicos destinados a llevar a la mayor amplitud el intercambio comercial; la coordinación de las respectivas producciones nacionales y el aumento de los saldos exportables de los mismos; el desarrollo de la industrialización de ambos países mediante el aporte recíproco de capitales y todo otro medio al alcance de los gobiernos pactantes. Los planes antedichos tendrán por objeto en el primer término, establecer las bases de complementación económica recíproca en materia de producción forestal, minera, agropecuaria, industrial y energética. En materia de gravámenes de importación y exportación: la supresión de los derechos aduaneros, impuestos, márgenes de cambio, tasas excesivas y toda otra medida que grave y restrinja la importación o exportación entre ambos países. Estas reformas se efectuarán, cuando sea necesario, en forma gradual y coordinada, teniendo en cuenta además, si fuera procedente, el tratamiento que corresponda aplicar a otros países. A tal efecto, se confeccionarán las listas de los productos originarios de la Argentina y de Chile que, de inmediato, quedarán exentos de impuestos aduaneros a su introducción en el otro país. Se promoverá asimismo, la mayor simplificación de los requisitos de carácter aduanero, y se unificará la documentación que se exija para identificar la procedencia de las mercaderías.

En materia de cambios: los regímenes vigentes en Argentina y Chile que regulan los movimientos de fondos, tipos y permisos de cambio y distribución de divisas, serán modificados y coordinados a fin de posibilitar el más alto nivel de intercambio comercial y financiero. Asimismo se procederá a racionalizar dichos regímenes desde el punto de vista administrativo, para obtener la máxima simplicidad, rapidez y eficiencia.

En lo relativo al movimiento de fondos, se implantará un sistema de cuentas de pagos práctico y flexible, y se facilitarán las transferencias al país de origen, en la forma más equitativa posible, de capitales, utilidades y réditos de cualquier aspecto, correspondientes a inversiones o negocios efectuados por nacionales de uno de los dos países en el otro.

Serán eliminadas todas las medidas de orden cambiario y monetario que traban actualmente, o dificultaren en el futuro, el

desenvolvimiento progresivo del intercambio comercial entre los países signatarios.

Se otorgarán facilidades para la liquidación, transferencia y disponibilidad de los saldos de la balanza de pagos.

En materia de intercambio comercial: se concertarán arreglos especiales para el suministro recíproco de los principales productos nacionales, sobre bases lo más estables posibles que aseguren los abastecimientos de ambos países.

En materia de acuerdos zonales: se establecerán regímenes especiales que contemplen con criterio amplio y equitativo, la solución de los problemas zonales limítrofes, sobre intercambios y abastecimientos locales.

En materia crediticia: ambos países concederán adecuadas y oportunas facilidades financieras para permitir la adquisición de los productos objeto del intercambio, y facilitar el proceso de desarrollo y complementación coordinada de sus respectivas economías.

En materia impositiva: se arbitrarán los medios para colocar a los consumidores de Argentina y de Chile, en un pie de igualdad con respecto a los impuestos que recaen sobre los artículos de consumo que se intercambian y se coordinarán los gravámenes impositivos de ambos países relativos a esos artículos.

En materia de libre tránsito de mercaderías: se acordará un régimen que facilite el libre tránsito de las mercaderías originarias de uno de los países por el territorio del otro, para su exportación a terceros países. Dicha franquicia comprenderá asimismo las facilidades necesarias para permitir la importación de uno de los dos países a través del territorio del otro, de mercaderías originarias de terceras naciones.

Se acordarán facilidades para el establecimiento de zonas de depósitos francos de cada uno de los dos países en los puertos marítimos y terrestres del otro.

En materia de transportes: se sistematizarán e integrarán los servicios de transportes terrestres, marítimos y aéreos entre ambos países a fin de adecuarlos eficiente y económicamente a las necesidades de intercambio.

En particular, se completarán los estudios para el trazado del ferrocarril trasandino del Sur, a fin de hacer posible la terminación de su construcción a la mayor brevedad, y se aumentará la capacidad operativa y de tráfico de los trasandinos del Norte

y del Centro, mediante obras, señalización, refuerzo y adaptación del material rodante, en medida adecuada a los objetivos perseguidos. Además, se organizarán los servicios combinados con otras líneas ferroviarias.

En materia de comunicaciones: se aprovechará el desarrollo de los servicios existentes de comunicaciones postales, telegráficas, telefónicas, etcétera, los que se ampliarán mediante la celebración de nuevos acuerdos.

En materia de tránsito de personas y turismo: se facilitará el tránsito de personas entre uno y otro país, lo mismo que el turismo en todas sus formas, mediante la celebración de nuevos convenios especiales.

“Artículo 3. Los gobiernos contratantes someterán a la aprobación legislativa los acuerdos que lo requieran, con arreglo a las Constituciones respectivas.

“Artículo 4. Los gobiernos de Argentina y de Chile se comprometen a crear en cada país, un organismo nacional permanente que se denominará Consejo Nacional de la Unión Económica Argentino-Chilena, compuesta de cinco miembros titulares y cinco miembros suplentes. Los Consejos reunidos en ambos países formarán el Consejo General de la Unión Económica Argentino-Chilena.

“Artículo 5. Los Consejos Nacionales de la Unión Económica se encargarán de estudiar, promover y proponer entre sus Gobiernos respectivos, y ante el Consejo General, los planes y proyectos adecuados para llevar a la práctica los principios contenidos en el Acta de Santiago, las estipulaciones pactadas en el presente Tratado o en otros acuerdos complementarios.

“Artículo 6. Corresponde al Consejo General conocer los asuntos que le sometan los Consejos Nacionales, para aprobarlos, rechazarlos, modificarlos o coordinarlos y someterlos por intermedio de dichos Consejos a la decisión de los Gobiernos pactantes.

El Consejo General podrá solicitar de los Consejos Nacionales, informes sobre asuntos que considere de interés para la mejor complementación de las economías de ambos países, como también podrá solicitar preferencia para el estudio y resolución de problemas relativos a esta misma u otras materias.

Corresponde además, especialmente al Consejo General, examinar el estado de ejecución de los Acuerdos adoptados por

los gobiernos y sugerir las medidas conducentes a su mejor desarrollo y aplicación.

“Artículo 7. El Consejo General se reunirá ordinariamente cada tres meses para los efectos indicados en el artículo anterior. Lo hará en sesión extraordinaria cada vez que lo solicite, con una finalidad determinada, cualquiera de los gobiernos; en este caso sólo se podrán tratar las materias incluidas en la convocatoria. Las reuniones del Consejo General, sean ordinarias o extraordinarias, serán realizadas alternativamente en Buenos Aires y en Santiago de Chile, y presididas por el Jefe del Estado del país en que se efectúen, por su ministro de Relaciones Exteriores, o en su defecto por el ministro de Estado que designe el Presidente de la República de cada país.

“Artículo 8. El Consejo General, que deberá constituirse dentro de noventa días de la fecha de la firma del presente Tratado, dictará su reglamento interno y fijará su presupuesto anual, que serán solventados por ambos países por partes iguales.

“Artículo 9. Las conclusiones del Consejo General serán presentadas por escrito por las Comisiones Nacionales a sus respectivos gobiernos.

“Artículo 10. Los gobiernos de Argentina y de Chile ratifican su anhelo de que la presente unión sea integrada por todos los pueblos hermanos de América sobre las bases fundamentales señaladas en el Acta de Santiago.

En fe de lo cual se firman en dos ejemplares igualmente válidos en Buenos Aires a los ocho días de julio del año mil novecientos cincuenta y tres.

Firman: Juan Domingo Perón • Carlos Ibáñez del Campo.

MENSAJE A LOS PAÍSES NO ALINEADOS*

La presencia argentina en esta magna IV Conferencia Cumbre de los Países No Alineados se justifica ampliamente, tal como lo ha expresado magistralmente nuestro canciller, el señor embajador don Alberto Vignes, por la tradicional posición de respeto y solidaridad que el pueblo argentino siente por todas las naciones del mundo.

Como fieles exponentes de nuestra posición internacional es que luchamos en lo nacional para lograr una Patria Justa, Libre y Soberana, tal como lo proclama nuestra Doctrina Justicialista.

Llevamos más de treinta años enarbolando esa bandera de libertad y soberanía, padeciendo con grandeza patriótica los tremendos ataques de la reacción imperialista. Dura ha sido la lucha, pero finalmente la verdad ha prevalecido sobre la insidia, al punto que hoy la casi totalidad de los ciudadanos de nuestro país se han unido, en un acto de verdadera conciencia nacional, para enfrentar al enemigo común y labrar la grandeza de la Patria. El punto de partida de nuestra acción revolucionaria dio un contenido filosófico al movimiento, del cual emanó nuestra doctrina justicialista. Pero a pesar de nuestra sinceridad y de nuestros esfuerzos, las informaciones que han circulado por el mundo padecieron las consabidas deformaciones y mutilaciones, tergiversando el noble sentido que las anima. Dicho sentido está signado por el

* Discurso del presidente Juan Domingo Perón a la cuarta Conferencia Cumbre de Países no Alineados, realizada en el mes de septiembre de 1973 en la ciudad de Argel, Argelia.

profundo respeto que tenemos por la dignidad del ser humano en todos los órdenes de la vida, colocándolo muy por encima de los bienes materiales. Este es el punto de partida del Justicialismo.

Ruego a los señores congresales me permitan una breve aclaración sobre la realidad efectiva de nuestros principios, para poder comprobar el porqué de nuestro avance precursor de la Tercera Posición, proclamada hace ya treinta años y que hoy tiene vigencia en esta misma asamblea de los países no alineados. También se podrá comprender en esta explicación por qué el Justicialismo tiene, tuvo y tendrá siempre vigencia, pese a todas las arteras maniobras que el imperialismo forjó en los diez años de nuestro gobierno y en los dieciocho años de persecución y exilio infamante que sufrimos luego del golpe de Estado de 1955.

Cuando en el año 1943 un grupo de hombres de armas decidimos liberar al país de la dependencia extranjera haciendo una verdadera *revolución nacional*, debimos enfrentarnos también con un triste y agobiante panorama mundial, en un mundo que venía de soportar una gran guerra cuyas consecuencias son de todos conocidas.

Personalmente venía de vivir la situación en Europa, comprobando la urgente necesidad de enfocar los destinos de la humanidad sobre bases más firmes y duraderas que las del poderío de las armas o las que otorga el dinero. De seguro que los millones de seres humanos que entregaron sus vidas patrióticamente en la creencia de que lo hacían en beneficio de la democracia o de la libertad, deben estar ahora tan arrepentidos, en el mundo de los espíritus, como lo están los millones de seres humanos que luego de la guerra han debido padecer las iniquidades de los vencedores.

Con el alma llena de espíritu patriótico y sin mezquindades de ninguna especie, aquellos revolucionarios del año 1943 lanzamos una proclama que yo mismo escribí la noche anterior. En este punto de partida, decíamos ayer lo mismo que sostenemos hoy a treinta años de distancia. Sería imposible mantener una falsedad durante tantos años puesto que la mentira tiene sus patas muy cortas. En cambio, la verdad surge por su sola presencia, sin necesidad de artificios.

El griego Demóstenes decía al respecto: “No es posible adquirir por medio de la injusticia, el perjurio y la mentira un poder duradero. Podrá una potencia resistir por una vez y durante algún tiempo e, incluso si viene el caso, gozar de un gran florecimiento de esperanzas, pero al cabo se descubre su debilidad y se marchita por sí sola.

Pues así como en mi opinión, es preciso que en un edificio o nave u otra fábrica semejante, los fundamentos deben ser la parte más sólida, igualmente conviene que los principios y las bases políticas sean sinceros y justos”.

Esto lo manifestaba el sabio Demóstenes hace mucho más de 2000 años, pero la ambición de los imperialismos no les permite informarse de la existencia de la historia hasta que la padecen en carne propia, con el castigo que el tiempo impone a quienes van en contra de las leyes naturales del respeto mutuo.

Y así nace el Justicialismo, con las mismas frases de la mencionada proclama revolucionaria del 4 de junio de 1943, cuando refiriéndonos a lo internacional dijimos: “Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación, por cumplir fielmente el mandato imperativo de su tradición histórica, por hacer efectiva una absoluta, verdadera, leal unión y colaboración latinoamericana y por el cumplimiento de nuestros compromisos internacionales”.

Y fue también en aquella misma ocasión que manifesté a mis compañeros revolucionarios que las premisas fundamentales de nuestro quehacer debían ser las siguientes: primero, lograr la unidad nacional. Esa unión de todos que es lo único que hace grande a los pueblos. Quería ya la unidad nacional para que cuando fuera necesario sufrir, lo sufriéramos todos por igual, y cuando fuera tiempo de gozar lo gozáramos todos por igual también. El otro postulado era el de la justicia social, de profundo contenido humano, sin el cual toda revolución no pasa de ser un simple movimiento de tropas.

El patrimonio ideológico de nuestra Doctrina Justicialista está enfocado en trabajar para labrar la felicidad del pueblo y asegurar la grandeza futura de la patria. Nosotros queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

En lo que a política internacional se refiere, los términos de nuestro accionar son claros y precisos. Sostenemos desde el instante mismo del nacimiento del Justicialismo, como principios y objetivos básicos en lo internacional, lo siguiente:

1° La defensa integral de la soberanía nacional en todo nuestro territorio y especialmente sobre la Antártida Argentina, las Islas Malvinas y sus islas dependientes.

2° El ejercicio pleno de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política como bases para asegurar a cada pueblo del mundo su propia felicidad, mediante la realización de la propia justicia y la propia libertad.

3º La Tercera Posición como solución universal distinta del marxismo internacional dogmático y del demoliberalismo capitalista que conducirá a la anulación de todo dominio imperialista en el mundo. Nuestra Doctrina Justicialista dice claramente: “Deseamos vivir en paz con todas las naciones de buena voluntad del mundo”.

La política argentina ha sido, es y será siempre pacifista y generosa. Nuestra política internacional es de paz, de amistad, de trabajo y de aspiración a comerciar honradamente y con libertad.

La Argentina no se comprometerá jamás en ninguna acción que presuponga una agresión a pueblo alguno de la Tierra.

La doctrina internacional de nuestro país es perfectamente clara y podríamos definirla con un antiguo refrán cristiano, que dice así: “Cada uno en su casa y Dios en la de todos”.

Existe en nosotros los argentinos una fuerte *conciencia latinoamericana* porque nuestra historia es común, como el idioma, la religión y las costumbres, todo lo cual son lazos suficientes como para estrechar la unidad continental.

Somos decididos partidarios de una efectiva aproximación espiritual de los pueblos de América y de la recíproca colaboración en el campo económico. No podemos aceptar que en nombre de los intereses del continente se quiera interferir en nuestra economía interna y en nuestra política externa. El pueblo argentino no aceptará jamás intromisiones extrañas en el orden interno.

En lo que respecta al hombre como expresión racional de la creación divina, nuestra filosofía indica: el hombre es el valor predominante de la historia, de la vida, del trabajo y de la lucha. Está compuesto de alma y cuerpo, de vocaciones, esperanzas, necesidades y tendencias. La patria se forma en primer término por hombres y no pueden ser el campo, ni la máquina, ni el dinero, factores que se sobrepongan al hombre, que es quien sufre y trabaja y sin el cual ni los campos, ni los ganados, ni el dinero, tienen ningún valor.

Sobre el pueblo nuestros conceptos doctrinarios expresan que siempre es el pueblo, en sus múltiples variedades y disonancias, el que llega a realizar las grandes concepciones. Sin el calor popular quedarían archivadas las más bellas creaciones de la mente. Sólo cuando encuentra el espíritu vivificador del pueblo, la idea se transforma en acción y la acción en obra. Los grandes pueblos son aquellos que quieren serlo. *Es el pueblo el único que puede salvar al pueblo.*

Los pueblos cuya libertad política es prácticamente inexistente, los económicamente débiles, los socialmente convulsionados,

sumidos en el desorden y en la anarquía, carecen de una política exterior definida. Forman parte dócil de constelaciones superiores, políticas o económicas.

No puede ser libre un pueblo cuya inmensa mayoría de hombres es de esclavos, del mismo modo que no puede ser sojuzgado un pueblo de hombres libres. La libertad de un pueblo reside en cada uno de sus hombres, y frente a esa libertad ningún poder de la Tierra puede prevalecer.

Tal vez estos enunciados de los postulados que practica el Justicialismo, dentro de una corriente filosófica profundamente humanista, no indican posiblemente nada nuevo a los señores congresales, dado que todas las corrientes del pensamiento institucional del mundo, tanto en lo social, político, económico y religioso, hablan hoy profusamente de justicia social.

Pero quiero recordarles que estas premisas fueron anunciadas por el Justicialismo hace treinta años. El mero hecho de que recién hoy tengan vigencia actualizada puede residir en la inexperiencia y la soledad de los pioneros, dado que no teníamos las condiciones ambientales propicias para asimilar nuestra Tercera Posición, que hoy se traduce en un Tercer Mundo en acción.

El tiempo que todo lo empareja y el fiel cumplimiento de nuestra doctrina han demostrado fehacientemente que decíamos la verdad. Esa misma verdad que continuamos exponiendo. Lo hacemos porque las verdades, cuando realmente lo son, no pueden cambiar, solamente lo hacen sus formas de aplicación.

La verdad, al igual que Dios, permanece inmutable en el tiempo y en el espacio, esperando que la insensatez humana se digne considerarla.

Y cabe realizarse una pregunta, ¿qué es la Tercera Posición?

La decisión de lanzar al mundo nuestra Tercera Posición tuvo motivos de profundo arraigo en la sensibilidad nacional de nuestro pueblo y no hay duda alguna de que la sensibilidad es uno de los mayores ornatos del ser humano.

Hemos visto que la historia de los pueblos pareciera ser el texto de la tragedia de la libertad del hombre y de la libertad de las naciones. Ante una situación tan triste podríamos afirmar que las únicas herramientas que se pueden utilizar para derrotar dichas angustias deben ser la aplicación de la paz, el entendimiento y el mutuo respeto, conjuntamente con una unidad de acción y de objetivos.

La humanidad no podrá salvarse si mantiene la lucha cruenta contra todos los valores materiales, espirituales y morales, en un intento planificado de sobreponer intereses individuales por encima de las necesidades generales.

Nuestro anhelo más profundo consiste en querer que todas las naciones y todos los hombres del mundo se amalgamen en un solo sentimiento de identidad, cuya comprensión e intensidad nos lleve a la comprensión total de cómo nos necesitamos los unos a los otros, haciendo nacer así esa correspondencia ideal para que el trabajo, el pensamiento libre y la construcción constante, sean los derechos humanos que nos acerquen al progreso, a la civilización y a su estabilidad.

Así fundamentados fue que, al declararnos partidarios de asumir una Tercera Posición, dijimos: “Frente a nosotros se levantan triunfantes el demoliberalismo capitalista, puramente individualista, y el colectivismo del marxismo dogmático internacional, alargando la sombra de sus alas imperialistas, amenazando a los pueblos del mundo que, angustiados, sufren en el silencio de la impotencia la esclavitud económica de la presión imperialista o en su defecto, el avance ideológico reaccionario sostenido por la presión de la fuerza o de la violencia”.

Para los argentinos del año 1943 el panorama del mundo era desolador puesto que después de la guerra mundial el reparto de las naciones por los dos colosos triunfantes colocaba a las mismas en un marco de desesperanza, debiendo elegir el ceder a la explotación del capital imperialista demoliberal, o a la del Estado convertido en amo absoluto de la vida de sus pueblos.

Es evidente que ninguna de estas dos soluciones nos llevaría a los argentinos a la conquista de la felicidad que anhelábamos para nuestro pueblo. Así fue que nos decidimos a crear las nuevas bases de una Tercera Posición que nos permitió ofrecer a nuestro pueblo otro camino que no lo condujese a la explotación y a la miseria.

En una palabra, una posición netamente argentina, para los argentinos, la cual nos permitió seguir en cuerpo y alma la ruta de libertad y de justicia que siempre nos señaló la bandera de nuestras glorias tradicionales.

Toda la filosofía de esta Tercera Posición se encuentra escrita en la Doctrina Justicialista y perfectamente delineada en las miles de realizaciones de nuestra etapa de gobierno, en las conquistas sociales, gremiales y culturales de un pueblo que supo mantener,

impertérrito, su lealtad a estos principios durante los dieciocho años de cruenta lucha bañados por el sacrificio de muchos hermanos muertos, torturados y presos.

Cuando los pueblos fuertes demuestran su calidad humana al mundo, el respeto alcanza límites insospechados. Muestra evidente de ello son los valientes compañeros de Asia que supieron defender su soberanía durante generaciones enteras y luego de su victoria alcanzaron su grandeza por el esfuerzo de todos sus ciudadanos, ocupando un sitio de privilegio en el consenso mundial.

Por ello, libres de toda atadura ideológica extraña a nuestra nacionalidad, la República Argentina puede hablar con igual altura moral a todos los países del mundo, tendiendo su mano generosa, abierta y franca, sin reservas de ninguna especie, porque nuestro justicialismo nos permite buscar y hallar siempre las coincidencias necesarias como para que todos los pueblos puedan hallar en dicha filosofía el camino tan anhelado de la libertad.

Para sintetizar nuestra Tercera Posición Justicialista diremos que en el orden político implica poner la soberanía de las naciones al servicio de la humanidad, en un sistema cooperativo de gobierno mundial, donde nadie es más que nadie, pero tampoco menos que nadie. En el orden económico, la Tercera Posición es la liberación de los extremos perniciosos, como lo son una economía excesivamente libre y otra excesivamente dirigida, para adoptar un sistema de economía social al que se llega colocando el capital al servicio de la economía.

En el orden social, en medio del caos que opera en el mundo fluctuante entre el individualismo y el colectivismo, nosotros adoptamos un sistema intermedio cuyo instrumento básico es la justicia social. En la actualidad, muchos son los países que componen el núcleo de los no alineados y esta misma asamblea demuestra que el Tercer Mundo está en acción positiva.

Es posible que aún no se hayan alcanzado las metas ideales y que algunos intereses solitarios puedan perturbar el gran objetivo, pero ya las dos terceras partes del mundo se unifican en un anhelo defensivo común, que a la postre será la única barrera que impedirá el abuso de los poderosos, logrando un justo equilibrio mundial en esa difícil situación que se avecina a pasos agigantados, a medida que el tiempo transcurre y el siglo XX llega a su fin.

Es indudable que la evolución humana en sus diversos aspectos vitales, nacionales e internacionales, se dirige, como ha sucedido a

lo largo de la historia de nuestra Tierra, hacia integraciones mayores. Del hombre aislado pasamos a la familia, de ésta a la tribu, luego al estado primitivo, la ciudad, el estado medioeval, la nacionalidad y ahora avanzamos en el continentalismo, como lo prueban las organizaciones al estilo Mercado Común Europeo.

Como esta evolución no ha de detenerse allí, frente a una Tierra empedregada en el tiempo, sino en el espacio, por el progreso de la velocidad de los medios técnicos modernos, debemos pensar que la próxima etapa de la evolución será indefectiblemente el universalismo. Hasta el presente, quizás el más grave inconveniente que haya existido para una integración del planeta ha sido, precisamente, la enorme distancia existente entre los grandes núcleos poblados de los diversos continentes. Pero el progreso de los medios de transporte y de las comunicaciones ha obviado esas dificultades, al punto tal que lo que sucede en un polo de inmediato se conoce a los pocos minutos en el otro polo.

Si tenemos en cuenta que estamos aún en el comienzo de las grandes velocidades, será fácil imaginar que pasados unos pocos años podremos dar la vuelta a la Tierra en reducido espacio de tiempo.

El mundo asiste asombrado al avance de la técnica espacial, donde el hombre trabaja por establecer contacto directo con los puntos más dispares del espacio sideral. Ya ha pisado la Luna y tiene allí aparatos mecánicos.

La ciencia ficción se ha convertido en realidad. Pero aunque ello es un avance de la ciencia, también despierta los instintos de poder y el ser humano suele olvidar su pequeñez. Da paso a su egolatría y fabrica terribles armas destructivas cuya utilización causaría su propia destrucción. La locura del delirio de grandeza siempre ha causado la ruina de los grandes imperios. La historia lo demuestra, pero los hombres no aprendemos.

Y surgen evidentes las nuevas expresiones de imperialismos, colonialismos o países meramente designados como satélites. Todo en su gama de variedades, pero todas de igual atropello a la dignidad de los derechos humanos.

En nuestra época actual, dos colosos unidos entre sí por la conquista del mundo, pero observándose disimuladamente para aprovechar cualquier descuido, ejercen presión según sus características sobre los indefensos países en vías de desarrollo, buscando la materia prima y el alimento que necesitan para mantener su enorme poderío.

Su avance es sumamente pernicioso para la vida de los pueblos que luchan con escasos recursos por su liberación política, social y económica en busca de su soberanía nacional. En su orfandad individual, estos pueblos van comprendiendo que deben unirse entre todos para presentar un frente común ante un enemigo común.

Y aquí repito una frase que es básica en la vida de nuestros pueblos, especialmente para los de la América Latina y para todos los pueblos del Tercer Mundo: *el año 2000 encontrará a los pueblos unidos o esclavizados*. ¿Qué nos deparará el futuro? Uno de los informes que presentaron últimamente las Naciones Unidas sobre la situación demográfica mundial, es digno de una profunda meditación, para quienes actúan o dirigen los destinos de las naciones.

Se comprueba que el crecimiento vegetativo demográfico es alarmante en un mundo que ya padece hambre y desnutrición. Se observa que el decenio presente que va desde 1970 a 1980, puede ser el de más acelerado crecimiento demográfico mundial jamás alcanzado en su alto promedio y aunque se prevé que en la última parte del siglo dicho aumento no será tan marcado es evidente que la población del mundo que ahora presenta la cantidad de 3.600 millones de personas, alcanzará para el año 2000 unos 6.500 millones de personas a las que habrá que alimentar y proteger.

Es interesante observar una reflexión que hace la entidad Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, especializada en temas estadísticos para fines especulativos. Dicen en su informe que es preciso tomar nota de una eventual cesación del crecimiento poblacional mundial alrededor del año 2010, pero a pesar de ello estiman que para el año 2050 la población de las regiones actualmente más desarrolladas podría llegar a un total de 2000 millones de seres y la de las regiones menos desarrolladas alcanzarían a unos 9000 millones. Esto nos daría una cifra de 11.000 millones de seres humanos para el año 2050 y estamos tan sólo de esa fecha a setenta y siete años de distancia en el tiempo.

Si encaramos ese futuro con los elementos de que disponemos actualmente pero en forma desorganizada e individual, veremos que salvo unos débiles y esporádicos intentos profilácticos no se alcanzan a cubrir las necesidades sanitarias de un mundo desequilibrado y enfermo. Las poblaciones de muchos países están totalmente indefensas e inermes ante el avance de los males endémicos y contagiosos. Muchos países del África, por ejemplo, tienen una mortalidad infantil anual de unos 200 niños sobre 1000 que nacen. También en

nuestro querido continente latinoamericano, tan rico y fértil y tan pobre y sacrificado sanitariamente, mueren los niños con la misma intensidad que en África.

Las causas son siempre iguales, la falta de atención, la desnutrición, la carencia de viviendas dignas y saludables. Pero sobre todo, por una inercia e insensibilidad causada por el cansancio de luchar solitariamente sin que el mundo contemple prácticamente la necesidad de luchar denodada y organizadamente contra esos flagelos, de la misma manera que los virus lo realizan cuando encuentran un cuerpo desnutrido e indefenso. Si los microbios saben organizarse y se multiplican en su ataque, resistiendo a todos los esfuerzos, ¿por qué nosotros que somos humanos no hacemos lo mismo?

Es cierto que mucho han aumentado los recursos de la ciencia y de la técnica en los mismos medios empleados para erradicar las epidemias. Pero al mismo tiempo, esa misma técnica ha llevado la muerte desembozadamente al mundo, cuando sus máquinas crean la polución del medio ambiente, anulando el oxígeno o por lo menos quitándole su pureza, tan necesaria para la vida humana. Cuando las aguas de todos los ríos se encuentran contaminadas por los desechos de las industrias. Cuando las explosiones radiactivas causan males en la salud y eliminan la fertilidad de los campos, ya bastante castigados por la insensatez de la humanidad; cuando la fauna marina, considerada como la reserva del mañana, es exterminada por los desperdicios de petróleo, plásticos y explosiones marinas nucleares.

Esta es la destrucción que camina por el mundo a grandes zancadas, de mano del mismo hombre que deberá padecer sus consecuencias en un futuro no muy lejano.

Así vemos que los hombres van entrando en un camino de desesperanza, en el cual caeremos todos sin excepción si no sabemos unirnos, organizamos y solidarizarnos a tiempo.

Tenemos enfermedades que ya no deberían convivir con la raza humana, puesto que vienen con nosotros desde los tiempos bíblicos. El paludismo, aunque es bastante combatido en los 146 países cuyas zonas son evidentemente palúdicas, prosigue su avance imperturbable en zonas que no son de sus características. La causa, la deficiencia de los servicios sanitarios.

La tuberculosis: se conoce que existen en el mundo unos 20 millones de tuberculosos infecciosos, los cuales transmiten la infección a otros 50 millones de seres. Los informes explican que se poseen los medios profilácticos efectivos como para combatirla con todo éxito

pero que escasean los elementos humanos para aplicar la técnica, por falta de medios económicos. Triste afirmación, en un mundo que despilfarra con suma largueza millones de dólares en armas de guerra o en cohetes espaciales para que nos unan con otros planetas. ¿No piensan que de seguir por este camino, solamente podremos exportar allí millones de esqueletos resultantes de la falta de atención a las enfermedades?

El cólera, por su parte, sigue haciendo estragos pese a todos los esfuerzos que se realizan. Las enfermedades venéreas, como la sífilis y la blenorragia, suman una alarmante cantidad de clientes. Las estadísticas de las Naciones Unidas manifiestan que existen entre 30 a 40 millones de seres humanos afectados de sífilis y que más de 160 millones padecen infecciones gonoicas. En tanto la lepra se calcula en unos 11 millones de enfermos... Y aquí el mal de Chagas y sus correlaciones cardíacas y otra larga serie de enfermedades endémicas contagiosas, que sería largo enumerar, nos muestran la cara real de un mundo pleno de luces brillantes, de pasiones incontroladas, de necesidades y violencias que de manera alguna parece hallarse preparado para afrontar la tremenda realidad que la expansión demográfica le depara a corto plazo.

Si a este panorama le agregamos el gran despilfarro que hacemos de los bienes de consumo, sobre todo los de primera necesidad, tendremos la obligación de enfocar con suma urgencia, seriedad y con vocación de servicio las medidas a realizar conjuntamente entre todos los países del mundo, sin excepción alguna.

Empero, esta situación puede alcanzar una adecuada solución si deponiendo los falsos apegos nacionalistas nos colocamos abiertamente y con sinceridad en el camino del universalismo, conformando el instrumento regulador mundial que permita a todos los países del mundo colaborar en la producción de los elementos primordiales para el desarrollo y la subsistencia de los pueblos, otorgándole un equitativo reparto de los mismos, sin alterar en absoluto la soberanía y la dignidad de las naciones.

He dicho hace tan sólo unos pocos días ante los trabajadores de mi país, que solamente la conformación de un Tercer Mundo podría ser la garantía que espera la raza humana para disfrutar de un mundo mejor, donde no existan niños de corta edad que se mueren sin ver la vida, ni seres humanos que padezcan miserias y enfermedades por falta de atención o de elementos sanitarios. Todos los países del Tercer Mundo deben organizarse férreamente en dicho sentido,

dejando de lado todo aquello que pudiera ser motivo de una perturbación. La vida de la raza humana así lo exige.

Si los diversos continentes no se unen estrechamente, llegará el día en que, faltando los alimentos y las materias primas que ya están en plena escasez mundial, veremos a los fuertes tomar desconsideradamente aquello que no les pertenece, anexando o eliminando, según su conveniencia, a los países como si fueran meros juguetes. Tal vez lleguen a dominarnos hasta telefónicamente.

Ayer fue la época de las nacionalidades, hoy es la época del continentalismo y, muy en breve, será la del universalismo. Es preciso trabajar unidos, solidarios y organizados, respetando siempre las costumbres y la soberanía de los demás pueblos, pero buscando siempre la solución adecuada para estos acuciantes problemas en bien de la comunidad universal, y tal vez un día podamos designarnos todos con el honroso título de ciudadanos del mundo. En nuestro continente latinoamericano, muchos son los líderes populares que trabajan en este sentido fraternal y los resultados obtenidos son muy halagüeños, esperando que muy pronto lograremos un acuerdo importante si no total. Nuestros trabajadores están conformando ya la Confederación General del Trabajo Continental. Ello es un paso sumamente importante.

También en esta tarea, que es de todos y no patrimonio de nadie en particular, los argentinos no buscamos liderazgos ambiciosos, sino que somos compañeros integrantes de una misma causa, cimentada en la felicidad de los pueblos, sin otro vínculo que el galardón de una limpia y eterna amistad.

Esta conducta, que hemos recibido de nuestros mayores y que es ineludible deber de todo argentino, nos ha ganado muchos amigos en las partes más lejanas del mundo, que valoramos en toda su inmensidad pues, cuando los pueblos que luchan por su libertad se apoyan entre sí, las raíces de su amistad se introducen hasta las fibras más sensibles del alma.

Si se observan en su conjunto los problemas que se nos plantean y que hemos enumerado, comprobaremos que los mismos provienen tanto de la codicia y la imprevisión humanas, como de las características de algunos sistemas sociales, del abuso de la tecnología, del desconocimiento de las relaciones biológicas y de la progresión natural del crecimiento de la población humana, aunado al egoísmo de una política imperialista, mal enfocada en relación a la soberanía de los pueblos.

Esta heterogeneidad de las causas debe dar lugar también a las mismas variantes en las respuestas, aunque en última instancia tengan como común denominador la utilización de la inteligencia humana. Tal como el Justicialismo lo proclama, a esa irracionalidad del suicidio colectivo, debemos responder, los pueblos del Tercer Mundo, con la racionalidad del deseo de supervivencia. Y tal como lo hiciera anteriormente en un llamado a los pueblos del mundo, reitero en la hora presente aquello que nosotros consideramos como el plan mundial de cooperación, con cuya aplicación lograremos poner freno e invertir a nuestro favor esta marcha apresurada hacia el desastre mundial:

- 1° Son necesarias y urgentes: una revolución mental en los hombres, especialmente en los dirigentes de los países más altamente industrializados, una modificación de las estructuras sociales y productivas en todo el mundo, en particular en los países de alta tecnología donde rige la economía del mercado y el surgimiento de una convivencia biológica dentro de la humanidad y entre la humanidad y el resto de la naturaleza.
- 2° Esa revolución mental implica comprender que el hombre no puede reemplazar a la naturaleza en el mantenimiento de un adecuado ciclo biológico general, que la tecnología es un arma de doble filo, que el llamado progreso debe tener un límite y que incluso, tal vez, sea necesario renunciar a algunas comodidades que nos ha brindado la civilización, que la naturaleza debe ser restaurada en todo lo posible, que los recursos naturales resultan agotables y, por lo tanto, deben ser cuidados y racionalmente utilizados por el hombre, que el crecimiento de la población debe ser planificado sin preconceptos de ninguna naturaleza, que por el momento, más importante que planificar el crecimiento de la población es aumentar la producción y mejorar la distribución de alimentos y la difusión de servicios sociales, como la educación y la asistencia sanitaria, y que la educación y el sano esparcimiento deberán reemplazar el papel protagónico que los bienes y servicios superfluos juegan actualmente.
- 3° Es preciso reconocer en forma incuestionable que cada nación tiene el derecho al uso soberano de sus propios recursos naturales. Pero, al mismo tiempo, cada gobierno tiene la obligación de exigir a sus ciudadanos el cuidado y la utilización de los mismos. El derecho a la subsistencia individual impone el deber hacia la supervivencia colectiva, ya se trate de ciudadanos o de pueblos.

- 4° La modificación de las estructuras sociales y productivas en el mundo implica que el lucro desmesurado y el despilfarro no pueden seguir siendo el motor básico de sociedad alguna, y que la justicia social debe erigirse en la base de todo sistema, no sólo para beneficio directo de los hombres, sino para aumentar la producción de alimentos y bienes necesarios; consecuentemente, las prioridades de producción de bienes y servicios deben ser alteradas en mayor o menor grado, según el país de que se tratare. En otras palabras: necesitamos nuevos modelos de producción, consumo, organización y desarrollo tecnológico que, al mismo tiempo que den prioridad a la satisfacción de las necesidades esenciales del ser humano, racionen el consumo de recursos naturales y disminuyan al mínimo posible la contaminación ambiental.
- 5° Necesitamos con urgencia el avance de un hombre mentalmente nuevo, que se desenvuelva en un mundo físicamente nuevo. No es posible construir una nueva sociedad basada en el pleno desarrollo de la personalidad humana, en un mundo viciado por la contaminación del ambiente, exhausto por el hambre y la sed, enloquecido por el ruido y el hacinamiento, incitado permanentemente al vicio, las drogas y la violencia. Debemos transformar las ciudades-cárceles del presente en las ciudades-jardines del futuro.
- 6° El crecimiento de la población debe ser planificado, en lo posible de inmediato, pero a través de métodos que no perjudiquen la salud humana, según las condiciones particulares de cada país. La República Argentina, por ejemplo, no está en dicho caso pues necesita mayor capital humano para su desarrollo integral, además esta planificación debe ser realizada en el marco de políticas económicas y sociales globalmente racionales.
- 7° La lucha contra la contaminación del ambiente y la biosfera, el despilfarro de los recursos naturales, el ruido y el hacinamiento de las ciudades y el crecimiento explosivo de la población del planeta, debe iniciarse de inmediato a nivel municipal, nacional e internacional. Estos problemas en el orden internacional deben pasar a la agenda de las negociaciones entre las grandes potencias y a la vida permanente de las Naciones Unidas, con carácter de verdadera prioridad. Este, en su conjunto, no es un problema más de la humanidad, es el verdadero problema.

8° Todos estos problemas están ligados de manera indisoluble con el de la justicia social, el de la soberanía política y de la independencia económica del Tercer Mundo, y la distensión y la cooperación internacional. Muchos de estos problemas deberán ser encarados por encima de las diferencias ideológicas que puedan separar a los individuos dentro de sus sociedades o a los Estados dentro de la comunidad internacional.

Finalmente quiero dirigirme desde esta importante tribuna a los integrantes de los países no alineados y a todos cuantos conforman el Tercer Mundo, en manera muy especial, dado que por las particulares características que poseemos el problema acuciante nos toca a todos muy de cerca.

Debemos cuidar nuestros recursos naturales, con todas las fuerzas posibles, de la voracidad de los monopolios internacionales, que los buscan para alimentar un modelo absurdo de industrialización y desarrollo en los centros de alta tecnología donde rige la economía del mercado. Ya no es posible producir un aumento en gran escala de la producción alimenticia del Tercer Mundo sin un desarrollo paralelo de las industrias correspondientes.

Por ello, cada gramo de materia prima que se dejan arrebatar hoy los países del Tercer Mundo equivale a kilos de alimentos que dejarán de producir mañana. De nada vale que evitemos el éxodo de nuestros recursos naturales si seguimos aferrados a métodos de desarrollo que están preconizados por esos mismos monopolios, que significan la negación de un uso racional de los mismos.

En defensa de sus intereses, los países deben propender a las integraciones regionales y a la acción solidaria.

No debe olvidarse que el problema básico de la mayor parte de los países del Tercer Mundo es la ausencia de una auténtica justicia social y de participación popular en la conducción de los asuntos públicos, sin que ello signifique la violencia o la desorganización que suelen causar las improvisaciones. Todo debe hacerse en su medida y armoniosamente.

Sin una verdadera justicia social, el Tercer Mundo no estará en condiciones de enfrentar las angustiosamente difíciles décadas que se avecinan.

La humanidad debe ponerse en pie de guerra en defensa de sí misma. En esta tarea gigantesca, nadie puede quedarse con los brazos cruzados. Por eso convoco a todos los pueblos y gobiernos del

mundo a una acción solidaria, dispuestos a luchar por la libertad y la felicidad humanas, con toda la fuerza telúrica que nuestros orígenes comunes han depositado genéticamente en nuestra sangre indígena. Y tomado del sagrado Corán leemos que dijo el sabio profeta: “Haz por este mundo como si debieras vivir siempre y por el otro, como si debieras morir mañana”.

El hombre es hermano del hombre, quiera o no quiera.

MENSAJE A LOS CANCELLERES DE LA CUENCA DEL PLATA*

Deseo dar, en primer lugar y como es costumbre tradicional, la bienvenida a los señores Cancilleres a este país que también es de ustedes. No puedo llamarles “huéspedes” del pueblo argentino porque dentro de nuestra gran familia americana, en cualquier lugar de América en que estemos, debemos considerarnos como en la propia casa. Es, señores Cancilleres, teniendo eso en nuestras mentes, que debemos trabajar para el común beneficio regional. Así lo siento y así lo digo.

Esta VI Reunión de Cancilleres de los Países de la Cuenca del Plata que hoy se inaugura tiene una tarea muy importante que cumplir.

Las inmensas riquezas naturales de esta región deben y pueden explotarse intensamente para beneficio de los pueblos que la habitan. Si lo hacemos en forma racional, ello nos permitirá convertirnos en las naciones ricas del futuro, a lo que justamente aspiramos para bien de nuestros pueblos. En un mundo donde la solidaridad no es ya más un compromiso sino una imperiosa necesidad, el contar con ese verdadero emporio de riquezas es una bendición de Dios que asegura la participación de nuestros países en las grandes soluciones que deberá tomar la Humanidad en el porvenir.

La región que comprende la Cuenca del Plata es el corazón de América. Tiene, como dijimos, grandes riquezas naturales y una población aproximada a los sesenta millones de habitantes, que al

* Discurso pronunciado por el presidente Juan D. Perón al inaugurar la VI Conferencia de Cancilleres de la Cuenca del Plata en el Centro Cultural General San Martín de la Ciudad de Buenos Aires, el 10 de junio de 1974.

finalizar el siglo se habrán transformado en más de cien millones. Población ésta que ha surgido del feliz encuentro de hijos de españoles y portugueses con los autóctonos habitantes de esta significativa zona del continente americano.

Pero si es una región con inconmensurables riquezas es también una región de grandes contrastes, donde hay lugares que tienen altos índices de mortalidad, donde hay sitios en que la asistencia médica es casi inexistente y donde se necesita luchar sin descanso para combatir el analfabetismo. Por otra parte, también en la Cuenca del Plata están situados los dos más grandes polos de desarrollo de la América Latina. Al lado de espacios económicos vacíos, hay conglomerados humanos que son de los más grandes del mundo. Los centros urbanos del Gran Buenos Aires y de San Pablo, que ahora se acercan a los 16 millones de habitantes, llegarán en el año 2000 a cerca de 32 millones, es decir, se habrán prácticamente duplicado.

Conseguir el desarrollo armónico de la región, teniendo en cuenta los intereses de los cinco países a que pertenece el territorio de la Cuenca, conseguir que esas larguísimas fronteras vacías se dinamicen y se pueblen con habitantes que vivan en paz y seguridad, debe ser, en mi concepto, el propósito y el objetivo del programa a cumplir. Y esto constituye el desafío más grande que se haya hecho en nuestra época a la capacidad y a la imaginación creadora del hombre.

Para enfrentar este desafío necesitamos, no sólo los más modernos conocimientos técnicos, la comprensión acabada de la tecnología de nuestros días, sino también una especial aptitud moral y una especial actitud espiritual que nos permita ver los problemas y buscar las soluciones con una gran comprensión para nuestros mutuos anhelos y aspiraciones, y con gran perspectiva histórica.

Estimo que el camino recorrido en estos siete años de institucionalización del programa de desarrollo de la Cuenca, puede considerarse como positivo. Posiblemente, hayan sido también los años más difíciles en que la tarea versó sobre el inventario de problemas por resolver que venían de antes y no de coincidencias sobre tareas futuras.

Quiero hacer una reflexión sobre lo que considero debe ser el contexto en que debieran desarrollarse las relaciones internacionales en la Cuenca del Plata. Hasta nuestros días la forma más clásica de las relaciones internacionales ha sido la bilateral, la que contraponen los intereses de un Estado con los de otro Estado, de un gobierno con los de otro gobierno. No creo que la suma de esas relaciones bilaterales

entre nuestros cinco países pueda ser el marco adecuado en que deban desarrollarse las relaciones económicas, sociales y culturales del área. Esas relaciones políticas, económicas y culturales deben coordinarse en función de los intereses de los cinco países, en su conjunto y no como el resultado de los acuerdos bilaterales de los países que componen la Cuenca del Plata.

Aún hoy en día existe la preocupación de lo que podemos ganar o perder en nuestro quehacer económico diario. Es lógico y natural que así sea. Pero en un programa de desarrollo multinacional no debe interesarnos lo inmediato sino cuál va a ser la rentabilidad de nuestras inversiones en un plan a mediano o largo plazo. Si con ello contribuimos a que la región se desarrolle en forma gradual y armónica, como se pretende en el Tratado de la Cuenca, a que se eleve la capacidad adquisitiva de otros sectores de la población, o que no se produzcan tensiones sociales que tienen un fuerte impacto en la economía, habremos contribuido eficazmente a consolidar la posición de todos los países de la Cuenca.

Por eso el desarrollo de esta región exige que todos los países actúen con un sentido de grandeza. Siempre he dicho que los pueblos que tienen que desempeñar un papel por sus riquezas naturales o sus recursos humanos tienen una especial obligación de actuar con ese sentido de grandeza. Y a todos nos corresponde también una tarea fundamental en ayudar a encauzar, dirigir y armonizar posibles dificultades que se presenten en esta gran familia de países hermanos.

Sé también que, principalmente, el programa de desarrollo de la Cuenca es un programa de integración física, que consiste en construir caminos, puentes, utilizar los ríos, construir represas, mejorar y facilitar todos los medios de comunicación. Pero creo que en nuestros días, eso ya no es suficiente. He dicho y repetido varias veces que el año 2000 nos encontrará unidos o sometidos. Es esta una realidad que se impone al mundo americano y nosotros debemos actuar conforme a ella con la decisión y prontitud que la celeridad del proceso requiere.

No debemos olvidar y sí tener en cuenta que para los países americanos en desarrollo estos años del fin del siglo van a ser de fundamental importancia.

Es un hecho indiscutible el que en las distintas regiones del mundo las naciones se aglutinen y se unan no para hacer la guerra en el sentido clásico sino para defenderse y defender a sus pueblos de los peligros inminentes de una superpoblación y de una

superindustrialización. Se están consumiendo aceleradamente nuestros recursos naturales no renovables, se está contaminando el planeta, algunos países enfrentan el problema de la superpoblación y otros, como nosotros, la falta de mano de obra para impulsar su desarrollo. Y ese consumo indiscriminado o extinción de nuestros recursos naturales no lo hacen los países americanos sino otras naciones que los utilizan en propio beneficio.

De allí la necesidad de unirnos para defenderlos y para que su aprovechamiento redunde en beneficio de sus legítimos propietarios y de la región que los circunda. Necesitamos integrarnos, necesitamos participar de nuestros problemas, de nuestras necesidades, de nuestras aspiraciones culturales y sociales.

Con esto quiero decir que la integración de la que hablo no se agota en el simple intercambio o compraventa de bienes de consumo. La integración económica es un aspecto muy importante, pero no es, en absoluto, toda la integración. Lo que debemos hacer es estudiar los procedimientos, analizar los métodos, las distintas formas en que podemos avanzar en el proceso de la integración social, cultural, laboral, técnica y política de nuestro continente. Debemos poner énfasis en estos aspectos no-económicos de la integración. Sé que los señores Cancilleres conocen perfectamente estos problemas, y que en una u otra medida comparten estas ideas. Me he permitido hacer referencia a la integración porque creo que allí está el porvenir de América. Es mi principal anhelo que nuestros países comiencen cuanto antes una tarea efectiva en ese sentido.

Debiéramos preguntarnos por qué se han dejado de hacer en la Cuenca del Plata diversas cosas de beneficio mutuo y tratar de imprimir al proceso un ritmo mucho más dinámico y efectivo. Para ello creo que es muy importante que se analicen las instituciones y la forma en que pueden ser perfeccionadas para cumplir los fines que nuestros pueblos se han propuesto. Para analizar y perfeccionar esas instituciones mi gobierno y mi país están abiertos a todas las sugerencias, a todos los proyectos, a todas las formas posibles que se propongan para ir haciendo crecer el programa de desarrollo de la Cuenca.

Además del aspecto institucional, creo que podemos y debemos impulsar el programa si ponemos énfasis en aquellos aspectos no conflictivos, en aquellos proyectos en que existe un verdadero “interés común”. Muchas veces nos empeñamos y nos quedamos años discutiendo los problemas que nos separan, en vez de avanzar sobre aquellos objetivos que nos unen.

Es natural y lógico que los países defiendan decididamente lo que creen ser sus derechos. Pero eso no debe impedir que se siga trabajando en otras cuestiones que no sean conflictivas, con amplio espíritu de colaboración fraternal y de grandeza que debe caracterizar al hombre americano, y que pongamos en esta gesta por nuestra liberación de todo sojuzgamiento, las energías que el apoyo de nuestros pueblos nos proporciona para satisfacer sus ansias de mejoramiento, justicia y libertad.

Señores:

En esta VI Reunión de Cancilleres de los Países de la Cuenca del Plata se deberá responder afirmativamente al juicio de la historia. No dudo que la buena voluntad que ha privado en las reuniones anteriores y el espíritu de colaboración que ahora nos une hará fácil el recorrer juntos el camino que hemos elegido para obtener los resultados positivos que todos anhelamos.

Señores Cancilleres:

Lo repito, esta es vuestra casa; no solamente este recinto o la ciudad de Buenos Aires que os recibe con entusiasmo, sino toda la Argentina. Así es como mi pueblo lo siente y para mí es un placer y un honor transmitir ese sentimiento.

PARTE III

POLÍTICA Y ESTRATEGIA*

* En este capítulo se reúnen los artículos que, sobre el tema “Política y Estrategia”, se han publicado semanalmente en el diario *Democracia*, de Buenos Aires, escritos por Perón y firmados con el seudónimo “Descartes”. (N. del E.)

LA PUBLICIDAD Y EL IMPERIALISMO

La influencia que a principios del siglo adquirió la publicidad ha sido decisiva para su utilización en la política internacional y en la guerra.

El prestigio de los antiguos diarios veraces y difusores del bien, aprovechado por aventureros y traficantes, sufrió la suerte consiguiente. La opinión no pudo haber escapado a la terrible deformación de todos los valores que ha caracterizado nuestro tiempo.

Hoy no es un secreto para nadie que muchos consorcios y cadenas de diarios no son sino empresas comerciales, que venden papel escrito como se venden cosméticos o artículos de ferretería.

Antes, los diarios pobres pero honrados se elevaron moralmente con su información leal y su prédica honorable. Cuando apareció la publicidad fueron poco a poco envileciendo su primitiva posición para servir los móviles de sus avisadores y su propaganda. Convertidos así en un vulgar comercio, los diarios degeneraron poco a poco en verdaderos monopolios.

Hoy no hay quien no utilice la publicidad para fines propagandísticos con resultados variables. Pero los imperialismos se sustentan en algo más serio que la simple publicidad. A ellos no les es suficiente publicar un aviso para vender su artículo, sino que deben imponerlo a toda costa, y para eso no es suficiente avisar. Por eso los Estados han creado todo un servicio publicitario, disfrazado con diversos nombres o siglas. Este servicio comprende toda una organización que involucra al que hace o inventa la noticia, la estudia, la explota, la depura, la distribuye y la reproduce. Es claro que todo este organismo, que comprende las llamadas fuentes de información y empresas internacionales de noticias, obra con un

designio que se imparte como objetivo desde un lugar central que dirige y comanda el grupo.

Si desde un diario se puede hacer un chantaje a una persona, desde esa organización se lo puede hacer a toda una nación. Por este medio es posible llevar al descrédito a un gobierno, y a un pueblo entero a la guerra.

Algunas de estas empresas internacionales pertenecen o trabajan para los servicios de espionaje de los países que, mediante el zanjeado arbitrario de la libertad de información y acceso a las fuentes de información, abren el camino a la actuación de numerosos agentes y espías, asegurándoles un cierto grado de impunidad.

La libertad de prensa, que es motivo de intensa campaña, no presupone la defensa de principio alguno, sino una verdadera agitación internacional dirigida a imponer una forma de influir en la opinión por los medios publicitarios al servicio de las empresas y países que la costean. Si no, ¿cómo se explicaría que Rusia, que hasta 1945 fue para todos los diarios un modelo de democracia, ya en 1946 fuera la más atroz de las dictaduras, y que respecto a España, que hasta hace unos meses sufrió sanciones y el anatema de la tiranía, en pocos días toda “la prensa libre” cambiara diametralmente de opinión?

Cuando se habla de “opiniones independientes” de los grandes diarios con insistencia sospechosa, en numerosos órganos de distintos países, puede individualizarse perfectamente la organización del monopolio que abarca el “trust” de publicidad dirigido por las grandes centrales de los países. Los congresos internacionales de editores no son otra cosa que reuniones sui generis de directorio o de empleados que van a esas centrales a recibir instrucciones. El pueblo los ha llamado con propiedad “la voz del amo”.

No es un secreto para nadie que en el país se editan diarios dependientes, dirigidos y administrados en el exterior, que cuando tienen un contratiempo aquí las protestas se producen a 4.000 kilómetros de distancia. Todo esto no es nuevo ni debe movernos a perplejidad porque es un episodio más de la lucha política internacional accionando subterráneamente, pero movida por manos tan incapaces como irresponsables.

En su mayoría, estos diarios, que invocan aquí y allá a la opinión pública, no la representan en manera alguna. Pretenden encaminar a esa opinión hacia los intereses u objetivos que defienden, no siempre confesables, lo que los obliga a ocultarse tras el engaño que invocan.

Las campañas sincronizadas a base de noticias fabricadas, calumnias inauditas y falsedades de a puño no son en manera alguna peligrosas para nadie, pues los pueblos han llegado a descubrir la verdad a través de la mentira. Sin embargo, esos diarios tendrán su mejor castigo en el hecho de que cuando digan la verdad nadie se la va a creer.

15 de marzo de 1951

“NO EXISTEN ENEMIGOS NI AMIGOS PERMANENTES: EXISTEN INTERESES PERMANENTES”

La economía no puede circunscribirse al despojo de los demás por el sistema colonial o el régimen capitalista. Ambos conducen al comunismo, como que son su causa.

Los imperialismos han obrado con habilidad, pero no con inteligencia. El capitalismo, a su influjo, obró con crudeza, pero no con habilidad.

Los imperialismos han hecho su política con la economía, o bien su economía con la política. Por eso el imperialismo económico termina dominando políticamente a los países que sojuzga, formando su imperio de amenaza, coacción y “castigo económico”. El imperialismo político lleva su dominio integral al despojo económico en beneficio de la metrópoli. Ambos sistemas combinados han sido el camino del coloniaje moderno.

Por eso, cuando nosotros declaramos la independencia económica, estamos desmembrando un imperio, aun cuando no nos demos cuenta de ello.

Se atribuye a Disraeli la afirmación: “No existen enemigos ni amigos permanentes; existen intereses permanentes”. Si el imperialismo, en vez de saquear a las naciones y explotar a los pueblos y a los hombres, los hubiera desarrollado y ligado a sus intereses, la actualidad sería otra. Llevados por la avaricia y el egoísmo, sacaron el provecho inmediato del despojo y no pensaron en las conveniencias de un futuro mediato. Hoy los pueblos expoliados y escarnecidos no quieren reaccionar ante un peligro anunciado, porque temen más al dolor y sufrimiento presentes. La ruina de la metrópoli, para muchos de ellos, lejos de representar un peligro, puede significar una liberación. No están ligados a su destino y sus objetivos no son comunes, como no es común su suerte.

Parecía inútil insistir en que la codicia despiadada del imperia-
lismo para sojuzgar naciones y la avaricia del régimen capitalista
en la explotación inhumana de los pueblos y de los hombres han
sido las causas de todos los males que azotan al siglo XX, incluso el
comunismo.

Norteamérica ha rehusado sistemáticamente colaborar con
Latinoamérica en un plan orgánico de explotación e industrialización
de sus recursos. Impidió la realización de la Conferencia Económica
de Buenos Aires, impuesta como condición para efectuar la de Río de
Janeiro. Su llamada colaboración económica fue siempre esporádica
y circunstancial en provecho de sus directos intereses económicos
y políticos.

El Plan Marshall fue un verdadero azote para la economía la-
tinoamericana. Cerró toda posibilidad de colocación de sus exce-
dentes, ante un verdadero “dumping” hecho por Estados Unidos.
Esto constituyó, para países como el nuestro, con extensión o sin
ella, una verdadera agresión a su economía, que provocó grandes
dificultades en 1948.

Ahora que las papas queman se requiere la solidaridad de la
economía latinoamericana, como ocurrió en Chapultepec, Río de
Janeiro, Bogotá y en la última reunión de cancilleres. Hasta ahora
se han recibido sólo expresiones de buena voluntad; pero, pasado el
momento crítico, todo queda en la nada, aunque sí cubierto el interés
político y económico de Norteamérica.

Ni los sistemas ni los hechos permiten forjarse ilusiones. La
dura escuela de la experiencia nos aconseja confiar sólo en nuestra
propia ayuda. En esta emergencia no somos precisamente nosotros
quienes necesitamos ayuda.

Tenemos lo que otros precisan. Necesitamos lo que otros tienen.
Si nos ayudan, ayudaremos. La cooperación nunca ha sido cuestión
de palabras, sino de hechos.

19 de abril de 1951

BUENOS Y MALOS VECINOS

En política internacional y entre países soberanos no puede existir la unilateralidad; toda acción deberá estar basada en una absoluta reciprocidad de propósitos y realidades. Es natural que, cuando se hable de “buenos vecinos”, no ha de significar que unos seamos los “buenos” y los otros los “vecinos”.

Para los países responsables, los compromisos internacionales son actos muy serios y han de basarse, para que sean efectivos, en la buena fe, en la mutua conveniencia y la reciprocidad. Sólo ello conduce, mediante las permanentes y constructivas relaciones, a la unidad de propósitos y de acción. La amenaza o la presión sólo conducen a obtener “amigos a la fuerza”. Los compromisos unilaterales de un gobierno, a espaldas de su pueblo, son de ejecución muy aleatoria y poco aconsejables en tiempos de crisis.

La política internacional es un sistema de pesos y contrapesos; no es un sistema de engaños ingeniosos y menos de presiones groseras. En este campo, quien espere recibir ha de estar resignado a dar en la medida que necesite. De otra manera, podrá exigirlo por la fuerza; pero esto es ya materia de guerra.

Cuando se habla de “solidaridad continental”, el sentido de la reciprocidad adquiere carácter colectivo y, en consecuencia, las obligaciones pasan a ser multilaterales.

* * *

Desde que nada hay más sagrado para una nación que su territorio, la mayor y primaria obligación de la solidaridad es la defensa territorial del continente.

En 1833 se produce el ataque a las islas Malvinas por fuerzas británicas y su ocupación violenta.

Desde ese momento, la nación más poderosa de América ha apoyado el despojo, pese a la doctrina Monroe. En Bogotá, Río de Janeiro y cuanta conferencia se realiza aparece este problema presentado por la Argentina, sin que siquiera se haya conseguido un apoyo moral.

Termina de realizarse la reunión de cancilleres en Washington y, una vez más, con idéntico resultado y la consabida abstención norteamericana, la Argentina ha mentado su justo pleito en procura de solidaridad continental.

Frente a esto, ¿cuál deberá ser el estado espiritual del pueblo argentino, cuando se le insinúa la exigencia de hacer matar a sus hijos y destruir sus riquezas para repeler una agresión al continente americano, que puede producirse desde Asia o Europa?

¿No recordarán instintivamente los argentinos que hace pocos días, en una conferencia de cancilleres americanos, se les ha negado un voto —un tanto lírico— en defensa del sagrado derecho de reivindicar su territorio despojado por un país extracontinental?

¿Podría el gobierno argentino, a espaldas de su pueblo agraviado por la ingratitud y la injusticia, contraer compromisos unilaterales?

Evidentemente hay contestaciones que más vale ni ensayar.

26 de abril de 1951

“LA DIGNIDAD DE LA IGUALDAD Y LA VERGÜENZA DEL SOMETIMIENTO”

En la política internacional, como en casi todas las cosas de la vida, hay verdades aparentes y una verdad real. El secreto de la conducción que lleva al éxito está en desentrañar la realidad entre la ficción. Una falsa información, basada en una verdad aparente, satisface y halaga a veces el propio pensamiento, pero no ayuda a triunfar. El éxito se elabora y construye sobre la realidad y no sobre las falsas apariencias, por halagadoras que éstas sean.

“La era colonial ha pasado”, ha dicho el general MacArthur. Todos los pueblos “tienen el derecho de dar forma libremente a sus propios destinos”. Lo que los pueblos buscan ahora “es la dignidad de la igualdad, no la vergüenza del sometimiento”. Palabras sabias y prudentes, asestadas como un latigazo en el rostro de todos los entreguistas del mundo.

¿A cuántos de nuestro continente alcanzará esta lección? ¿Cuántos políticos y publicistas al servicio de la traición y de la entrega oirán las palabras de un hombre sensato? ¿O seguirá el dinero pesando más que la verdad y el anhelo de los pueblos?

El error de muchos hombres de gobierno, en las democracias inorgánicas del Nuevo Mundo, está en no interpretar y respetar las aspiraciones populares. Vivimos una época en que los gobiernos miran demasiado hacia afuera de sus fronteras y lo esperan todo de la ayuda que ha de venirles de los poderosos. Por eso, también, su política está influida por inscripciones foráneas, acompañadas de abundantes medios económicos. Mr. Braden se quejaba amargamente de que, siendo embajador de Estados Unidos en la Argentina, se habían invertido muchos millones de dólares para anular a Perón, pero que esos dólares le habían sido robados por los dirigentes políticos

de la Unión Democrática, en vez de ser utilizados para comprar el favor popular. Olvidó Mr. Braden que “quien da pan a perro ajeno pierde el pan y pierde el perro”. Y que si los gobiernos y los políticos, al decir de Napoleón, “todos tienen precio”, en cambio, los pueblos no se venden.

Como consecuencia de tales graves errores en la conducción política de los pueblos, se ha hecho casi una regla que los gobiernos estén divorciados del sentimiento popular, y que, mientras ellos son un instrumento dócil del imperialismo, los pueblos sigan siendo fieles a los principios de libre determinación y soberanía. Sólo mediante tal aberración es posible observar la monstruosidad jurídica de gobiernos, delegados y órganos publicitarios que sostengan la intervención en los países menores por los poderosos. De eso a la colonia hay un solo paso.

Todos estos hipócritas son doblemente traidores. Traicionan a su pueblo y engañan al poderoso. Muchos de ellos piensan lo contrario de lo que dicen: basta oírlos privadamente; en el fondo, no comparten la idea que apoyan y menos aún representan la voluntad popular ni transmiten el verdadero sentimiento de los pueblos que dicen representar. Es así que se está construyendo con estiércol sobre lodo y arena. ¡El terrible engaño en que estarán muchos que creen en las decisiones de conjunto! La evidencia vendrá después con la realidad de los hechos.

Los poderosos también trabajan para ser engañados. Prefiriendo el apoyo y los falsos halagos, no pueden obtener la palabra libre y viril de los honrados, y menos el sentir de sus pueblos que, aunque sea una dura verdad, es siempre preferible a la agradable mentira.

Sin embargo, tras esa “agradable mentira”, todas las conferencias resultan dirigidas hacia objetivos preconcebidos y arreglados de antemano. Hasta se utilizan personeros para las “ponencias bravas” y se adelantan agentes de provocación para “tantear el campo”, reclutados entre los corrillos de antesala que se utilizan como caballos de Troya para introducir entre los grupos.

¡A esto a menudo se le llama habilidad política! Es menester una gran independencia y una extremada prudencia para obrar correctamente y con la dignidad que impone el país, no cayendo insensiblemente en esta clase de “habilidades” que, por otra parte, no difiere en mucho de los métodos empleados por los jugadores con ventaja.

Cuando llega la hora de las alabanzas en los discursos finales, ¡qué distinto lenguaje al de los conciliábulos privados o de antesala!

Los diarios que cobran en “moneda dura” establecen una verdadera carrera para ver quién elogia más y quién apoya mejor el sometimiento, mientras los pueblos cada día sienten más repugnancia y mayor vergüenza frente a la indignidad organizada.

10 de mayo de 1951

EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA

La guerra se produce por designio de los hombres, no por su fatalidad. Las causas del noventa por ciento de las guerras que ha soportado la humanidad, desde el mundo antiguo hasta nuestros días, han sido los imperialismos. Oriente, Grecia, Roma, la Francia napoleónica, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia son la historia patente de esas causas. Las guerras fortuitas entre dos Estados han sido juego de niños comparadas con las devastaciones provocadas por las conquistas de los imperios. Siguiendo la línea de los imperialismos, se verá en cada uno de ellos la repetición de los mismos fenómenos que, finalmente, los ha llevado a la ruina para dar lugar al nacimiento de otro. Los hombres parecen no aprender nunca cuando los malvados intereses acicatean su deseo de predominio o de riqueza.

Pedir a los hombres la comprensión y prudencia necesarias para ver claro sería como pedirles que construyeran sobre la justicia y la ecuanimidad. Por lo menos, nunca lo han hecho. Sin embargo, ése sería el único camino que conduce a la paz que anhelan los pueblos. Habría que preguntar si ella es la misma de que nos hablan los hombres de Estado.

El 10 de junio de 1944, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo; cuando el comunismo se confundía con las Naciones Unidas, que cantaban alabanzas todos los días a esa democracia popular; cuando se prometía a los pueblos la paz definitiva y la justicia social permanente desde que sus enemigos fueran barridos del planeta, el coronel Perón decía, en la inauguración de la cátedra de Defensa Nacional de la Universidad Nacional de La Plata:

Los estadistas que actualmente dirigen la guerra de los principales países en lucha, ya sea bajo el signo del Nuevo Orden o bajo

la bandera de las Naciones Unidas, muestran a los ojos ansiosos de sus pueblos una felicidad futura basada en una ininterrumpida paz y cordialidad entre las naciones y la promesa de una verdadera justicia social en los Estados.

Este espejismo no puede ser más que una esperanza para los pueblos que, agotados por una larga y cruenta lucha, buscan en una esperanza de futura felicidad el aliciente necesario para realizar el último esfuerzo, en procura de un triunfo que asegure la existencia de sus respectivas naciones.

En efecto, alguien tendría que demostrar inobjetablemente que Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China, en el caso de que las Naciones Unidas ganen la guerra, y lo mismo Alemania y Japón en el caso inverso, no tendrían jamás en el futuro intereses encontrados que los lleven a iniciar un nuevo conflicto entre sí y, además, que los vencedores no pretenderán establecer en el mundo un imperialismo odioso, que obligue a la rebelión de los oprimidos, para recién creer que la palabra guerra queda definitivamente descartada de todos los léxicos.

En tal ocasión, el Departamento de Estado dio un comunicado oficial que, entre otras cosas, decía “que tal discurso es considerado como una declaración de una política totalitaria para la Argentina. El coronel Perón manifestó en la ocasión que no importaba a la Argentina si las Naciones Unidas o el Eje vencían en el conflicto actual, pues no había posibilidades de una paz mundial y que los poderes interesados inevitablemente reñirían en la mesa de la paz”. (*La Prensa*, 1° de julio de 1944)

Convengamos, en primer término, que el coronel se equivocó: los aliados de ayer no llegaron ni a la mesa de la paz, se pelearon antes... envolviendo al mundo en la amenaza fatídica de una Tercera Guerra Mundial. La imprevisión y la ineptitud, como la soberbia de la ignorancia evidenciada en ese comunicado del Departamento de Estado, son las que dan relieve inusitado a las aseveraciones proféticas del coronel Perón.

Evidentemente, el mundo ganaba poco si la victoria de las Naciones Unidas había de llevarlo a una tercera conflagración mundial, en la que las depredaciones y destrucciones irán mucho más allá de todo lo previsible. Con esto a la vista, convengamos, por lo menos, que los que tuvieron la responsabilidad de la dirección de la Segunda Guerra Mundial no estuvieron a la altura de su misión ni de su responsabilidad.

Muchas personas de buena fe reconocen hoy los terribles errores cometidos en la pasada guerra, y observando que esos errores persisten en la actual dirección de la política internacional, se preguntan *si aún podría evitarse una Tercera Guerra Mundial*. Aparentemente, según las declaraciones de los distintos gobiernos, todos son partidarios de la paz. Sin embargo, se encuentran empeñados en producir armamentos y medios de destrucción en una proporción sin límites. Hasta los que consideraban esto como de sistemas totalitarios, se esfuerzan hoy en demostrar a sus pueblos la infalibilidad del aforismo latino *si vis pacem para bellum*.

Para contestar entonces la primera sería menester previamente contestar la siguiente: ¿sería posible que los poderosos países que han comprometido su economía en un gigantesco programa de guerra, renunciaran a ella y a los objetivos imperialistas que los impulsan para cambiar sus ambiciones de predominio y conquista por el duro sacrificio del trabajo pacífico? ¡Sería, sin duda, el único caso en la historia del mundo!

Aun cuando, hipotéticamente considerado, lo anterior se produjera, quedaría en pie la controversia ideológica del mundo comunista con el mundo capitalista. ¿Serían éstos capaces de sacrificar sus sistemas al hombre y a la paz para adoptar un justicialismo constructivo y ecuánime que desterrara de la humanidad la explotación del individuo por el Estado, como también la del hombre por el dinero? Este sería también un milagro aún no contemplado en la Tierra.

¡Remedios existen; lo difícil es que los enfermos se resignen a tragarlos!...

El justicialismo argentino, nueva doctrina que, careciendo de orientación e impulso imperialista, busca soluciones incidiendo sólo sobre las formas internas de los problemas, ha sido despiadadamente combatido por los imperialismos actuales. Es indudable que, siendo una solución, moleste a los imperialismos, que no luchan por soluciones sino por predominio y dominación.

Cuando en 1944 el Departamento de Estado y los diarios norteamericanos calificaron de totalitarismo al régimen argentino y de democracia popular al comunismo, nos encogimos de hombros pensando que, en el fondo, lo temible no es el totalitarismo en sí, que es un régimen interno, ya que lo peligroso de estos sistemas es su tendencia imperialista. Hoy seguimos pensando que ni el fascismo, ni el nazismo, ni el comunismo, ni la plutocracia, verdaderas formas totalitarias, serían perniciosos para el mundo mientras su política

internacional no estuviera orientada al dominio de los demás por los medios políticos o económicos.

Cuando conocemos el juicio superficial de algunos comentaristas, atribuimos a su ignorancia proverbial tales informaciones. Sin embargo, no todos allí han de ser ignorantes y superficiales. Las causas convendrá buscarlas en los ocultos designios de convicciones imperialistas y verdadero totalitarismo plutocrático.

31 de mayo de 1951

PAÍSES SATÉLITES

El concepto de dominio en el campo internacional ha tenido en la historia una extensión y una intensidad proporcionales a las concepciones que lo ocasionaron. La intensidad, la extensión y aún las formas de dominio han ido desde el simple acto de piratería internacional (en el cual mediante la fuerza se despoja a un país o a partes de él de su soberanía) hasta la ejecución de una sucesión de actos aislados (aparentemente inofensivos o convenientemente disfrazados) por medio de los cuales se termina en lo mismo. En otras palabras, se trata siempre de un mismo fin, en la obtención del cual sólo varían las formas.

El mundo vive actualmente la etapa más intensa y más extensa del imperialismo en la historia. El afán desmedido de las grandes potencias por alcanzar sus fines, no siempre honestos y confesables, ha llevado a la existencia de los siguientes caracteres imperialistas:

- *Un imperialismo remanente* que viene de lejos, consolidado por evolución, en una comunidad de naciones, con una metrópoli y sus dominios;
- *Un imperialismo político comunista* de ideología marxista detrás de la “Cortina de Hierro”;
- *Un imperialismo económico* que ocupa, obliga y sojuzga gobiernos y países, utilizando un complejo sistema de persuasión, engaño, presión y represión.

En el campo de la actividad político-internacional se trata simplemente del empleo combinado de la fuerza y la habilidad al servicio de la política. Es indudable que, al referirnos a la habilidad,

descartamos de ella el engaño, la traición, la felonía y la infamia, porque esto forma parte ya de la delincuencia.

Casi ningún país del mundo escapa hoy a las influencias e interferencias de las tres formas del predominio imperialistas antes mencionadas.

Mediante los actuales sistemas imperialistas, el mundo ha quedado prácticamente agrupado en verdaderas “constelaciones” internacionales, de donde ha nacido, sin duda, el nuevo calificativo de “Estados satélites”. Por extensión de lo que ocurre en los sistemas planetarios, estos satélites no tienen “luz propia”, sino que están sometidos al equilibrio y acción dependientes del “astro central del sistema”.

En otras palabras, se trata de un sojuzgamiento de soberanía, mediante un sistema de gravitación política o económica que encamina a cada país por una ruta obligada, fuera de la cual se entra en el campo de la desobediencia punible.

De esa manera las alianzas y los pactos son actos obligados, y no voluntarios y libres. Son compromisos compulsivos, y no de real conveniencia de los Estados. Es la forma moderna de convertir el efecto en causa. Toda una violación de las formas racionales, que naturalmente conduce al malestar y pesimismo actual de las naciones.

Si bien resulta fácil en una conferencia utilizar países satélites, mediante la presión que hace obediente instrumento al delegado de un país sojuzgado y se lo puede utilizar como “testaferro” de iniciativas impuestas, no ocurrirá lo mismo cuando se presente la guerra, donde lo que se necesite y requiera sea el esfuerzo real y no los votos o las opiniones.

Los que proceden mal suelen sucumbir víctimas de su propio mal procedimiento. Para guerrear lo que se necesita son compañeros de lucha, no mercenarios y menos aún sirvientes.

Por eso se producen fenómenos que muchos no alcanzan a comprender. Países en latente estado de rebelión. Pactos elaborados “de apuro” con compromisos de aleatorio cumplimiento. Guerra a la cual ninguno quiere mandar sus hombres. En pocas palabras, guerra impopular en las naciones e indecisa en los gobiernos.

La guerra se hace con países aliados, no con países satélites.

Cuando los justicialistas oímos decir “los países libres” no podemos menos que sonreír. Nosotros somos casi libres, pero para ello hemos debido enfrentar la difamación y la calumnia de la “prensa libre” y de las agencias AP y UP en todo el mundo, el bloqueo y sabotaje

económico, las maniobras monetarias y financieras, el *dumping*, la presión y persecución en todas las formas y aun la agresión desde algunos países satélites de las “naciones libres”.

Es natural que, a pesar de todo, estemos dispuestos a pagar cualquier otro precio por nuestra libertad. No somos tan ignorantes para no recordar, ni tan ingenuos para no saber, lo que ha costado siempre a los países mantener su dignidad y defender su libertad.

La libertad ha sido siempre objeto de luchas. Por eso pensamos que ella no se discute, se defiende. Nosotros estamos dispuestos a defenderla.

30 de agosto de 1951

LA OEA O EL “RABO POR DESOLLAR”

Existen dos tipos de organismos internacionales: los paritarios, que nacen de necesidades comunes, y los unilaterales, que tienen origen en la imposición de los fuertes. Los primeros son seguros y constructivos; los segundos, absorbentes e injustos, son verdaderos focos de lucha enconada e insidiosa. Por eso, mientras unos son órganos de lealtad, amistad y confraternidad, los otros lo son de intrigas, odio y enemistad.

Desde la “Liga de las Naciones” a través de las “Naciones Unidas” hemos visto proliferar toda suerte de organismos unilaterales, en los cuales se ha presenciado el mismo espectáculo de la deslealtad, el engaño y la acción innoble en los negocios de las naciones. La “Organización de los Estados Americanos” ha sido nuestra cruz. Con la misma técnica y el pretexto de la buena vecindad, ha ido creando organismos engañosos que, a manera de una trampa, están maliciosamente destinados a atrapar a nuestros países en una red de compromisos inadmisibles.

El factor que debe caracterizar los compromisos es la ecuanimidad y, dentro de ella, la reciprocidad. Nada puede afirmarse con carácter duradero en la injusticia, el engaño y la presión.

Cuando los acuerdos internacionales carecen de tales condiciones no pueden ser permanentes y su cumplimiento será siempre aleatorio. Sólo los pactos de mutua conveniencia pueden ser prolongados y, en el sacrificio, sólo son ejecutables cuando se establecen cargas sostenibles, proporcionadas y justas.

Los consejos en busca de acuerdos multilaterales de nuestros tiempos están precisamente viciados de unilateralidad, de injusticia, de presión y de engaño. Las consecuencias han sido los desacuerdos,

las desconfianzas y la ambigüedad. Poca fe pueden inspirar los difusos compromisos surgidos en cuanto a su permanencia y a su cumplimiento de buena fe.

La “Conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social” de Panamá ha sido insólitamente clausurada antes de lo programado, sin resolver nada y dejando nuevamente “el rabo por desollar”.

Lo único que ha patentizado su desarrollo ha sido la falta de buena fe, de sinceridad y de lealtad en los procedimientos. Todo ha sido allí alambicado y capcioso, en busca de imponer irregularmente soluciones preconcebidas o postergarlas cuando no fue posible alcanzar tales resultados. La forma de pago de los saldos, la coordinación de los transportes, la Conferencia Internacional de Materiales (CIM), son evidencias claras de esta odiosa irregularidad y de ese sórdido unilateralismo, que va destruyendo en nosotros todo vestigio de fe que aún pudiéramos abrigar por estos organismos internacionales.

A una mala realización y desarrollo ha correspondido una peor terminación y clausura. El respeto y la soberanía están haciendo crisis en las “naciones libres”. Lo insolentemente insólito reemplaza a lo natural; las formas se pierden y una evidente irritación aparece en forma de un secretario adjunto de un poderoso país que, “de guapo”, atropella e irrumpe en la conferencia. Por su boca dice Washington que no le interesan nuestras palabras ni nuestros bienes, sino una emergencia como hecho global, por el cual Latinoamérica debe preocuparse en producir materiales estratégicos y preparar tropas para la guerra.

Instintivamente pensamos en la libertad y en la justicia por las que se piensa combatir. ¿Podrá alguna vez considerarse justo que, a la fuerza, los países pobres e infrapoblados deban sacrificar su pobreza y hacer matar a sus pocos habitantes para defender los intereses de los países ricos y superpoblados?

6 de septiembre de 1951

LA POLÍTICA INTERNACIONAL Y EL SERVICIO DE INTELIGENCIA

El “servicio de inteligencia”, en la mayor parte de los países, depende directamente de los jefes de Estado. Constituye una organización estatal sui géneris con funcionamiento y financiación propios, para lo cual se utiliza el encubrimiento de empresas comerciales, industriales, etcétera.

Los servicios de inteligencia, en su acción en el sector internacional como en el interno, actúan dirigidos por el jefe de Estado con la intervención, aunque limitada, de los departamentos o ministerios correspondientes.

Cuando un servicio de espionaje o provocación actúa en un país, los responsables de tal hecho son el Estado y su jefe, que lo envían y lo dirigen. Sin embargo, entre las numerosas “mentiras convencionales” que ha impuesto la mala política internacional, está la de considerar al espía y al provocador como un delincuente común.

La “guerra integral” ha traído la necesidad de la penetración total. La política internacional ha seguido los mismos cauces y el contraespionaje se ejercita en los mismos campos. Por eso, los modernos servicios de espionaje invaden todos los lugares y situaciones y, en especial, los políticos, los económicos, los militares, los sociales, etcétera.

Se lo llama “servicio de inteligencia” porque en la lucha en que se empeña no entra la fuerza, sino la astucia, el engaño y la mala fe ejercidos con el mayor grado de inteligencia. Naturalmente, este concepto es también relativo, porque a menudo se observa que, cuando esa inteligencia es escasa en los hombres y en los gobiernos, éstos suelen recurrir a la agresión, a la presión y aun a la fuerza, para alcanzar los objetivos que les niega la inteligencia.

Tanto el empleo perturbador de la inteligencia al servicio de la mala fe internacional —guerra fría, como se la ha llamado—, como la presión o la fuerza insidiosamente empleadas con hipocresía y falsedad, han creado en las relaciones internacionales de los países un estado latente de guerra sórdida y solapada, algo así como un proceso crónico que se tolera a pesar de sus molestias, pero que al final tiene siempre graves consecuencias.

La tolerancia del convencionalismo de la política internacional moderna ha alcanzado límites inauditos, ocasionados por la perversión paulatina del sentido de la dignidad internacional, por el mutuo temor entre los fuertes o por la impotencia de los débiles.

Merced a ese estado de cosas se ha llegado a situaciones verdaderamente intolerables, en las cuales sólo la prudencia exagerada de algunos gobiernos ha podido evitar que se produjesen situaciones irremediables. Sólo así ha sido posible ver al personal diplomático, servicio de espionaje, compañías extranjeras y nativos a sueldo, que bajo la dirección de un embajador actuaron en los países contra toda regla y tradición civilizada, para violar los principios más fundamentales de la ética personal y diplomática.

La responsabilidad en esos casos no recae en tales irresponsables, sino en el país y en el gobierno que los dirige. Los pueblos no olvidan nunca semejantes atropellos y tales afrentas a la dignidad nacional, que constituyen motivo de odios justificados y permanentes.

Sin embargo, estos burdos métodos parecen haber evolucionado en las formas. Hoy se ataca indecorosamente a los países o a sus gobernantes, pero desde el exterior, coordinando embajadas y servicios de espionaje en una campaña generalizada de propaganda, provocación y agresión. En ella intervienen, desde los «coordinadores» que recorren los países enunciando planes para su servicio, y nativos, hasta los que como «francotiradores» firman artículos, o los que, habiendo pertenecido siempre al servicio de espionaje, ahora pretenden hacer creer que “trabajan por su cuenta”.

* * *

Las agencias informativas manejadas por los servicios de inteligencia participan también en esos planes, y los diarios venales de los diversos países son asimismo instrumentos a su servicio. Aparecen de pronto numerosas revistas, con diversos nombres mal disimulados, que bajo inocente pretexto se suman a la campaña

publicitaria dentro y fuera de los países. Noticiarios y transmisiones radiales, como servicios gratuitos de películas cinematográficas de propaganda, completan el cuadro de penetración mal disimulada.

Los pueblos azotados por estos métodos irritantes, los países ofendidos por estos procedimientos agresivos, y los hombres heridos por estos sistemas de escarnio se suman cada día a la legión de los enemigos. “Quien siembra vientos no puede sino recoger tempestades”.

Es indudable que esta acción subalterna, obra de hombres pequeños e irresponsables, cualesquiera sean las situaciones que ocupan, tiene el grave inconveniente de crear situaciones embarazosas en las relaciones internacionales. Sin embargo, los pueblos, generalmente intuitivos, se sobreponen a esa subalternidad. Lo lamentable es que estos instrumentos que podían servir para cimentar la amistad y la libertad de los pueblos, en manos inmorales e irresponsables se transforman en instrumentos de odio y de opresión.

Cuando echamos una mirada a los tiempos y a los hombres sentimos la congoja del descenso y la angustia del vacío. ¡Cuánto descende la humanidad en la dirección de sus destinos al cambiar estadistas sabios y prudentes por hombres malos y mentirosos!

4 de octubre de 1951

ASÍ PAGA EL DIABLO

Dentro del campo de la economía internacional, los métodos del imperialismo capitalista no difieren de su conducta habitual. Deseamos presentar sólo dos casos de sus atropellos.

En 1945, cuando terminó la Segunda Guerra, Estados Unidos debía a la Argentina una crecida suma, producto de abastecimientos no compensados. Esos créditos fueron bloqueados al terminar la contienda. En otras palabras, el deudor se negaba a pagar, no cubría interés alguno y, entretanto, maniobraba con los precios en forma que ese crédito argentino bloqueado se “evaporaba” a la mitad.

Con esa maniobra el país fue estafado en una ingente suma. Nada pudimos hacer entonces porque, incluso, si reclamábamos nos decían que éramos “nazis”.

Aunque despojados inicuaamente, debimos emplear lo que nos quedaba en compras apresuradas para satisfacer necesidades apremiantes y cobrar de alguna manera, ante la amenaza de una “evaporación” progresiva de los saldos. Fue entonces cuando se acusó al gobierno de gastar apresuradamente nuestro saldo en dólares. ¡De no haber sido así!

Este fue un simple caso de despojo; el que mencionaremos a continuación es todo un chantaje agresivo.

En 1946 la deuda de los Estados Unidos era aproximadamente de 2.000 millones de dólares, y la de Gran Bretaña, de unos 3.500 (117 millones de libras). La Argentina, acreedora de ambos, dispuso emplear tales saldos en la adquisición de manufacturas indispensables. Fue así que procedió a disponer del oro y dólares acumulados, al tiempo que gestionaba el desbloqueo de los saldos en libras esterlinas. *Lo primero* pudo realizarse a duras penas, como mencionamos

antes, a costa de uno de los fraudes más abominables que registra la historia de las relaciones económicas internacionales. *Lo segundo* se estableció al firmar solemnemente dos tratados sucesivos con el gobierno de Su Majestad Británica, en los cuales éste se comprometía a mantener la convertibilidad de la libra esterlina.

En base a esa convertibilidad se mantenía el “comercio triangular” de Argentina, Gran Bretaña y Estados Unidos. En otras palabras, era posible emplear libras para comprar en los Estados Unidos y, por lo tanto, parte del saldo de los 117 millones de libras podía ser invertido en los Estados Unidos convertido en oro o en dólares.

Una vez utilizadas, de la manera que se ha descrito, las reservas en dólares, el país no tenía otra solución financiera, para seguir importando de los Estados Unidos, que recurrir al uso de las libras esterlinas devengadas por su comercio con el Reino Unido.

Para Argentina, celosa cumplidora de sus pactos y compromisos internacionales, era inconcebible el pensamiento de que el gobierno de Su Majestad Británica, comprometido en acuerdos y pactos solemnes a mantener la convertibilidad de las libras bloqueadas, pudiera unilateralmente violar los compromisos. Sin embargo, a mediados de 1947, decreta unilateralmente la cesación de tal obligación financiera. En ello se ve la mano intencionada de ciertos círculos estadounidenses, pues no es un secreto para nadie que tal medida no pudo ser tomada por el gobierno inglés sin el acuerdo o la presión mencionados.

En estas condiciones, algunos bancos argentinos se excedieron en la apertura de cartas de crédito en libras con sus corresponsales norteamericanos, y firmas privadas argentinas hicieron, a su vez, utilización del crédito que normalmente concedían sus proveedores estadounidenses, acumulando saldos en cuentas corrientes. De esta manera se acumuló entre firmas y bancos privados argentinos, con firmas y bancos privados yanquis, una deuda de carácter comercial y bancaria que, en condiciones normales, se hubiera liquidado en el curso regular del intercambio. Pero “el tiro” no era ése. Se trataba intencionadamente de perjudicar a la Argentina en su crédito, haciéndola aparecer como deudora morosa y, en consecuencia, cortarle el crédito y difamarla por todos los medios.

Pero aquí no termina este caso inaudito de irresponsabilidad e injusticia. La cesación de la convertibilidad de la libra esterlina fue casi paralela al anuncio del Plan Marshall que, según se comprometió y consta en actas del Parlamento yanqui, habría de

constituir un plan de recuperación mundial que favorecería por igual a todos.

Latinoamérica y en especial Argentina jugarían un papel esencial. En los cálculos de la administración yanqui (de acuerdo con documentos oficiales debatidos en su Senado) consta la decisión de adquirir en nuestro país más de mil millones de dólares en productos necesarios a la rehabilitación económica de Europa. Apremiados por nuestro gobierno, la embajada de los Estados Unidos y los personeros de la ECA¹ aseguraron a nuestro gobierno, con toda clase de garantías verbales, en el sentido de colocar en nuestro país elevadas órdenes de compra, solicitándonos a la vez que se reservara al efecto toda nuestra producción. Tampoco en este caso debía el gobierno dudar de la buena fe y de la palabra oficialmente empeñadas por el embajador Bruce en nombre de su gobierno. Por eso no se paralizaron las importaciones provenientes de Estados Unidos, sino que se prosiguió el abastecimiento esencial de la economía argentina, aun cuando el saldo deudor de los importadores argentinos con los exportadores yanquis se elevó a casi doscientos millones de dólares.

Aprobado el Plan Marshall, llegó a Buenos Aires el señor Hensel, representante del mismo, y ante el estupor del gobierno argentino y del propio embajador de los Estados Unidos, señor Bruce, manifiesta que tal plan es simplemente financiero y que en la Argentina no se compraría nada. Se había consumado el más triste episodio de la mala fe, del incumplimiento y la falsedad internacionales.

En tal situación, el gobierno argentino dispuso dar fin a este abominable asunto disponiendo que el 30% de sus divisas en dólares fuera puesto a disposición de los bancos y firmas privados, deudores de sus similares yanquis, para amortizar los saldos aún pendientes.

En esa situación llega a Buenos Aires el señor Miller, secretario ayudante del Departamento de Estado, e inicia, bajo la promesa de mejorar las relaciones y subsanar “malentendidos”, gestiones para que nuestro ministro de Hacienda hiciera un viaje a los Estados Unidos, a fin de dar término a las gestiones ya realizadas allí por una comisión mixta. Dentro de los diversos asuntos considerados y aprobados, casi todos unilateralmente favorables a empresas

1. La Agencia de Cooperación Económica (ECA) de los Estados Unidos es una organización financiera oficial independiente de los Departamentos de Estado y de Comercio. (N. del E.)

yanquis, se encaró la solución del pago de los saldos pendientes de las firmas privadas importadoras argentinas con las de igual clase estadounidenses.

Estos intereses privados entendieron que convenía mejor al juego normal de sus operaciones la concertación de un arreglo financiero que sería llevado a cabo con el Export-Import Bank de Washington y mediante el que operaría la cancelación inmediata de tales saldos. Se constituyó un consorcio bancario argentino, que realizó las negociaciones y firmó los acuerdos. En la actualidad tales cuentas corrientes han sido casi totalmente liquidadas con el interés correspondiente, que nunca pagaron los yanquis en sus deudas con los argentinos.

En tales condiciones sólo un embustero o un canalla puede hacer la afirmación de que el gobierno argentino ha contratado un empréstito en los Estados Unidos. Ni el origen de la operación, ni la persona jurídica envuelta, ni la finalidad perseguida son del resorte propio del Estado argentino. El embajador argentino en Washington decía en tal ocasión: “El gobierno del General Perón no desea ni necesita un préstamo de los Estados Unidos”.

En conclusión: queda claramente expuesto que las maquinaciones del supercapitalismo internacional, no satisfecho con despojar a otras naciones de recursos indispensables para su desarrollo económico mediante la inflación provocada, no conforme con la violación arbitraria de la palabra empeñada en documentos solemnes, no contento con el incumplimiento sistemático de las promesas y de las obligaciones formales de sus representantes, miente, miente descaradamente cuando pretende tergiversar la clara posición argentina, que ha resistido su bloqueo, su presión, su sabotaje y su difamación sistemática.

11 de octubre de 1951

EL REVERSO DE LA MEDALLA

Hemos historiado cómo nos robaron; deseamos también explicar cómo nos defendimos. Esa defensa fue realizada a base de decisión y habilidad, porque conociendo a los desalmados que actuaban habría sido ingenuo contar con ellos.

En efecto, en 1946 nos bloquearon los fondos y se negaron a entregar el oro equivalente. Entretanto elevaron los precios en forma sideral y agregaron a ello la imposición de pagar coimas por los permisos de exportación. Nos amenazaron así con quedarse paulatinamente con todos nuestros saldos a cambio de algunos autos, radios o *frigidaires*. Pendergast no actuaba sólo para ganar elecciones...

En esa terrible batalla todo consistía en ganar tiempo procediendo con rapidez y decidida energía. Ya a comienzos de 1946 nuestro gobierno se percató de la inescrupulosa intención de los deudores. Había terminado la lucha, pero venía una etapa difícil de la guerra: pagarla.

El Consejo Nacional de Posguerra encaró decididamente el estudio de la situación económica mundial y planificó una acción para neutralizar el despojo en perspectiva y asegurar el mejor negocio para el Estado y la Nación Argentina.

De ese estudio resultaron dos conclusiones fundamentales:

- 1° Que había que contar a corto plazo con una desvalorización general de las monedas como consecuencia de la inflación provocada desde los mercados manufactureros, y
- 2° Que era el momento de realizar la *recuperación nacional* comprendiendo todos los servicios públicos enajenados por los

gobiernos anteriores e incrementando con ello dos o tres veces el haber patrimonial del Estado argentino.

La *recuperación nacional* se podía realizar con ventaja con la elevación de los precios de “la comida”, que en esos momentos era objeto de extraordinaria demanda. Su justificación era inobjetable, desde que los artículos con que nos pagaban habían subido extraordinariamente.

Contra la *desvalorización de las monedas* bastaba prever que en esta guerra pasaría lo que en todas: que se pagan en parte con esa desvalorización. Eso, que sucedió recién en 1949, fue previsto por nuestro gobierno en 1940. Como era de esperar, la desvalorización de las monedas traería un aumento inversamente proporcional en los precios de los bienes de capital, que eran la casi totalidad de las importaciones argentinas.

Todo el éxito residía en ganar tiempo, adelantándose a la gigantesca maniobra de despojo que se cernía sobre nuestra economía. La decisión era factor principal para maniobrar con rapidez empleando hasta la última divisa —que se desvalorizaría— para adquirir bienes de capital que se valorizarían.

Fue entonces cuando nuestro gobierno dispuso que el IAPI comprara de inmediato todo lo necesario al país y lo transportara sin más al puerto de Buenos Aires. El secreto estaba en que la pérdida de valor de las monedas “no nos agarrara” con un solo billete desvalorizado. Así se dotaron todas las necesidades nacionales en maquinarias, vehículos, etcétera, que durante los cinco años de guerra no habían podido llegar al país. En una sola operación se compraron 60.000 camiones y 1.000 tornapuls; 20.000 equipos industriales fueron adquiridos para ampliar y reacondicionar la industria; se compró la marina mercante; se motorizó el Ejército y se dotó a la Aeronáutica, etcétera.

El puerto de Buenos Aires llegó a estar atestado de materiales; fue menester estibarlos en los lugares libres, aun a la intemperie, porque faltaba tiempo para retirarlos. Se oían a menudo críticas de los que pasaban por allí. En 1949 no nos quedaba una divisa. El gobierno había cumplido su plan de cambiarlas por bienes de capital. Entonces vino lo previsto: cayeron todas las divisas y los bienes de capital comenzaron a subir catastróficamente. Y si no, veamos: cada camión que en 1947 costó 8.000 pesos, hoy vale más de 100.000; cada tornapul que costó 25.000, hoy cuesta 250.000; los

equipos industriales que, “grosso modo”, vinieron a un dólar el kilo, hoy cuestan diez; los tanques del Ejército, que se pagaron a 22.500 pesos cada uno, hoy no se los consigue por 500.000, los aviones, los barcos, etcétera, si se los comprara hoy, costarían entre cinco y diez veces los precios pagados entonces por ellos.

Sin embargo, cuánta incompreensión y cuánta estupidez hemos escuchado en la crítica por haber gastado las divisas. Ellos hubieran preferido que se evaporaran, bloqueadas en las cuentas de las metrópolis que sirven.

Fue precisamente ese fabuloso negocio del Estado y la Nación Argentina lo que permitió al país llegar a 1951 habiendo realizado la recuperación nacional, pagado la totalidad de su deuda externa, formado su flota mercante y aérea, modernizado sus fuerzas armadas, realizado y consolidado su independencia económica y justicia social, mantenido la plena ocupación, reactivado la economía y ejecutado más de 75.000 obras públicas en todo el territorio.

Los charlatanes que capitanean bandas políticas dicen que el gobierno peronista ha arruinado el país. Nosotros sabemos que el esfuerzo más grande ha sido realizado para pagar las deudas que ellos contrajeron y recuperar los bienes que ellos entregaron, por moneditas de coima, a sus amos de ayer y de hoy.

Hay una diferencia entre ellos y nosotros. Esa diferencia está en los hechos mismos.

11 de octubre de 1951

LA TERCERA POSICIÓN

En la compulsa de los factores que influyen en los conflictos guerreros generalmente prepondera la consideración de los *intereses*. Antiguamente se justificaron las guerras entre los pueblos por razones religiosas, por antagonismos o por anhelos de preponderancia política o, simplemente, por aspiraciones de hegemonía regional. En nuestro tiempo esas formas han pasado a ser la excepción; la regla la constituyen los conflictos armados por intereses nacionales o imperialistas.

Según ello, parecería natural y lógico que los países, en tales conflictos, pudieran tomar el partido que más conviniera a sus intereses nacionales. Sin embargo, en las dos últimas guerras, llamadas mundiales, el predominio de algunos grupos de naciones dominantes ha impuesto a los países por la amenaza, la presión o las conveniencias creadas, una conducta distinta.

Estados Unidos de Norteamérica, en la Primera Guerra, fue “aislacionista” hasta que sus intereses le aconsejaron intervenir oportunamente, casi al final de la contienda. Ese mismo país, en la Segunda Guerra, tomó inicialmente la misma posición que en la Primera, y sólo cuando Gran Bretaña estaba al borde del desastre y la amenaza japonesa ponía en peligro los intereses norteamericanos, se decidió a intervenir.

Las dos terceras partes de los demás países del mundo intervinieron por presión sobre sus intereses o amenazas sobre su futuro por parte de los presuntos vencedores, que inclinaron cada día más a los neutrales a medida que sus posibilidades de triunfo se fueron perfilando.

Parecería inferirse de lo anterior que, aun en las situaciones creadas en último análisis, fueron siempre los intereses los que

decidieron y que el punto de presión más sensible sigue siendo, aun durante la guerra, el de los intereses de las naciones.

* * *

Hoy pareciera que los dos imperialismos en pugna hubieran aprendido de los hechos pasados que no es conveniente esperar la guerra para decidir a sus presuntos aliados. Por eso han surgido, de un lado, la “Cortina de Hierro” y, del otro, los pactos regionales del Atlántico Norte, del Mediterráneo, del Atlántico Sur, etcétera.

Pero ni en la cortina ni en los pactos han tratado de persuadir ni de aunar voluntades, sino de imponer decisiones por la ocupación o por la presión de los intereses.

Esto ha constituido un sector importante de la “guerra fría”, mediante la cual Rusia, mientras discute con Estados Unidos, se ha “tragado” ya once países, y los Estados Unidos, en tanto discuten con Rusia, hacen lo posible por “tragarse” a los demás.

Una ofensiva decidida de la lucha diplomática en los cinco continentes ha traído ya la lucha militar en diversos sectores. En caso alguno se ha respetado la libre decisión de los Estados, como tampoco se ha contemplado la libre determinación de los pueblos. Es que cuando los intereses de los imperialismos intervienen, todo otro derecho o todo otro interés es avasallado.

La política mundial está llegando al final de esta etapa sin que el éxito corone sino una parte de sus designios. Existe en el mundo una neutralidad o aislacionismo en potencia. Es que los hombres y los pueblos han aprendido la lección de los tiempos y de las luchas: en los tiempos que corren, los únicos que ganan la guerra son los que logran sustraerse a ella.

15 de noviembre de 1951

LAS “QUINTAS COLUMNAS” IMPERIALISTAS

Conocida la importancia que la solidez del frente interno tiene para la realización de la guerra, ha sido tarea muy importante de su preparación el debilitamiento de la cohesión del pueblo adversario.

La historia política y militar de las naciones presenta a este respecto innumerables ejemplos de acciones realizadas en los pueblos con los más variados métodos y designios. Sin embargo, nunca se había dado a esa acción el carácter de una lucha abierta y enconada como en las actuales circunstancias.

Hoy una penetración internacional decidida y desconsiderada tiende a convertir cada país en un campo de batalla de la “guerra fría”, con inaudito desprecio de los derechos de los hombres y de los pueblos.

Este incremento de la acción de “quintas columnas”, en las que embanderan sectores importantes de los pueblos, parece adquirir cada día más peligrosas *características*. Es la preparación de la guerra civil futura, incubada para el instante en que la guerra mundial estalle y en cada pueblo haga explosión la presión acumulada por tan criminales maquinaciones. La defensa contra tales acciones antinacionales, dirigidas por agentes foráneos con objetivos extranjeros, es una sola: formar un frente nacional que, con objetivo propio, aniquile a las bandas extrañas del “quintacolumnismo”.

Lo anterior ha hecho que una de las características originales de la moderna preparación de guerra sea la infiltración y penetración imperialista. El *imperialismo comunista*, especulando con su tendencia proletaria, ha penetrado en los pueblos a través de las masas de trabajadores explotados por el capitalismo. El *imperialismo*

capitalista, en cambio, ha debido conformarse con manejar a los gobiernos dóciles mediante la presión económica y la amenaza política para crear países satélites.

Dentro de esta modalidad general, las comunidades nacionales de casi todos los países del mundo han sido infiltradas por ambas tendencias, y hoy el panorama visible presenta a las poblaciones divididas en dos bandos, que los imperialismos preparan para lanzar a la lucha general.

Muchos pueblos asisten sorprendidos a la aparición en su seno de una lucha sordida semejante a la que se desarrolla en el mundo. Las masas proletarias, más cerca de Moscú que de Washington, forman los planteles de los partidos comunistas dirigidos por los agentes del “Kominform” para enfrentar aparentemente al capitalismo. Las oligarquías nacionales, encabezadas por sus dirigentes políticos, conducen la mayor parte de los gobiernos de la tendencia que aparentemente se les opone.

Es indudable que en cada país esta lucha adquiere una modalidad propia, ocasionada por las características de la concreta situación que cada caso plantea. Esa modalidad va desde el enfrentamiento abierto y franco entre el capitalismo y el comunismo hasta la alianza subrepticia de ambos cuando, como en la Argentina, aparece una “tercera posición”, dispuesta a terminar con los dos, para mantener una postura eminentemente nacional e independiente.

Esa lucha, simuladamente interior, está dirigida en forma centralizada y directa por el “Kominform” y por el Departamento de Estado. Estos organismos actúan financiando y apoyando con abundante propaganda interna e internacional a los elementos nativos o importados que se encargan de accionar. Cuando se actúa sobre los gobiernos, resulta también la intromisión en la política interna, que explica muchas revoluciones, como las ocurridas últimamente en Guatemala, Bolivia, Argentina, etcétera.

Lo anterior explica la existencia en nuestro medio de un partido comunista que, aunque diezmado e impotente, se esfuerza por sobrevivir aún frente al repudio de las masas populares. Explica también la conducta de la oligarquía y de las bandas políticas, instrumentos obedientes de las inspiraciones, direcciones y financiaciones del Departamento de Estado, aunque el pueblo argentino manifieste cada día su mayor repudio y su desprecio. Es que, en general, esta clase de hombres abandonan cualquier cosa menos su negocio, y las “quintas columnas” pagadas en dólares son un negocio no despreciable para ellos.

Pero como tal paga no llega sino a la dirección, los interesados forman un núcleo relativamente reducido. Otro sector que lo incrementa está representado por los que el resentimiento adhiere y, finalmente, por los que, engañados por los anteriores, creen de buena fe las mentiras con que los profesionales del sofisma disfrazan su repudiable negocio.

Sin embargo, cada día son menos, a medida que el discernimiento del pueblo se abre camino y la persuasión patriótica llega a un mayor número de ciudadanos, víctimas del engaño interesado de sus falsos predicadores al servicio de una u otra doctrina.

La existencia de un movimiento organizado racionalmente, con la anticipación necesaria y la organicidad conveniente para enfrentar a lo foráneo, como la realización del mismo con doctrina, objetivos y sentido nacionales, es la contramedida indicada para abatir las “quintas columnas” y alcanzar la salvación nacional por un camino propio, lejano en lo posible del de los imperialismos, siempre peligrosos hasta en sus melindrosos devaneos de una amistad aparente.

Ese movimiento nacional es el único ejército de paz que puede enfrentar con éxito al “quintacolumnismo” de la “guerra fría”, precursora de la hecatombe que ha de sobrevenirle. Es la preparación del pueblo con sentido propio para enfrentar las vicisitudes del más difícil trance internacional que la historia ha ofrecido a la humanidad.

Por eso la organización del gobierno, del Estado y del pueblo es una ineludible y perentoria necesidad de la Nación Argentina.

22 de noviembre de 1951

CONFEDERACIONES CONTINENTALES

Varios estudiosos del siglo XIX ya habían predicho que al siglo de la formación de las nacionalidades, como se llamó a éste, debía seguir el de las confederaciones continentales.

Europa y Asia, frente al peligro mutuo, han sido impelidas por las necesidades de su defensa a agruparse bajo el signo del dólar o el de la hoz y el martillo, respectivamente, formando verdaderas confederaciones imperialistas.

Estados Unidos unifica sobre sí, frente a los mismos peligros, a todos los pueblos americanos de su continente del Norte, ligándolos en el destino común de su hemisferio con miras a una acción que abarque también a Europa.

Hace ya muchos años un brasileño ilustre que veía lejos, Río Branco, lanzó la idea del ABC, pacto político regional destinado a tener proyecciones históricas. América del Sur, moderno continente latino, está y estará cada día más en peligro. Sin embargo, no ha pronunciado aún su palabra de orden para unirse. El ABC sucumbió abatido por los trabajos subterráneos del imperialismo empeñado en dividir e impedir toda unión propiciada o realizada por los “nativos” de estos países “poco desarrollados” que anhela gobernar y anexar, pero como factorías de “negros y mestizos”.

El mundo se encuentra abocado a su problema de superpoblación. Su necesidad primaria es producir comida ya insuficiente. La lucha del futuro será económica y, en primer término, por esa producción. Ello indica que una parte sustancial del futuro económico del mundo se desplazará hacia las zonas de las grandes reservas territoriales aún libres de explotación.

A la Tercera Guerra Mundial de predominio ha de suceder una carrera anhelante de posesión territorial y reordenamiento productivo.

De ello se infiere que un grave peligro se desplazará sobre los países de mayores reservas territoriales aptas. La amenaza procederá de un imperialismo triunfante, cualquiera sea éste.

La nueva forma colonial de ocupación y dominio puede ser de asalto comunista o de penetración económica, que ya ha comenzado de diversas maneras sobre los países que componen el “mundo libre”. La batalla por esa nueva forma colonial se decidirá sin duda en el último cuarto del siglo XX. El año 2000 llegará con ese signo o con el triunfo de las confederaciones continentales.

También las luchas económicas impulsan a los pueblos a su agrupamiento en busca de la unidad económica. Al siglo XIX —de la formación de nacionalidades— sucedió la lucha entre naciones en procura de predominios regionales. Al cansancio de esa lucha ha de suceder la desaparición de las rivalidades, odios y divisiones continentales. El mundo actual es indicio de ello. Se suceden las últimas acciones internas en Europa y Asia precursoras de su unidad. Asistiremos luego al enfrentamiento más colosal de nuestros tiempos entre Asia unida contra Europa. Estados Unidos, como un anticipo del futuro, en nombre de los Estados Unidos de la América del Norte, se unirá a Europa en la empresa común.

Entretanto, ¿qué hacemos los sudamericanos? Vivimos en pleno siglo XIX en el siglo XX, cuando el porvenir puede ser nuestro según las reglas del fatalismo histórico y geográfico, a condición de despertarnos a tiempo. El centro de gravedad del mundo en la civilización grecorromana se ha desplazado sin cesar hacia el Sur. Del Adriático al Mediterráneo, de éste al Atlántico Norte, de Europa a América del Norte. El futuro ha de tocarnos a nosotros. Por lo menos estamos sindicados en el devenir histórico por situación de tiempo y espacio.

No sea que la hora llegue y nos pase lo que a otros, que tuvieron el mundo en sus manos sin saber qué hacer con él. Si nos preparamos para enfrentar las tareas del destino, es menester preparar a estos pueblos en la mística emergente de ese destino.

* * *

La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.

El futuro mediato e inmediato, en un mundo altamente influido por el factor económico, impone la contemplación preferencial de

este factor. Ninguna nación o grupo de naciones puede enfrentar la tarea que un tal destino impone sin *unidad económica*.

El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia de triunfo de los penates de la América del hemisferio austral. Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile aisladas pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidas forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifacética con inicial impulso indetenible.

Desde esa base podría construirse hacia el Norte la Confederación Sudamericana, unificando en esa unión a todos los pueblos de raíz latina. ¿Cómo? Sería lo de menos, si realmente estamos decididos a hacerlo.

Si esa confederación se espera para el año 2000, qué mejor que adelantarnos, pensando que es preferible esperar en ella a que el tiempo nos esté esperando a nosotros. Sabemos que estas ideas no harán felices a los imperialistas que “dividen para reinar”. Pero para nosotros los peligros serán tan graves desde el instante en que la Tercera Guerra Mundial termine, que no hacerlo será un verdadero suicidio.¹

Unidos seremos inconquistables; separados, indefendibles. Si no estamos a la altura de nuestra misión, hombres y pueblos sufriremos el destino de los mediocres. La fortuna nos ha de tender la mano. Quiera Dios que atinemos a asirnos de ella. Cada hombre y cada pueblo tienen la hora de su destino. Esta es la de los pueblos de estirpe latina.

Nosotros los argentinos, preparados, estamos listos y esperamos. Si arrojamos la primera piedra es porque estamos exentos de culpa.

20 de diciembre de 1951

1. El general Perón se refería a la Guerra Fría, en pleno y agudo desarrollo cuando escribía este artículo. (N. del E.)

LOS “NEGOCIOS” Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La emigración es un fenómeno de grandes o pequeños países superpoblados. Impuesto fatal y naturalmente por su desequilibrio demográfico, acarrea una disminución de su potencial humano. Para evitarlo, como recurso de buena fe, los países emigratorios sostienen la tesis de la nacionalidad de origen, sujeta a la legislación de los países de inmigración.

Hasta aquí estamos en lo lícito y de buena fe. Sin embargo, hay también movimientos migratorios destinados a realizar una invasión pacífica o reivindicar minorías con fines encubiertos de secesión, de corte agresivo o imperialista. Este es un recurso ilícito y de mala fe.

Lo propio ocurre con la emigración de capitales, que siendo un fenómeno natural de grandes o pequeños países superexplotados, constituye un debilitamiento de su potencial financiero. Lo lícito y de buena fe sería sostener la nacionalidad de origen, sujeta a la legislación de los países en que el capital actúa. Es ilícito y de mala fe desarticular, explotar o subordinar una economía para colonizar a las naciones que lo albergan.

Así como la inmigración resulta un medio necesario para el adelanto de los países infrapoblados, el aporte de capitales resulta un factor beneficioso para las naciones infraevolucionadas, a condición de que ambas cosas sean de buena fe. Porque así como la penetración humana de grupos inadaptables o minorías invasoras es un peligro y una rémora para los países, la incorporación de capitales de especulación, explotación o colonización es un peligro y constituye un azote para la economía de los países en formación.

Según informa la United Press (UP), “el presidente Vargas ha firmado un decreto por el que se restringe el registro como capitales

extranjeros en el Brasil a aquellos traídos realmente desde el exterior y se limitan las remesas de utilidades al ocho por ciento anual de dichos capitales”.

El nuevo reglamento reemplaza al antiguo, anulado con el discurso de Vargas, pero todavía permite devolver al país de origen un veinte por ciento anual del capital extranjero invertido originalmente. El decreto dice concretamente que el capital extranjero con derecho a retornar es solamente aquel que proviene del exterior y ha sido registrado como tal en el Banco del Brasil. El decreto autoriza también al Banco del Brasil a revisar todos los capitales registrados y todas las remisiones hechas en el pasado, y dice que todas las remisiones que excedan del ocho por ciento anual del capital extranjero registrado serán consideradas como retomo del capital original y deducidas de las inversiones de capital extranjero.

Vargas en su discurso del Año Nuevo dijo que el Banco del Brasil había autorizado remisiones de más del ocho por ciento anual y que había permitido a las compañías capitalizar su exceso de utilidades como capital extranjero. A consecuencia de ello, hay actualmente unos 14.000 millones de cruzeiros registrados indebidamente como capital extranjero.

Expresó también “que eso ha dado como resultado un escandaloso e ilegal aumento de las inversiones a más del 200 por ciento, o sea de 423.000.000 de dólares, que hubieran sumado, de no agregarse las utilidades, 1.253.000.000 de dólares, aumento que está desangrando al país por su excesiva demanda sobre divisas extranjeras, para pagar el 8 por ciento de las utilidades, que aumentan como una bola de nieve”.

La República Argentina, como Brasil, ha sido sometida durante un siglo a este tormento financiero. Sin embargo, los “famosos economistas” que nos gobernaron pretenden aún seguir siendo famosos.

La reforma del sistema financiero y bancario argentino, del gobierno justicialista, puso fin en 1946 a este lamentable estado de cosas, estableciendo que lo que el país necesita son capitales de trabajo y no de especulación.

En su mayoría, los consorcios capitalistas que actuaron en el país, con la complacencia culpable de los gobiernos, fueron empresas que realizaron maniobras especulativas con grave quebranto para la economía de la nación. Algunas ingresaron en el país con diez o veinte millones de pesos de capital, se instalaron y luego recibieron créditos de los bancos argentinos por cien millones de pesos. Así, con el aporte de este dinero argentino, giraron utilidades sin límites

a su país de origen, sobre los ciento diez o ciento veinte millones del total capitalizado. Era una manera inicua de descapitalizarnos, utilizando nuestro propio dinero, mediante el recurso del crédito y con “el cuento del aporte de capitales extranjeros”.

Frente a ello, nada pudo ser más justo y equitativo que establecer la limitación en el giro de remesas financieras a un porcentaje prudente de utilidad anual, sobre el capital importado, que es lo único que puede considerarse como aporte extranjero a la economía nacional.

Cuando se habla de la conveniencia del aporte de capitales, somos los primeros en reconocer su necesidad y en propugnar su afluencia cuando éstos llegan para desarrollar nuestro trabajo productivo. En cambio, somos enemigos de toda clase de explotación e irreconciliables cuando esa explotación ha de gravitar sobre las espaldas inocentes del pueblo argentino.

Tampoco creemos que el capital extranjero pueda venir a nuestro país “por amor al arte”. Sabemos que necesita utilidades, que debemos ofrecerlas y generosas cuando ellas estén en razón directa de los beneficios nacionales que produzcan.

No sabemos qué ocurrirá con la reglamentación y el discurso de Vargas, a pesar de reconocer “que la víscera más sensible del hombre es el bolsillo”. Podemos afirmar, en cambio, que esa misma medida, tomada por la Argentina en 1946, produjo no pocos de los inconvenientes de la política internacional. Hay países propensos a seguir con un acorazado a cada uno de sus signos monetarios y utilizar a sus embajadores como procuradores oficiosos o “informales” de algunos de sus intereses privados.

Sin embargo, a largo plazo, en esto como en todo, “las cuentas claras conservan la amistad”. Las fricciones internacionales provocadas por conflictos de intereses deben juzgarse y resolverse de acuerdo a derecho y no a conveniencias unilaterales, porque esta clase de “ayuda”, que resulta tan cara, se justifica de una sola manera: *cuando produce beneficios económicos y no acarrea al país enojosos pleitos internacionales.*

10 de enero de 1952

AL INSULTO DEL VIL, EL SABIO CALLA

Con motivo de las últimas publicaciones brasileñas muchos colegas se han preguntado: “¿Qué pasa en el Brasil?”. No es fácil contestarse. Aparentemente, sería lo que tantas veces sucede: que un “pistolero” empresario de publicidad hace mal uso de su instrumento. Pero el pistolero es un irresponsable; detrás de él están los que le pagan, y de ellos los servicios de información y provocación de una potencia extranjera y, aun detrás de éstos, un departamento de Estado y un gobierno que todos deberíamos reputar como responsable.

Al amparo de la “libertad de prensa” existe toda una organización tenebrosa de carácter internacional que todos sentimos y todos conocemos.

A los brasileños no les importa nuestra política interna, como a nosotros no nos interesa la suya. Ni la prédica antiargentina ni su finalidad son brasileñas, sino resortes de un imperialismo a cuyo azote no escapa casi ningún país de la Tierra. Es algo así como la “mano negra” o la “mafia” que a todos repugna y que todos odian en silencio, sin animarse a denunciarlo por temor a las represalias. Es la intimidación hecha sistema. Es el sindicato de “gangsters” de “protección de los negocios” llevado a la política internacional. Es la lucha insidiosa y tenaz de la penetración imperialista sin inteligencia, sin principios, ni virtudes.

¿Por qué en la República Argentina no ocurre esto? Es lo que debemos preguntarnos para valorar nuestra soberanía.

Lo que pasa en el Brasil se anunció hace más de un año desde México en el famoso Plan Benson. Se trata de separar y enconar a nuestros países. Se descarga una campaña en los diarios brasileños, los nuestros les contestan y lo demás se hace solo.

Pero esta vez se equivocan. Hay aquí suficiente sensatez y prudencia para no caer en la trampa. Los diarios argentinos difícilmente pueden comprarse con el dinero de la traición. Si el Brasil tiene la desgracia de sufrir a empresarios, agentes de provocadores internacionales, como buenos amigos del pueblo y gobierno brasileños, nosotros hemos de lamentarlo como ellos y no sumar males mayores e innecesarios.

Nuestros países conocen la verdad, y eso es definitivo. ¿Es nueva acaso esta acción imperialista? ¿No han tratado siempre de separarnos para explotarnos mejor?

A los gobernantes de nuestros países se les presenta hoy una disyuntiva de hierro: deben elegir, en lo interno, entre el imperialismo y su pueblo; en lo internacional, entre el imperialismo y sus hermanos de sangre. Nuestro gobierno ya eligió: está con nuestro pueblo y con nuestros hermanos. Para nosotros, los dólares tienen sólo el vil precio de la necesidad, pero no sólo de pan vive el hombre. Por eso hay valores eternos y valores circunstanciales; nosotros estamos con los eternos, aunque nos cueste algún sacrificio.

La afirmación de que “los hombres son malos y mentirosos” nunca ha encontrado mejor justificativo que en nuestros tiempos. Los hombres que conducen naciones debieran despertar a la tremenda realidad que enfrentan. Todo se simula para aparecer. Todo se improvisa para engañar. Todo se atropella para preponderar. Como si el avance técnico-científico hubiera marcado a la humanidad un terrible retroceso en sus virtudes y el hombre hubiera olvidado que lo sublime de los principios no está en su enunciado, sino en su realización.

El caos del mundo actual proviene de esa secuela de engaños sucesivos, de la simulación permanente, de la mala fe internacional hecha sistema.

Nadie ignora que los “acuerdos” y las “asociaciones” internacionales, las “cartas” y las “declaraciones”, los “derechos” y las “libertades” son mantos de mentiras destinados “a tapar el cielo con un harnero”. Pero el mal no está sólo en las mentiras y sofismas en que se afirma el estado internacional, sino en el hecho monstruoso de que se nos quiera obligar a sostenerlo como una verdad. “Taparse un ojo, aun en el país de los tuertos, es falta de carácter, no tolerancia”.

17 de enero de 1952

ALGO MÁS SOBRE CONFEDERACIONES CONTINENTALES

Hace unos días el diputado norteamericano Timoteo Sheehan propuso anexar el Canadá a la Unión, con carácter de nuevo Estado, indemnizando a Gran Bretaña en compensación por la pérdida de este dominio.

Esta monstruosidad, propia de la mentalidad agresiva e inconsculta del imperialismo, amengua con un grosero enunciado la posibilidad y aun la idea de las confederaciones continentales.

Ello evidencia un peligro para el Canadá, que también compartimos los países ricos en reservas territoriales y en materias primas, especialmente alimentarias.

El más grave y difícil problema del mundo actual es *comer*. El futuro aún acrecentará las dificultades, porque la población del mundo aumenta y la vida del hombre se prolonga. Una guerra próxima no hará sino agravar y acentuar más estas dificultades.

Los dos grandes imperialismos en pugna no se interesan en la solución de este problema, sino en la disputa por el dominio de un mundo hambriento. Pero el que gane la guerra, si no quiere sucumbir a pesar del éxito, deberá encarar la solución que, después de la contienda, entrañará un estado extremadamente agudo y extraordinariamente intenso.

La solución tiene un solo camino: producir más alimentos. Para ello será menester desarrollar extensiva e intensivamente la producción. Será necesario poner en explotación las grandes áreas incultas, desde que la producción alimentaria aún depende de la tierra.

Por eso, si el porvenir de los países depende hoy de sus reservas territoriales, serán también los mejor dotados de ellas quienes estarán más amenazados por el predominio imperialista que revivirá

el espíritu conquistador del siglo XIX, esta vez “aumentado y corregido”, dado que los imperialismos son cada día de dominio más extenso e intensificado.

La Tercera Guerra Mundial es un hecho en marcha. Su decisión, un asunto largo y penoso, porque tanto Rusia como Estados Unidos son “huesos duros de pelar”. A pesar de los tremendos medios, la decisión no es fácil de lograr.

Rusia, ya sea desde Europa como desde el Asia, impone caminos demasiado largos a un ejército de operaciones. En el camino más corto —hacia Moscú— Napoleón y Hitler, para no ir más lejos, confirmaron la famosa historia de la táctica de los escitas. Una operación a través de China y la Manchuria hacia el Baikal es una empresa superior a las posibilidades de los ejércitos. El camino del Ártico es todavía una cuestión de Julio Verne. Batir a los Estados Unidos por el Atlántico o por el Pacífico, con sus poderosos medios aéreos y marítimos, no es asunto posible aun para los rusos.

Es más probable que esta guerra se decida por la destrucción progresiva y agotamiento que por una acción militar operativa y violenta. Ello indicaría una larga duración y un resultado indeciso hasta el derrumbe de una de las partes.

Esta etapa cruenta de la humanidad, caracterizada por su período más destructivo y ruinoso, deberá contar con alguien que piense ya en las consecuencias futuras de esa destrucción y de esa matanza. Nosotros, impotentes para evitarlo, podremos en cambio ofrecer a los pueblos, víctimas inocentes de la locura de sus dirigentes, la ayuda oportuna, cuando, desilusionados y hambrientos, se decidan a imponer por sí una vida mejor en una humanidad menos egoísta, más justa, más libre y más feliz. Para ello contamos con suficiente tiempo, con tierra y con nuestro trabajo. Sólo es menester que nuestros gobernantes estén a la altura de su misión histórica.

* * *

Si nos atenemos al concepto de producción alimentaria y de materias primas, las mayores reservas territoriales están en el Canadá y la América del Sur. Ellas constituirán, por tanto, el objetivo más codiciado por el imperialismo triunfante.

Parece que los Estados Unidos no desean esperar los resultados de la guerra para poner al Canadá en eficiencia de producción,

adelantando un recurso que fatalmente deberá encararse por un camino o por otro.

También es indudable que los Estados Unidos se han interesado y buscado por diversos arbitrios la penetración y explotación de Sudamérica.

Desde los lejanos días de su progreso inicial, los Estados Unidos anunciaron, por boca de uno de sus presidentes, sus sueños de poner la bandera de las barras y las estrellas en el Ártico, en el Ecuador y en el Antártico.

Una *Unión Continental Americana* no sería mala si no debiéramos enfrentar la mentalidad ejecutiva de don Timoteo Sheehan, consustancial con la modalidad yanqui.

Frente a ese peligro de conquista, que ningún latinoamericano puede negar de buena fe, queda una sola solución: *unirnos*.

Una *Confederación Latinoamericana de Naciones* sería nuestra única garantía frente a un provenir preñado de acechanzas y peligros. Unidos seríamos fuertes y numerosos. Desunidos seremos fácil presa de la conquista imperialista y de su explotación consiguiente.

La unión latinoamericana no sería obstáculo para una ulterior unidad de toda América, pero sería una garantía para que nuestros Estados la integran como pueblos libres y soberanos y no como tristes despojos coloniales.

El momento de hacerlo es ahora mismo. Cuando termine la guerra será tarde.

La forma de realizarlo, cualquiera, si antes se consultan los pueblos y luego se ejecuta su mandato.

24 de enero de 1952

CUANDO EL DIABLO ANDA SUELTO

Un recurso de la política internacional ha sido a menudo el de provocar conflictos entre terceros para compensar sectores de debilidad. Este recurso ha sido más frecuentemente utilizado en los grandes conflictos y especialmente por los imperialismos que *dividen para dominar*.

Los sistemas de dominación colonial se han basado normalmente en la miseria, la ignorancia y el vicio. Muchas veces los colonizadores utilizaron la lucha para crear esta situación y otras utilizaron al “cipayo” o a los elementos dirigentes nativos a sueldo de la metrópoli.

Otro de los hábitos de los imperialismos en lucha ha sido el de implicar a todos en sus conflictos, para obligar a los demás a luchar por ellos o por sus causas. Cuando, por cualquier circunstancia, no lo consiguen, entonces se dedican a sembrar la cizaña y a provocar la discordia para que, por lo menos, no haya paz estable. Ello resulta fácil de realizar, pues les basta romper el equilibrio despertando ambiciones y ofreciendo lo que no es suyo.

Cuando los imperialismos obran así, hay un solo peligro: que encuentren hombres sobornables, ignorantes o ambiciosos que se presten a ser su instrumento.

Los gobiernos y aun los países sometidos a esa influencia no son siempre culpables de los terribles errores a los que los arroja la presión foránea.

* * *

Hace casi dos años se anunciaba desde México la puesta en marcha del Plan Benson, que establecía la forma en que serían sometidos

los países latinoamericanos que no escucharan los dictados imperialistas. Este plan no fue desmentido sino en la existencia de Benson, que después resultó que existía y figuraba en el escalafón del ejército.

Ese plan prescribía “casualmente” todo lo que ha ido sucediendo hasta nuestros días. Presión sobre los gobiernos “fáciles”, ayuda a los países “interesados”, asistencia técnica en lo político-administrativo a los gobiernos “copables”, penetración económica en los países “entregados”, revoluciones y atentados a los gobiernos “difíciles”. Todo matizado con una amplia campaña publicitaria que, como decía Benson, la experiencia demuestra que ha sido siempre de eficacia.

Hace pocos días Juan José Arévalo, ex presidente de Guatemala, denunció, desde México, que los *agentes imperialistas* preparaban una revolución para derrocar al coronel Jacobo Arbenz, presidente constitucional de Guatemala.

Nuestro país conoce demasiado de esta clase de complots y revoluciones dirigidas.

Panamá, Haití, Santo Domingo y otros diez países conocen tanto o más que nosotros cómo se gestan y realizan estas cosas, como asimismo quién financia esta intensa y sistemática agitación conspirativa.

En estos últimos tiempos hemos visto aparecer en editoriales officiosos y discursos oficiales, viejos conceptos de una América agresiva y dominante que creíamos desaparecida para siempre, surgiendo concepciones de supuestas hegemonías artificiales sustentadas en aleatorios poderes militares prestados circunstancialmente. Menos mal que contra el falso concepto, la ligereza y la mala causa de algunos se impone siempre el buen juicio y la sensatez de los pueblos, que reaccionan contra esos groseros y circunstanciales arrebatos de algunos hombres.

El *Diario de Río* reacciona también contra una intensa campaña destinada a “enturbiar” las amistosas relaciones argentino-brasileñas, “explotando toda clase de versiones”, y sindicando como culpables de ello al imperialismo capitalista y al comunismo. En nuestro concepto, no es diferente lo que está pasando en todo el continente.

La América Latina ha vivido en paz y armonía durante muchos años. Ahora parece que el “diablo anduviera suelto”. Es el imperialismo que trabaja. Parece increíble que cuando, merced a la situación caótica del mundo, necesitamos una mayor unión y confraternidad americana, haya hombres que se presten al inicuo juego que resulta

una verdadera traición a los pueblos y a los intereses de las naciones americanas.

La medida más eficaz para la defensa contra esta diabólica maniobra reside en *no hacer el juego al imperialismo*. Cuando *uno* no quiere, *dos* no discuten. Nosotros sabemos que nuestros vecinos son, además, nuestros amigos. Toda la intriga de los imperialismos y la acción de sus personeros nativos debe estrellarse contra nuestra consciente indiferencia.

Nosotros no discutimos hegemonías ni supremacías. Queremos trabajar en paz para nosotros mismos y para nuestra posteridad. No ambicionamos sino lo justo: nuestra independencia y nuestra soberanía. Por ellas lucharemos si es preciso. Por otras causas, no.

Sabemos que los pueblos vecinos y hermanos comparten nuestra amistad. Los pueblos son permanentes, los hombres somos sólo accidentes circunstanciales en ellos. Nosotros trabajamos sobre los valores permanentes.

Puede el imperialismo esforzarse en separar para dominar, que aquí no hará sino arrojar al “pozo de Airón” dinero y energías que le podrían ser más provechosos en otros lugares, donde las cosas no parecen andar mejor que aquí.

21 de febrero de 1952

LOS PACTOS BILATERALES, LA AYUDA, LA DIGNIDAD Y EL DEBER

La experiencia que arroja el mundo imperialista, en cuanto se refiere a la movilización de medios y de personal para la guerra, es extraordinariamente elocuente. Todas sus guerras se han realizado a base de imponer a sus colonias o dominios el mayor tributo económico y de sangre en defensa de los intereses del imperio.

En las guerras pasadas lucharon australianos, canadienses, islandeses, caribes, indochinos, sudafricanos, senegaleses, indonesios, africanos, brasileños, cipayos, hindúes, amarillos, filipinos, magiares, mongoles, etcétera, todos reclutados bajo la dirección de la metrópoli y sostenidos con recursos provenientes de las colonias o de los dominios. Es que cuando se necesitan brazos de trabajo en la paz y carne de cañón en la guerra, el blanco imperialista echa mano a los bienes y a la persona de los indios o de los negros de sus colonias.

También los romanos de la decadencia llegaron a constituir sus ejércitos profesionales con los bárbaros que habían conquistado. Alejandro, con ser tan grande, llegó a decir a sus tropas macedonias, descontentas después de la conquista de la Persia: “Id y decid a los macedonios que, abandonado por vosotros, sólo tengo confianza en los bárbaros que he vencido”. Es la enfermedad que suele llevar a la tumba a los imperios. Los imperios subsisten a corto plazo vencidos por la molición, por su propio egoísmo o por su propia cobardía.

La cancillería mexicana anunció el día 22 del actual que las conversaciones militares que se realizaban entre México y los Estados Unidos habían terminado sin que se registrara acuerdo alguno y sin formularse ninguna recomendación sobre el proyecto norteamericano. Además, se conoce a través de la Agencia France Press (AFP).

- 1° Washington se inquieta por el número creciente de países que se niegan a aceptar las condiciones impuestas para el otorgamiento de “ayuda militar”.
- 2° México es el séptimo país que prefiere privarse de la ayuda de los Estados Unidos antes que otorgar concesiones lesivas a su soberanía.
- 3° Temen los Estados Unidos que esto sea un mal ejemplo.
- 4° El Pentágono se asombra del amor propio de países como México e Irán, cuando Francia y Gran Bretaña aceptaron la instalación de bases en sus territorios.
- 5° Los generales norteamericanos estiman que la defensa del “mundo libre” debe basarse en la uniformidad de métodos y armamentos y que ellos deben organizarse e instruir los ejércitos bajo la égida norteamericana.
- 6° Exigen fiscalizar el empleo de la ayuda otorgada, para garantizar que ella no será empleada para derribar gobiernos.
- 7° El gobierno mexicano juzgaría que los compromisos perjudicarían gravemente la economía del país. La opinión pública mexicana estaba temerosa de que se firmaran acuerdos atentatorios a su soberanía.
- 8° La causa del fracaso de los acuerdos habría sido la cláusula tendiente “a dar pleno efecto práctico a los planes de defensa según los cuales los gobiernos cumplirían las misiones que sean necesarias para la defensa y la conservación de la paz en el continente americano”, por considerarla inaceptable el gobierno mexicano.
- 9° Una vez más el Departamento de Estado y el Pentágono tienen opiniones diferentes.
- 10° El *Washington Post* escribe: “Los Estados Unidos sólo obtendrán la cooperación de las pequeñas naciones si respetan su amor propio y su psicología”.

Estas diez noticias transmitidas por la Agencia France Press desde Washington no tienen desperdicio. Los yanquis se inquietan porque las cosas les salen mal, como consecuencia de su propio mal comportamiento y de “haber atado los caballos detrás del carro”. Se asombran de que México e Irán tengan un concepto de la dignidad porque aprecian que no han tenido el mismo Francia y Gran Bretaña. Creen en una eficacia orgánica que les permita vender armamentos y piensan, asimismo, que ellos deben organizar e instruir los ejércitos

bajo la égida de los Estados Unidos, a pesar de que hasta hoy han demostrado al mundo una pésima organización, una deficiente instrucción, una disciplina sui géneris, y una mala e incoherente conducción.

Con la “ayuda” se pretende introducir en los países una “fiscalización” que terminará como en Bolivia y que México juzga, desde ya, como un gran perjuicio para su economía y un atentado a la propia soberanía.

Pero, entre las cláusulas mencionadas, la de “obligar a los gobiernos a cumplir las misiones necesarias para la defensa y la conservación de la paz en el continente americano” es la de más jugoso comentario, porque era el mismo contenido fundamental del famoso “Plan Benson”. Con ello se podría obligar a un país americano a atacar a otro país del continente que no fuese afecto o no compartiera los designios de la política imperialista. Afortunadamente, los mexicanos saben mucho de esto.

Una vez más el Departamento de Estado, el Pentágono, la Junta Interamericana de Defensa, el Congreso y el gobierno de los Estados Unidos no marchan de acuerdo. Nosotros no los hemos visto jamás sino en actos incoherentes.

El *Washington Post* tiene razón, pero tiene poca, porque además de respetar el “amor propio y la psicología” de las “pequeñas naciones”, se nos ocurre como necesario no pretender esquilmirlas, escarnecerlas e indignificarlas para atarlas luego al carro de las propias indignidades.

* * *

La “Ley de Seguridad Mutua 1951”, promulgada por el presidente de los Estados Unidos y a cuyo influjo se realizan los comentados “pactos bilaterales” de los Estados Unidos y las “pequeñas naciones” latinoamericanas, establece en el inciso 511:

- a) Para desarrollar su esfuerzo militar, un país no podrá beneficiarse de la ayuda militar, económica o técnica prevista por la presente ley, sino de acuerdo con las siguientes condiciones: será necesario que el presidente de los Estados Unidos estime que el otorgamiento de esta ayuda refuerza la seguridad de los Estados Unidos y, por otra parte, el país beneficiario se compromete a:
 - 1° contribuir a promover la comprensión y la buena voluntad en las relaciones internacionales y a mantener la paz en el mundo;

- 2° participar en toda acción, decidida en común, con miras a eliminar las causas de tensión internacional;
- 3° llenar las obligaciones militares suscriptas en los términos de los acuerdos o tratados multilaterales o bilaterales en que tomen parte los Estados Unidos;
- 4° en la medida compatible con su estabilidad política y económica, aportar al mantenimiento y desarrollo de su propia potencia defensiva y la del mundo libre, con la plena contribución que le permitan sus recursos en mano de obra, riquezas materiales, equipo productivo, así como el estado general de su economía;
- 5° adoptar todas las medidas que puedan serle razonablemente exigidas y que sean necesarias para el desarrollo de sus capacidades defensivas;
- 6° disponer las medidas apropiadas susceptibles de garantizar que la ayuda militar proporcionada por los Estados Unidos será utilizada en forma efectiva.

De esto se infiere que los países que firman pactos bilaterales con los EE.UU. para acogerse a la ayuda militar, económica o técnica, se comprometen a todo ello. Además, según se desprende de lo ocurrido en México, se atan a otras “cláusulas de circunstancias” que establecen exigencias en razón directa con la mayor o menor necesidad o interés del “candidato” a la ayuda y las ventajas políticas o estratégicas que éste ofrezca.

La defensa continental estaría asegurada en su fase directa con la defensa que cada país hiciera de su propia patria que, en la futura guerra más allá del Ártico, difícilmente estaría amenazada vitalmente. Para ello, lo mejor es que nos ayudemos a nosotros mismos, sin esperar una ayuda foránea, que es gravosa para los EE.UU. y que nos costará a nosotros tan caro en compromisos morales y materiales.

Nos preguntamos, por eso, si existiendo un país que no necesita o no desea tal ayuda, no puede llegar a un “pacto bilateral” que obligue pero mutuamente. La “ley de defensa mutua 1951” y los agregados que surgen de los diligenciamientos del Pentágono parecen haber sido hechos solamente para enfrentar “pedigüños”, sin tener en cuenta que puede existir algún gobierno que piense que su país no debe tener la mala costumbre de traficar con su dignidad y con su deber.

28 de febrero de 1952

BUROCRACIAS INTERNACIONALES

La idea de asegurar la paz y limitar los medios y efectos de la guerra es tan antigua como la guerra misma. Cada etapa guerrera de la historia ha engendrado comisiones, congresos, conferencias y organizaciones destinados a ello. Griegos, romanos y príncipes de la Edad Media ya conocían estas formas de la ficción internacional. La etapa napoleónica termina en el Congreso de Viena; la Primera Guerra Mundial, en la Liga de las Naciones; la Segunda, en las Naciones Unidas. La Organización de los Estados Americanos fue también, a su manera, una sociedad destinada a ocuparse de la paz americana, si bien ha terminado por ocuparse solamente de la guerra.

En nuestros tiempos estas organizaciones constituyen sólo una burocracia internacional inoperante e intrascendente, aunque costosa y anacrónica. Cuando se ocupan de la paz, los países hacen guerra; cuando del desarme, las naciones cumplen los planes más armamentistas de la historia del mundo. Es que la burocracia vive siempre un clima de simulación, opuesto al de la realidad. El móvil de esa burocracia, preconcebida y preparada, es gobernar las organizaciones. Con ello, y mediante procedimientos inconfesables, se ha llegado a pactos y acuerdos “dirigidos” y a conferencias donde “sólo se sirven platos recalentados”. Recurrir a estos organismos en demanda de justicia e igualdad es y será “pedir peras al olmo”.

Hace pocos días Bolivia pretendía hacerlo, invocando el artículo 16° de la Carta de Bogotá, reproduciendo el artículo 8° del Convenio Económico, que establece que “ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico y político para

forzar la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza”.

Desde hace cinco años la República Argentina es objeto de tales medidas en lo económico y en lo político. Podríamos citar numerosos casos ya muy conocidos por todos. Sin embargo, nuestro gobierno, creemos que con evidente buen juicio, no ha pensado nunca en llevar tales cuestiones a la Organización de los Estados Americanos. Sabe bien, por dura experiencia, que sería predicar en el desierto, y cuando a los pueblos y a los hombres se les niega justicia queda un solo camino: conquistarla. La justicia sólo tiene precio para los cerebros marchitos y los corazones intimidados.

No se puede llegar a la verdad y a la justicia en organismos donde los delegados no van a discutir sino a ejecutar mandatos preconcebidos, donde los oradores se afanan más en halagos que en verdades y donde las votaciones resultan verdaderas pujas de obsecuencia.

Entendemos que así lo habrán comprendido los hermanos bolivianos, porque, según la última declaración de su gobierno, se confiaría en reanudar las gestiones con la Corporación de Reconstrucción Financiera para obtener precios más remunerativos. Aunque deseamos que así sea, pensamos que ése no será tampoco el mejor camino.

La ya famosa *Conferencia de Materiales*, desde que su función es la de suplantar los precios económicos por precios políticos, ha instaurado en el “mundo libre” una verdadera *economía internacional dirigida*. El monopolio y el *dumping* que la sustentan completan el cuadro de la *libertad de comercio* de este “mundo libre”, de tan menguada libertad.

El estaño en Bolivia, el cobre en Chile, la fruta en Guatemala, el pescado en Perú, el azúcar en Cuba, el petróleo en Venezuela, el café en Brasil son eslabones de una cadena cada día más opresora.

¿No habrá llegado el momento de formar una Conferencia de Materiales Latinoamericana que tenga por finalidad restablecer los precios económicos de nuestra producción, haciendo desaparecer la economía dirigida, el monopolio y el *dumping*, por lo menos para que en esta parte haya un “mundo verdaderamente libre” en algo?

Hay personas que obedecen una sola ley: la de la necesidad. Hablarles de amistad, de confraternidad y cooperación desinteresada es hacerlo en idioma que les es desconocido. Tal vez ese pueda ser un camino. Ya decía Disraeli que las naciones no tienen amigos ni enemigos permanentes; tienen intereses permanentes. Todo es cuestión de que “el príncipe” se decida a defenderlos.

Las Naciones Unidas o la Organización de los Estados Americanos son meros instrumentos. Recurrir a ellos es pueril, además de inoperante.

La táctica seguida en América es fácil de circunstanciar: para que “los países poco desarrollados” nos entretengamos en algo, nos crean organizaciones, conferencias y comisiones, que nosotros mismos pagamos. Entretanto, “ellos” deciden por sus organismos ejecutivos. Saben bien que si al mundo lo hubiera hecho una comisión, todavía estaría por hacerse. Tratan asimismo de que esas organizaciones, conferencias o comisiones se ocupen siempre de dos o más funciones; así resulta algo como el sofá- cama, donde se sienta mal y se duerme peor.

Nos preguntamos: ¿por qué no podríamos reunirnos los que hablamos un idioma común en una conferencia por nuestra cuenta? Allí podríamos decir cuanto deseáramos sin temor a los reproches de censores foráneos, acostumbrados a aconsejarnos hacer lo que ellos dicen, mas no lo que ellos hacen.

6 de marzo de 1952

ÍNDICE

PREFACIO. LOS CAMINOS PARA LA UNIDAD SUDAMERICANA	5
<i>Santiago Cafiero</i>	

PARTE I LA HORA DE LOS PUEBLOS

Prólogo.....	11
<i>Juan Domingo Perón</i>	
Liberación o neocolonialismo.....	15
La penetración imperialista y la tragedia del dólar.....	19
Plan de penetración imperialista en Iberoamérica.....	37
La integración latinoamericana.....	51
El Mercado Común Latinoamericano y la Alianza para el Progreso...	69

PARTE II MENSAJES POR LA UNIDAD

“Jamás he defendido causas inconfesables”	93
Unión económica argentino-chilena	97
Mensaje a los Países No Alineados	107
Mensaje a los cancilleres de la Cuenca del Plata.....	123

PARTE III POLÍTICA Y ESTRATEGIA

La publicidad y el imperialismo	131
---------------------------------------	-----

“No existen enemigos ni amigos permanentes: existen intereses permanentes”	135
Buenos y malos vecinos	137
“La dignidad de la igualdad y la vergüenza del sometimiento”	139
El imperialismo y la guerra.....	143
Países satélites.....	147
La OEA o el “rabo por desollar”	151
La política internacional y el servicio de inteligencia	153
Así paga el diablo	157
El reverso de la medalla	161
La Tercera Posición.....	165
Las “quintas columnas” imperialistas	167
Confederaciones continentales	171
Los “negocios” y las relaciones internacionales	175
Al insulto del vil, el sabio calla.....	179
Algo más sobre confederaciones continentales.....	181
Cuando el diablo anda suelto	185
Los pactos bilaterales, la ayuda, la dignidad y el deber	189
Burocracias internacionales.....	193